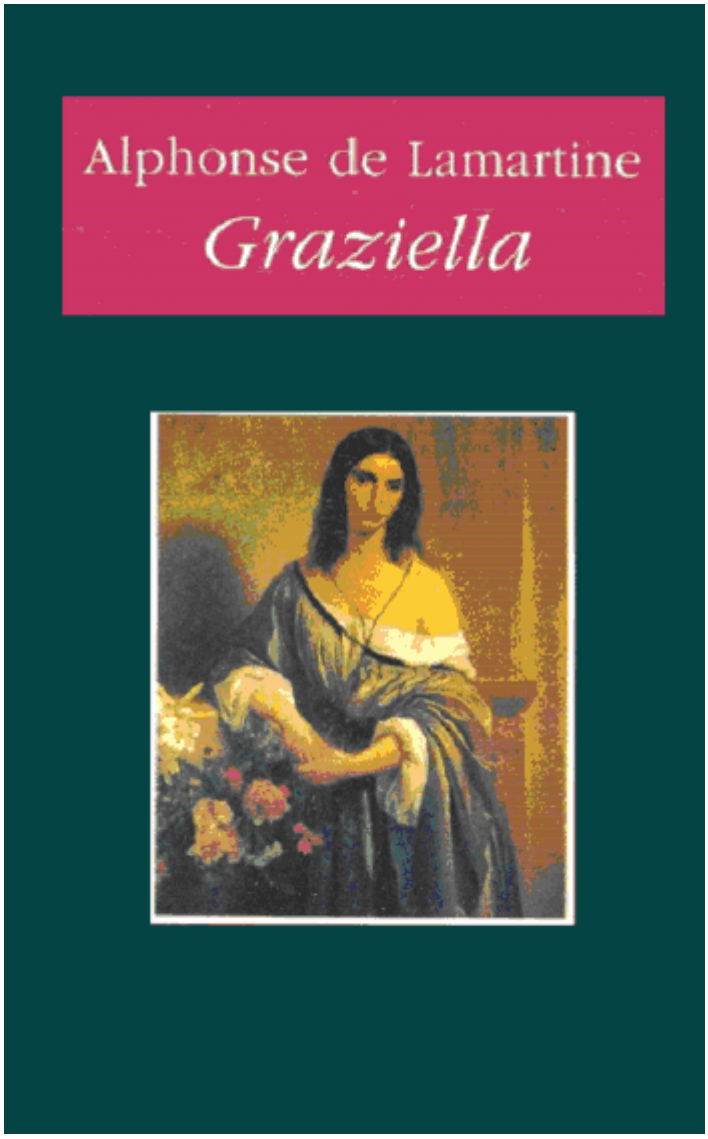
LIBRO dot.com

Graziella

Alphonse de Lamartine



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I

A los dieciocho años mi familia me puso bajo la tutela de una de mis parientes, a quien unos asuntos de negocios reclamaban en Toscana, donde se dirigía acompañada de su marido. Era una buena ocasión para hacerme viajar y arrancarme de esa ociosidad peligrosa de la casa paterna y de las ciudades de provincia, donde las primeras pasiones del alma se corrompen por falta de actividad. Partí con el entusiasmo de un niño que va a ver levantarse el telón de las escenas más espléndidas de la naturaleza y de la vida.

Los Alpes, cuyas nieves perpetuas veía brillar desde mi infancia en el lejano horizonte, cuando subía a lo alto de la colina de Milly; el mar, del que los viajeros y poetas habían depositado en mi alma tantas y tantas imágenes deslumbrantes; el cielo italiano cuyo calor y serenidad había ya aspirado, por así decirlo, a lo largo de las páginas de Corinne y en los versos de Goethe:

¿Conoces esa tierra donde las mirtos fIorecen?

los monumentos aún en pie de esa antigüedad romana, de los que mi mente estaba llena por mi reciente época de estudios; la libertad, en fin; la distancia, que proyecta un prestigio sobre la cosas lejanas; las aventuras, esos incidentes seguros de los largos viajes que la joven

imaginación prevé, combina a su antojo y saborea de antemano; el cambio de idioma, de rostros, de costumbres, que parece iniciar a la inteligencia en un mundo nuevo, todo esto fascinaba mi espíritu. Durante los largos días de espera que precedieron a la partida, viví en un constante estado de embriaguez. Aquel delirio, renovado cada día por las magnificencias de la naturaleza en Saboya, en Suiza, sobre el lago de Ginebra, sobre los glaciares del Simplón, en el lago de Como, en Milán, en Florencia, sólo decayó a mi regreso.

Los asuntos que habían conducido a mi compañera de viaje a Livorno se prolongaban indefinidamente y se habló de llevarme de nuevo a Francia sin haber visto Roma y Nápoles. Era arrancarme de mi sueño en el momento en que iba a tocarlo con la mano. Me rebelé interiormente contra semejante idea. Escribí a mi padre pidiéndole su autorización para continuar solo mi viaje por Italia y tomé la resolución de anticipar mi desobediencia con hechos consumados. «Si llega la prohibición -me decía-, llegará demasiado tarde. Seré reprendido, pero seré perdonado; volveré, pero habré visto.. Pasé revista a mi situación económica, encontrándola muy restringida, y recordé que tenía un pariente de mi madre, establecido en Nápoles, que no me negaría algún dinero para el regreso. Una buena noche me marché de Livomo en la diligencia de Roma.

Allí pasé el invierno, solo en una pequeña habitación de una calle oscura que desemboca en la plaza de España, en casa de un pintor romano que me tomó en régimen de pensión en el seno de su propia familia. Mi cara, mi juventud, mi entusiasmo, mi aislamiento en medio de un país desconocido habían llamado la atención de uno de mis compañeros de viaje en la ruta de Florencia a Roma. Se ligó a mí por una súbita amistad. Era un bello joven más o menos de mi edad. Parecía ser el hijo o el sobrino del

Famoso cantante David[1], por aquel entonces primer tenor de los teatros de Italia. David también viajaba con nosotros. Era un hombre de edad ya avanzada. Iba a cantar por última vez en el teatro de San Carlos, en Nápoles.

David me trataba como un padre, y su joven compañero me colmaba de atenciones y de bondades. Yo respondía a sus demostraciones con el abandono y la ingenuidad de mi edad. Aún no habíamos llegado a Roma, y el bello viajero y yo éramos ya inseparables. El correo

[1] Giovanni Divide (1790-1864) fue hijo del tenor italiano Giacomo Davide.

en aquellos tiempos no tardaba menos de tres días en ir de Florencia a Roma. En las posadas mi nuevo amigo era mi intérprete; en la mesa me servía el primero; en el coche me procuraba a su lado el mejor lugar y, si dormía, estaba seguro de que mi cabeza tendría su hombro por almohada.

Cuando bajaba del coche en las largas subidas de las colinas de Toscana o de la Sabina, descendía conmigo, me hablaba sobre el país, me nombraba las ciudades, me señalaba los monumentos. Incluso recogía bella flores y compraba hermosos higos y racimos de uva en el camino, llenando con aquellas frutas mis manos y mi sombrero. David parecía contemplar con placer el afecto de su compañero de viaje hacia el joven extranjero. Algunas veces, al mirarme, se sonreían con aire de mutuo entendimiento, de sutileza y de bondad.

Llegado a Roma por la noche, me albergué naturalmente en la misma posada que ellos. Me condujeron a mi habitación. No me desperté hasta que oí la voz de mi joven amigo que llamaba a la puerta y me invitaba a desayunar. Me vestí a toda prisa y bajé a la sala en la que los viajeros estaban reunidos. Iba a dar un apretón de manos a mi compañero de viaje, buscándole en vano con la mirada entre los comensales, cuando una carcajada general estalló en todos los rostros. En lugar del hijo o del sobrino de David, vi a su lado la encantadora figura de una joven romana, elegantemente vestida y cuyos cabellos negros, trenzados en forma de diadema alrededor de la frente, estaban sujetos detrás por largas horquillas de oro con cabeza de perlas, tal y como aún la llevan las campesinas de Tivoli. Era mi amigo que, al llegar a Roma, había recuperado su ropa y su sexo.

Hubiera tenido que sospecharlo por la ternura de su mirada y la gracia de su sonrisa. Pero no había tenido ninguna sospecha.

-La ropa no cambia los sentimientos -me dijo la bella romana enrojeciendo-. Sólo que ya no dormirá sobre mi hombro y, en lugar de recibir flores de mí, será usted quien me las dé. Esta pequeña aventura le enseñará a no fiarse de las apariencias de amistad que le demostrarán más tarde, pues bien podría tratarse de otra cosa.

La joven era una cantante, alumna y favorita de David. El viejo cantante la llevaba consigo a todas partes y la vestía como un hombre para evitar los comentarios en

el camino. La trataba más como un pare que como un protector, y de ningún modo estaba celoso de las dulces e inocentes familiaridades que él mismo había dejado que se establecieran entre nosotros.

II

David y su alumna pasaron algunas semanas en Roma. Al día siguiente de nuestra llegada, ella volvió a ponerse su ropa de hombre y me condujo primero a San Pedro y después al Coliseo, a Frascati, a Tívoli, a Albano. Pude evitar así las enojosas repeticiones inútiles de esos guías a sueldo que disecan ante los viajeros el cadáver de Roma y que, al lanzar su monótona letanía de nombres propios y de fechas a través de nuestras impresiones, obsesionan el pensamiento y apartan el sentimiento de las cosas bellas. La Camilla[2] no era una erudita pero, habiendo nacido en Roma, conocía por instinto los bellos lugares y los grandes aspectos que habían llamado su atención en su infancia.

Me condujo sin pensar a los mejores lugares en las mejores horas para contemplar los restos de la ciudad antigua: por la mañana, bajo los pinos, a las amplias bóvedas del Monte

[2] Lamartine emplea indistintamente Camilla y la Camilla.

Pincio; por la tarde, bajo las sombras de las columnatas de San Pedro; bajo el claro de luna, por el recinto del Coliseo; en los bellos días de otoño, a Albano, a Frascati, al templo de la Sibila, todo él retumbante y chorreante del vapor de las cascadas de Tívoli. Era alegre y juguetona como una estatua de la eterna Juventud en medio de esos vestigios del tiempo y de la muerte. Bailaba sobre la tumba de Cecilia Metella y, mientras yo soñaba sentado en una piedra, hacía vibrar con su brillante voz las bóvedas siniestras del palacio de Diocleciano.

Por la noche volvíamos a la ciudad con el coche lleno de flores y de restos de estatuas, para reunirnos con el viejo David, a quien sus asuntos retenían en Roma y que nos llevaba a terminar el día a su camerino del teatro. La cantante, algunos años mayor que yo, no me mostraba otro sentimiento que el de una tierna amistad. Yo era demasiado tímido para demostrarle otros por mi parte; incluso no los percibía a pesar de mi juventud y de su belleza. Su traje de hombre, su familiaridad completamente viril, el sonido masculino de su voz de contralto y la libertad de sus maneras, me producían tal impresión que no veía en ella más que a un hermoso joven, un compañero y un amigo.

III

Cuando Camilla se marchó, me quedé en Roma absolutamente solo, sin ninguna carta de recomendación, sin otro conocimiento que los lugares, los monumentos y las ruinas en que la Camilla me había introducido. El viejo pintor en cuya casa estaba alojado no salía de su estudio más que para ir el domingo a misa con su mujer y su hija, una joven de dicesiséis años tan laboriosa como él. Su casa era una especie de convento, en el que el trabajo del artista era únicamente interrumpido por una frugal comida y por la oración.

Al caer la tarde, cuando los últimos resplandores del sol se iban apagando en las ventanas de la habitación del piso superior, donde trabajaba el pintor; y las campanas de los monasterios vecinos tocaban al Ave María, ese adiós armonioso del día en Italia, el único recreo de la familia era rezar juntos el rosario y salmodiar en una especie de canto las letanías, hasta que sus voces debilitadas por el sueño se apagaban en un vago y monótono murmullo, parecido al de las olas que rompen sosegadamente en una playa donde el viento cae junto con la noche.

Me complacía esta escena tranquila y piadosa de la noche, que ponía término a un día de trabajo con este himno que tres almas elevaban al cielo para descansar de la jornada. Me traía el recuerdo de la casa paterna, en donde nuestra madre también nos reunía por la noche para rezar, ya fuera en su habitación o en los paseos de arena del pequeño jardín de Milly, bajo las últimas luces del crepúsculo. Al encontrarme con las mismas costumbres, las mismas acciones, la misma religión, me sentía bajo el techo paterno en el seno de esta familia desconocida. jamás he visto una vida más recogida, más solitaria, más laboriosa y más santificada que la de la casa del pintor romano.

El pintor tenía un hermano que no vivía con él. Enseñaba el italiano a los extranjeros distinguidos que pasaban los inviernos en Roma. Era algo más que un profesor de lenguas, era un docto romano de gran valía. joven aún, con una figura magnífica, de carácter antiguo, había participado muy activamente en las tentativas de revolución que los republicanos romanos habían llevado a cabo para resucitar la libertad en su país. Era uno de los tribunos del pueblo, uno de los Rienzi[3] de la época. En el transcurso de esta corta resurrección de la

[3] Se refiere a Cola di Rienzo (1313-1354), que se erigió en libertador de Roma en 1347. Rienzi, está tomado como sinónimo de revolucionario.

Roma antigua suscitada por los franceses, reprimida por Mack[4] y por los napolitanos, había representado uno de los papeles principales, arengando al pueblo en el Capitolio, enarbolando la bandera de la independencia y ocupando uno de los primeros puestos de la república. Acosado, perseguido, encarcelado en el momento de la reacción, tenía que agradecer su salvación únicamente a la llegada de los franceses, que habían salvado a los republicanos pero que habían confiscado la república.

Aquel romano adoraba la Francia revolucionaria y filosófica; aborrecía al emperador y al imperio. Bonaparte era para él, como para todos tos italianos liberales, el César de la libertad. Siendo aún muy joven, compartía los mismos sentimientos. Esta coincidencia de ideas no tardó en ponerse de manifiesto entre nosotros. Viendo con qué entusiasmo a la vez juvenil y antiguo vibraba yo bajo los acentos de la libertad, cuando leíamos juntos los versos incendiarios del poeta Monti o las escenas republicanas de Alfieri, de dio cuenta que podía confiarse a mí y comencé a ser más su amigo que su alumno.

IV

La prueba de que la libertad es el ideal divino del hombre está en que es el primer sueño de la juventud y que no se desvanece en nuestra alma hasta que el corazón se marchita y el espíritu se degrada o se desalienta. No hay una sola alma de veinte años que no sea republicana. No hay un sólo corazón que no sea servil.

¡Cuántas veces fuimos mi maestro y yo a sentamos en la colina de la villa Pamphili, desde donde se ve Roma, sus cúpulas, sus ruinas, el Tíber, que repta sucio, silencioso, avergonzado bajo los arcos recortados del Ponto Rotto, desde donde se oye el murmullo quejumbroso de sus fuentes y los pasos casi sordos de su pueblo andando en silencio por sus calles desiertas! ¡Cuántas imprecaciones en voz baja salieron de nuestros pechos contra ese tirano del espíritu humano, contra ese soldado coronado que se había fortalecido en la revolución solamente para extraer la fuerza necesaria para destruirla y para entregar una vez más a los pueblos a todos los prejuicios y a todas las servidumbres! De ésta época datan mi amor por la emancipación del espíritu humano y ese odio intelectual contra el héroe del siglo, odio a la vez sentido y razonado, que la reflexión y el tiempo no hacen más que justificar a pesar de los aduladores de su memoria.

V

Bajo la influencia de estas impresiones estudié en Roma, su historia y sus monumentos. Salí por la mañana, solo, antes de que el movimiento de la ciudad pudiese distraer el pensamiento del contemplador. Llevaba bajo el brazo los escritos de los historiadores, los poetas, los descriptores de Roma. Iba a sentarme o a errar por las ruinas desiertas del Foro, del Coliseo, de la campiña romana. Miraba, leía, pensaba a ratos. Hacía un serio estudio de Roma, pero un estudio en acción. Fue mi mejor curso de historia. La antigüedad, en lugar de ser un aburrimiento, se volvió para mí un sentimiento. En ese estudio no se seguía otro esquema que mi inclinación. Iba al azar allí donde me llevaban mis pasos. Pasaba de la

[4] Karl Mack, barón de Leiberich (1752-1828), general austríaco que acabó rindiéndose en Ulm ante Napoleón.

antigua Roma a la Roma moderna, del Panteón al palacio de León X, de la casa de Horacio, en Tibur, a la casa de Rafael. Poetas, pintores, historiadores, grandes hombres, todo pasaba confusamente ante mí. Sólo me paraba un momento ante los que aquel día me interesaban más.

Hacia las once volvía a mi pequeña celda de la casa del pintor para almorzar. Comía en mi mesa de trabajo -mientras leía-un trozo de pan y queso. Bebía una taza de leche. Después me ponía a trabajar, tomaba notas, escribía hasta la hora de la cena, la mujer y la hija de mi anfitrión la preparaban ellas mismas para nosotros. Después de la cena, volvía a salir para hacer otros recorridos y no regresaba hasta cerrada la noche. Algunas horas de conversación con la familia del pintor y las lecturas prolongadas de la noche ponían término a aquellas jornadas apacibles. No sentía necesidad alguna de la sociedad. Es más, gozaba de mi aislamiento. Roma y mi alma me eran suficientes. De este modo pasé un largo invierno, desde el mes de octubre hasta el mes de abril siguiente, sin un solo día de hastío o de aburrimiento. Bajo el recuerdo de estas impresiones escribí diez años más tarde unos versos sobre Tibur.

Ahora, cuando busco en mi memoria todas mis impresiones de Roma, no encuentro más que dos que borran, por lo menos dominan al resto: El Coliseo, obra del pueblo romano; San Pedro, la obra de arte del catolicismo. El Coliseo es la huella gigantesca de un pueblo sobrehumano, que levantaba por orgullo y para sus feroces placeres monumentos capaces de contener a toda una nación, monumentos que rivalizan tanto por su masa como por su duración con la propias obras de la naturaleza. Podrá el Tíber secarse hasta sus fangosas orillas, y el Coliseo lo seguira dominando.

San Pedro es la obra de un pensamiento, de una religión, de toda la humanidad en una época del mundo. No se trata ya aquí de un edificio destinado a compendiar toda la filosofia, todas las oraciones, toda la grandeza, todo el pensamiento del hombre. Sus muros parecen levantarse y agrandarse no ya en proporción a un pueblo sino en proporción a un Dios. Solamente Miguel Angel comprendió el catolicismo y le dio en San Pedro su más sublime y más completa expresión. San Pedro es verdaderamente la apoteosis en piedra, la transfiguración monumental de la religión de Cristo. Los arquitectos de las catedrales góticas eran bárbaros sublimes. Unicamente Miguel Angel ha sido un filósofo en su concepción. San Pedro es el cristianismo filosófico, del que el arquitecto divino expulsa las tinieblas y en que hace entrar el espacio, la belleza, la simetría, la luz en oleadas inagotables. La belleza incomparable de San Pedro de Roma reside en que se trata de un templo que no parece destinado más que a revestir la idea de Dios con todo su esplendor.

¡Aunque el cristianismo pereciese, San Pedro permanecería como templo universal, eterno y racional de cualquier otra religión que pudiera suceder al culto de Cristo, siempre que esta religión fuese digna de la humanidad y de Dios! Es el templo más abstracto que jamás el genio humano, inspirado por una idea divina, haya construido sobre la tierra. Cuando se entra en él, no se sabe si se penetra en un templo antiguo o en un templo moderno. Ningún detalle ofende a la vista, ningún símbolo distrae el pensamiento. Los hombres de todos los cultos entran con el mismo respeto. Se siente que es un templo que no puede ser habitado más que por la idea de Dios y que cualquier otra idea no podría llenarlo.

¡Cambiad el sacerdote, quitad el altar, descolgad los cuadros, retirad las estatuas: nada cambia, sigue siendo la casa de Dios! San Pedro es por sí mismo el gran símbolo de ese cristianismo eterno que, poseyendo en germen en su moral y en su santidad los desarrollos sucesivos del pensamiento religioso de todos los siglos y de todos los hombres, se abre a la razón a medida que Dios la hace lucir, se comunica con Dios en la luz, se amplía y se eleva a las proporciones del espíritu humano agrandándose sin cesar y recogiendo a todos los pueblos

en la unidad de adoración, hace de todas las formas humanas divinas un Dios único, de todas las fes un solo culto, y de todos los pueblos una sola humanidad.

Miguel Auge¡ es el Moisés del catolicismo monumental tal como un día se comprenderá. Ha construido el arco imperecedero de los tiempos futuros, el Panteón de la razón divinizada.

VII

Por fin, tras haberme saciado de Roma, quise ver Nápoles. Lo que me atraía sobre todo era la tumba de Virgilio y la cuna de Tasso[5] . Los lugares siempre han sido para mí los hombres. Nápoles es Virgilio y el Tasso. Me parecía que habían vivido ayer y que sus cenizas estaban tibias aún. Veía anticipadamente el Posillipo y Sorrento, el Vesubio y el mar a través de la atmósfera de sus bellos y tiernos genios.

Partí para Nápoles hacia los últimos días de marzo. Viajaba en silla de posta con un negociante francés que había buscado un compañero de camino para reducir los gastos del viaje. A cierta distancia de Velletri nos encontramos con la diligencia correo de Roma a Nápoles volcada en el borde del camino y acribillada a balas. El correo, un conductor y dos caballos habían muerto. Acababan de llevarse a los hombres a una casucha próxima. Los telegramas desgarrados y los trozos de cartas flotaban al viento. Los bandidos habían vuelto a tomar la ruta de los Abruzos. Destacamentos de caballería y de infantería franceses, cuyos cuerpos estaban acampados en Terracina, los perseguían entre las rocas. Se escuchaba el fuego de los tiradores y por el flanco de la montaña se veían las pequeñas humaredas de los tiros de fusil. De trecho en trecho encontrábamos puestos de tropas francesas y napolitanas protegiendo la ruta. De esta forma se entraba entonces en el reino de Nápoles.

Este bandidaje tenía carácter político. Murat reinaba. Calabria resistía aún; el rey Fernando, retirado de Sicilia, sostenía con subsidios a los jefes de las guerrillas montañesas. El famoso Fra Diavolo combatía a la cabeza de sus bandas. Sus hazañas eran asesinatos. Sólo volvimos a Llegué el primero de abril. Algunos días más tarde se unió a mí un joven de mi edad con quien me había unido una amistad verdaderamente fraternal en el colegio. Se llamaba Aymon de Virieu. Su vida y la mía han estado unidas de tal manera desde su niñez hasta su muerte, que nuestras dos existencias forman parte una de otra y he hablado de él casi en todo aquello en lo que he tenido que hablar de mí...

Episodio

I

[5] El poeta latino Virgilio (70-19 a.d.C.) vivió en Nápoles desde el año 48. Murió en Brindisi y fue enterrado en Nápoles, donse se conserva un rnausoleo.

Toquato Tasso (1544-1595) nació en Sorrento,ciudad de la Campania en la provincia de Nápoles. encontrar el orden y la seguridad en los alrededores de Nápoles.

En Nápoles llevé poco más o menos la misma vida contemplativa que en Roma en casa del viejo pintor de la plaza de España; sólo que, en lugar de pasar los días errando entre restos de la antigüedad, los pasaba errando, bien por las orillas, o bien por las aguas del golfo de Nápoles. Volvía por la noche al viejo convento en el que, gracias a la hospitalidad del pariente de mi madre, habitaba en una pequeña celda situada cerca del tejado y cuyo balcón, festoneado de tiestos con flores y plantas trepadoras, daba sobre el mar, sobre el Vesubio, Castellamare y Sorrento.

Cuando el horizonte de la mañana está límpido, veía brillar la blanca casa de Tasso, suspendida como un nido de cisne en la cima de un acantilado de roca amarilla, cortado a pico por las aguas. Esta vista me encantaba. El resplandor que emanaba de aquella casa iluminaba hasta el fondo de mi alma. Era como un rayo de gloria que brillaba a lo lejos sobre mi juventud y en mi oscuridad. Me acordaba de aquella escena homérica de la vida de este gran hombre, cuando, recién salido de la cárcel, perseguido por la envidia de los pequeños y la calumnia de los grandes, escarnecido, ridiculizado hasta en su genio, su única riqueza, vuelve a Sorrento para buscar un poco de reposo, de ternura o de piedad y, disfrazado de mendigo, se presenta ante su hermana para tentar su corazón y ver si ella, al menos, reconocerá a aquel a quien tanto ha amado.

-Ella le reconoce al instante -dice el ingenuo biógrafo-, a pesar de su palidez enfermiza, su barba blanquecina y su ropa desgarrada. Se echa en sus brazos con más ternura y misericordia que si hubiera reconocido a su hermano bajo los ropajes de oro de los cortesanos de Ferrara. Su voz queda ahogada durante largo rato por los sollozos. Aprieta a su hermano contra su corazón. Le lava los pies, le lleva el abrigo de su padre, le hace preparar una comida espléndida. Pero ni uno ni otro pudieron siquiera tocar los manjares que les habían servido, de tan llenos de lágrimas como estaban sus corazones. Y pasaron todo el día llorando, sin decirse nada, mirando el mar y acordándose de su infancia.

II

Un día, era a principios de verano, en ese momento en el que el golfo de Nápoles, bordeado por sus colinas, sus casas blancas, sus rocas tapizadas de viñas trepadoras y envolviendo su mar más azul que su cielo, parece un antiguo jarrón lleno de verdor y blanqueado de espuma, con las asas y bordes festoneados de hiedra y de pámpanos; era la estación en que los pescadores de Posillipo, que tienen sus cabañas suspendidas de las rocas y extienden sus redes a secar sobre las pequeñas playas de fina arena, se alejan de la tierra con confianza y van a pescar de noche, a dos o tres leguas mar adentro, hasta los acantilados de Capri, de Prócida, de Ischia, y en medio del golfo de Gaeta.

Algunos de ellos llevan consigo antorchas de resina que encienden para atraer la pesca. Los peces suben hacia el resplandor creyendo que se trata del crepúsculo del día. Un niño, en cudillas en la proa de la barca, inclina en silencio la antorcha sobre las olas, mientras que el pescador, sumergiendo su mirada en el fondo del agua, intenta percibir a su presa y envolverla con la red. Estas luces, rojas como hogares de hornos, se reflejan en largos surcos ondulantes sobre la superficie del mar, como los largos regueros de luz que proyecta el globo de la luna. Las ondulaciones de las olas las hacen oscilar y prolongan su deslumbramiento de cresta en cresta durante todo el espacio en que la primera ola las refleja en las olas que la siguen.

III

Mi amigo y yo pasábamos con frecuencia horas enteras sentados sobre un escollo o sobre las ruinas húmedas del palacio de la reina Juana mirando aquellos reflejos fantásticos y envidiando la vida errante y despreocupada de aquellos pobres pescadores.

Algunos meses de estancia en Nápoles, el trato habitual con los hombres del pueblo durante nuestros paseos diarios por el campo y por la orilla del mar, nos habían familiarizado con su lengua, acentuada y sonora, en la que el gesto y la mirada ocupan un lugar más preponderante que la palabra. Filósofos por intuición y cansados de las vanas agitaciones de la vida antes de haberlas conocido, envidiábamos con frecuencia a aquellos felices lazzaroni[6] que llenaban entonces los muelles de Nápoles y que pasaban los días durmiendo a la sombra de su pequeña barca, sobre la arena, escuchando los versos improvisados de los poetas ambulantes y bailando la tarantela con las jovencitas de su clase por la noche bajo algún emparrado al borde del mar. Conocíamos sus hábitos, su carácter y sus costumbres mucho mejor de los del mundo elegante que jamás frecuentábamos. Esta vida nos complacía y adormecía en nosotros los movimientos febriles del alma, que desgastan inútilmente la imaginación de los jóvenes antes de la hora en que su destino los llame a actuar o a pensar.

Mi amigo tenía veinte años; yo tenía dieciocho. Estábamos por tanto los dos en esa edad en que está permitido confundir los sueños con las realidades. Tomamos la resolución de trabar amistad con aquellos pescadores y embarcarnos con ellos para llevar durante algunos días su misma vida. Las noches cálidas y luminosas que pasamos bajo las velas, en la cuna ondulante de las olas y bajo el cielo profundo y estrellado, nos parecían unas de las misteriosas voluptuosidades de la naturaleza, que era preciso sorprender y conocer aunque no fuese más que para contarla.

Libres y sin tener que rendir cuentas a nadie de nuestros actos y de nuestras ausencias, ejecutamos al día siguiente nuestro sueño. Recorriendo la playa de la Margellina, que se extiende por debajo de la tumba de Virgilio, al pie del monte Posillipo y donde los pescadores de Nápoles sacan sus barcas sobre la arena y remiendan sus redes, vimos a un viejo todavía robusto. Estaba embarcando sus utensillos de pesca en su caique pintado de colores brillantes, cuya popa estaba rematada por una pequeña imagen esculpida de San Francisco. Un niño de doce años, su único remero, llevaba en ese momento hacia la barca dos panes, un queso mozzarella duro, brillante y dorado como las piedras de la playa, algunos higos y un cántaro de barro que contenía agua.

Las figuras del viejo y el niño nos atrajeron. Entablamos conversación. El pescador sonrió cuando le propusimos tomarnos como remeros y llevarnos al mar con él.

-No tenéis las manos encallecidas que hacen falta

para tocar el mango del remo -nos dijo-. Vuestras manos blancas están hechas para tocar plumas y no madera: sería una lástima endurecerlas en el mar.

-Somos jóvenes -respondió mi amigo- y queremos intentar todos los oficios antes de escoger uno. El vuestro nos complace, ya que se practica sobre el mar y bajo el cielo.

-Teneis razón -replicó el viejo barquero-. Es un oficio que da alegría al corazón y hace al espíritu confiar en la protección de los santos. El pescador se encuentra bajo la custodia inmediata del cielo. El hombre no sabe de dónde vienen el viento y la ola. La garlopa y la

[6] Vagabundos.

lima están en manos del obrero, la riqueza o el favor están en manos del rey, pero la barca está en manos de Dios.

Esta piadosa filosofía del barquero nos ligó aún más a la idea de embarcarnos con él. Tras una larga resistencia, consintió. Acordamos darle cada uno dos carlinos[7] diarios para pagarle nuestro aprendizaje y nuestra comida.

Una vez que llegamos a este acuerdo, envió a la Margellina a buscar provisiones de pan, vino, queso seco y fruta, A la caída de la noche le ayudamos a poner la barca a flote y partimos.

IV

La primera noche fue deliciosa. El mar estaba en calma como un lago encajonado entre las montañas de Suiza. A medida que nos alejábamos de la orilla, veíamos las lenguas de fuego de las ventanas del palacio y los muelles de Nápoles hundirse bajo la línea oscura del horizonte. Unicamente los faros nos señalaban la costa palideciendo ante la ligera columna de fuego que surgía del cráter del Vesubio. Mientras el pescador tiraba y recogía la red, y el niño, medio dormido, dejaba vacilar su antorcha, nosotros dábamos de vez en cuando un débil impulso a la barca y escuchábamos encantados cómo las gotas sonoras del agua que escurría de nuestros remos caían armoniosamente en el mar como perlas en un estanque de plata.

Hacía rato que habíamos doblado la punta del Posillipo, atravesado el golfo de Pozzuoli, el de Baia y franqueado el canal del golfo de Gaeta, entre el cabo Miseno y la isla de Prócida. Estábamos en alta mar. El sueño nos vencía. Nos acostamos bajo nuestros bancos al lado del niño.

El pescador extendió sobre nosotros la pesada vela que estaba doblada en el fondo de la barca. Así nos dormimos entre dos olas, acunados por el balanceo imperceptible de un mar que apenas hacía inclinarse el mástil. Cuando nos despertamos, era pleno día.

Un sol deslumbrante tornasolaba el mar con cintas de fuego y reververaba sobre las blancas casas de una costa desconocida. Una ligera brisa que venía de tierra hacía palpitar la vela sobre nuestras cabezas y nos empujaba de ensenada en ensenada, de roca en roca, Era la costa dentada y vertical de la encantadora isla de Ischia, que más tarde yo habitaría y amaría tanto. Se me aparecía, por primera vez, nadando en la luz, saliendo del mar, perdiéndose en el azul del cielo, como surgida de una ensoñación de poeta durante el ligero sueño de una noche de verano...

V

La isla de Ischia, que separa el golfo de Gaeta del golfo de Nápoles, a su vez separada de la isla de Prócida por un estrecho canal, es una única montaña cortada a pico, cuya cima blanca herida por el rayo hunde sus dientes mellados en el cielo. Su flancos abruptos, surca-

[7] Moneda italiana de valor variable.

dos de pequeños valles, de barrancos, de torrenteras, están completamente tapizados de castaños de un color verde oscuro. En las mesetas más cercanas al mar, e inclinadas sobre las aguas, hay chozas, casas rústicas y pueblos medio escondidos bajo las plantaciones de viñas. Cada uno de estos pueblos tiene su marina. Se llama así al pequeño puerto en el que flotan las barcas de los pescadores, se balancean algunos mástiles con velas latinas y las vergas rozan los árboles y las viñas de la costa.

No hay una sola de esas casas suspendidas de las pendientes de la montaña, escondida en el fondo de sus barrancos, rematando como una pirámide una de sus mesetas, proyectada sobre uno de sus cabos, adosada a uno de sus bosques de castaños, a la sombra de un grupo de pinos, rodeada de sus arcos blancos y festoneada por sus parras colgantes, que no sea la morada ideal de un poeta o de un amante.

Nuestros ojos no se cansaban de contemplar aquel espectáculo. La costa era abundante en pesca y el pescador había tenido una buena noche. Atracamos en una de las pequeñas ensenadas de la isla para recoger agua en un manantial cercano y para descansar sobre las rocas. Con el sol poniente volvimos a Nápoles, acostados sobre nuestros bancos de remeros. Una vela cruzada, colocada a través en un pequeño mástil en la proa y cuya escota llevaba el niño, era suficiente para hacemos costear los acantilados de Prócida y del cabo Miseno y para que la superficie del mar bajo nuestro esquife se llenase de espuma.

EL viejo pescador y el niño, ayudados por nosotros, sacaron su barca sobre la arena y llevaron los cestos de pescado a la bodega de la pequeña casa que habitaban bajo las rocas de la Margellina.

VI

Los días siguientes volvimos a practicar alegremente nuestro oficio. Recorrimos por turno todas las aguas del mar de Nápoles. Seguíamos el viento con indiferencia allí donde soplase. Así visitamos la isla de Capri, donde la imaginación hace brotar de nuevo la sombra siniestra de Tiberio, Cumas y sus templos enterrados bajo los tupidos laureles y las higueras salvajes; Baia y sus playas tristes que parecen haber envejecido y blanqueado como esos romanos cuya juventud y cuyas delicias abrigaron en tiempos; Portici y Pompeya, rientes bajo la lava y la ceniza del Vesubio Castellamare, cuyos altos y negros bosques de laureles y de castaños salvajes, al reflejarse en el mar, tiñen de verde oscuro las olas siempre murmurantes de la nada. El viejo barquero conocía en todos los lugares alguna familia de pescadores como él, de la que recibíamos hospitalidad cuando el mar estaba fuerte y nos impedía regresar a Nápoles.

Durante, dos meses no entramos en una posada. Vivimos al aire libre, con el pueblo y con la misma vida frugal del pueblo. Nos habíamos hecho pueblo nosotros mismos para estar más cerca de la naturaleza. Nuestras ropas eran casi las mismas. Hablábamos su lenguaje y la sencillez de sus maneras nos contagiaba, por así decirlo, la ingenuidad de sus sentimientos.

Por otra parte, a mi amigo y a mí nos costo muy poco esta transformación. Criados los dos en el campo durante las tempestades de la revolución, que había diezmado o dispersado nuestras familias, habíamos vivido en nuestra infancia gran parte de la vida del campesino; él, en las montañas del Grésivaudan, en casa de una nodriza que le había recogido durante el encarcelamiento de su madre; yo, en las colinas del Máconnais, en una pequeña vivienda rústica en la que mi padre y mi madre habían abrigado su nido amenazado. Del pastor o del labrador de nuestras montañas al pescador del golfo de Nápoles no existe más diferencia que el lugar, la lengua y el oficio. El surco o la ola inspiran los mismos pensamientos a los

hombres que labran la tierra o el agua. La naturaleza habla con el mismo lenguaje a aquellos que conviven con ella en la montaña o en el mar.

Así lo experimentamos. En medio de aquellos hombres sencillos, no nos sentamos exiliados. Los mismos instintos forman un parentesco entre los hombres. La monotonía misma de aquella vida nos agradaba adormeciéndonos. Veíamos con pena cómo avanzaba el final del verano y cómo se acercaban esos días de otoño e invierno tras los cuales tendríamos que regresar a nuestra patria. Nuestras familias, inquietas, empezaban a reclamar nuestra presencia. Alejábamos todo lo que podíamos la idea de la partida y nos gustaba imaginar que esta vida no tendría fin.

VII

Sin embargo, septiembre comenzaba con sus lluvias y sus truenos. El mar estaba menos apacible. Nuestro oficio, de por sí duro, se volvía algunas veces peligroso. Las brisas refrescaban, las olas se llenaban de espuma y con frecuencia nos empapaban con sus salpicaduras. Habíamos comprado en el malecón dos capotes de gruesa lana marrón como los que los marineros y los lazzaroni de Nápoles se echan sobre los hombros durante el invierno. Las anchas mangas de esos capotes cuelgan por encima de los brazos desnudos. El capuchón, flotando detrás o echado sobre la frente, según el tiempo, abriga la cabeza del marinero de la lluvia y del frío, o deja a la brisa y a los rayos del sol jugar entre sus cabellos mojados.

Un día salimos de la Margellina con el mar como una balsa de aceite, para ir a pescar salmonetes y los primeros atunes en la costa de Cumas donde las corrientes los arrastran en esa época. La niebla rojiza de la montaña flotaba no lejos de la costa y anunciaba el vendaval para la noche. Esperábamos anticiparnos a él y tener tiempo de doblar el cabo de Misena antes de que el mar, pesado y adormecido, se fuera crespando.

La pesca era abundante. Quisimos echar las redes unas cuantas veces más. El viento nos sorprendió. Cayó desde la cima del Epomeo, inmensa montaña que domina Ischia, con el, ruido y el peso de la montaña, como si ésta quisiera hundirse en el mar. Alisó primero todo el espacio líquido alrededor de nosotros, igual que la rastra de hierro aplana la gleba y nivela los surcos. Después la ola, repuesta de su sorpresa, se hinchó murmurante y hueca y se levantó en pocos minutos a tal altura, que a veces nos ocultaba la costa y las islas.

Estábamos tan lejos de tierra firme como de Ischia y nos habíamos medio internado en el canal que separa el cabo Miseno de la isla griega de Prócida. No podíamos tomar más que un partido: intemamos decididamente en el canal y, si lográbamos franquearlo, virar. a la izquierda en el golfo de Baia para refugiarnos en sus aguas tranquilas.

El viejo pescador no dudó un instante. Desde la cresta de una ola donde el equilibrio de la barca nos suspendió un momento en un remolino de espuma, echó una rápida ojeada a su alrededor, como el hombre extraviado que sube a un árbol para buscar su camino, y luego precipitó hacia el timón:

-¡A vuestros remos, muchachos! -gritó-. Tenemos que bogar hacia el cabo más rápidos que el viento. ¡Si nos alcanza, estamos perdidos!

Obedecimos lo mismo que el cuerpo obedece al instinto.

Con nuestros ojos fijos en los suyos para sorprender el rápido indicio de su dirección, nos inclinamos sobre los remos y, ya trepando penosamente por el flanco de los enormes olas que se formaban, ya precipitándonos con su espuma al fondo de las que descendían, buscábamos activar nuestra ascención o amortiguar nuestra caída con la resistencia que nuestros remos

ofrecían al clavarse en el agua. Ocho o diez olas cada vez más gigantescas nos lanzaron hacia la parte más estrecha del canal. Pero el viento se había adelantado a nosotros como había predicho el piloto y, precipitándose con violencia entre el cabo y la punta de la isla, había adquirido. tal fuerza, que levantaba el mar con la efervescencia de una lava furiosa, y las olas, al no encontrar espacio suficiente para huir con suficiente rapidez ante el empuje del huracán, se amontonaban unas sobre otras, se levantaban y volvían a caer, chorreaban, se esparcían en todos los sentidos como un mar enloquecido buscando huir del canal, chocaban con terrible violencia contra las rocas cortadas a pico del cabo Miseno y levantaban una columna de espuma cuyo polvo llegaba hasta nosotros.

VIII

Intentar franquear aquel paso con una barca tan frágil, y a la que un solochorro de espuma podía hundir, era insensato. El pescador echó una mirada que no olvidaré jamás al cabo iluminado por una columna de espuma y, haciendo la señal de la cruz, gritó:

-¡Pasar es imposible; retroceder a mar abierto, todavía más! No nos queda más que un recurso: atracar en Prócida o perecer.

Por muy novicios que fuésemos en las prácticas del mar, nos dábamos perfecta cuenta de la dificultad de semejante maniobra en medio de un huracán. Al dirigirnos hacia el cabo, el viento nos empujaba a popa y nos lanzaba delante de él; seguíamos al mar, que huía de nosotros, y las olas, al elevarnos sobre sus crestas, nos arrastraban con ellas.

Había por tanto menos peligro de que nos tragasen en los abismos que se abrían entre una y otra. Pero para atracar en Prócida, cuyas luces nocturnas veíamos brillar

a nuestra derecha, teníamos que atravesar oblicuamente las olas y deslizarnos hacia la costa, entre sus enormes valles, por así decirlos, ofreciendo las amuras a las olas y la frágil borda de la barca al viento. Sin embargo, la necesidad no nos permitía dudar. El pescador, haciéndonos señas de levantar nuestros remos, aprovechó el intervalo entre dos olas para virar de bordo. Pusimos proa a Prócida y navegamos como una brizna de hierba marina que una ola lanza contra otra y que una oleada recoge de otra oleada.

IX

Avanzábamos poco; había caído la noche. El polvo, la espuma, las nubes que el viento hacía avanzar a jirones desgarrados sobre el canal, hacían más intensa la oscuridad. El viejo había ordenado al niño encender una de las antorchas de resina, ya fuera para alumbrar un poco su maniobra en las profundidades del mar, ya fuera para indicar a los marinos de Prócida que había una barca en peligro en el canal y para pedirles no su auxilio sino sus plegarias.

Era un espectáculo sublime y siniestro el de aquel pobre niño agarrado con una mano al pequeño mástil plantado en la proa y con la otra levantando por encima de su cabeza la antorcha de fuego rojo cuya llama y humareda se retorcían bajo el viento y le quemaban los dedos y los cabellos. Aquel destello flotante que aparecía en la cresta de las olas y desaparecía en su profundidades, siempre a punto de apagarse y siempre encendida de nuevo,

era como el símbolo de las cuatro vidas de hombres que luchaban entre la salvación y la muerte en medio de las sombras y la angustia de la noche.

X

Tres largas horas, cuyos eternos minutos duran casi tanto como los pensamientos que las miden, transcurrieron de aquel modo. Se levantó la luna y, como es habitual, el viento más furioso se levantó con ella. Si hubiéramos tenido desplegada la más mínima vela, nos hubiera hecho zozobrar veinte veces. Aunque las bordas de la barca eran muy bajas y apenas ofrecían resistencia al huracán, había momentos en que parecía desarraigar nuestra quilla de las aguas y nos hacia girar como una hoja seca arrancada del árbol.

Embarcábamos mucha agua: no dábamos abasto a achicar con la misma rapidez con que nos invadía. Había momentos en que sentíamos hundirse bajo nosotros las cuadernas de la barca como un ataúd que desciende a la fosa. El peso del agua volvía la barca menos manejable y podía hacerla más lenta para elevarse entre ola y ola. Un solo segundo de retraso y todo hubiese acabado.

El viejo, sin poder hablar, nos hizo señas con lágrimas en los ojos de tirar al mar todo que atestaba el sollado de la barca. Los cántaros de agua, los cestos de pescado, las dos gruesas velas, el ancla de hierro, los cordajes, incluso sus paquetes de pesadas vestimentas así como nuestros capotes de gruesa lana empapados de agua, todo fue echado por la borda. El pobre marino contempló un instante cómo flotaban todas sus riquezas. La barca se elevó y corrió ligera sobre la cresta de las olas como un corcel al que se ha quitado la carga.

Entramos poco a poco en un mar más tranquilo, un poco protegido por la punta occidental de Prócida. El viento amainó, la llama de la antorcha se enderezó, la luna abrió un gran agujero azulado entre las nubes. Las olas, al alargarse, disminuyeron de altura y dejaron de espumear por encima de nuestras cabezas. Poco a poco el oleaje se volvió más escaso y chapoteante como en una ensenada casi tranquila, y la negra sombra del acantilado de Prócida cortó la línea del horizonte. Estábamos en las aguas del centro de la isla.

XI

El mar estaba demasiado grueso en la barra para buscar la entrada al puerto. Tuvimos que decidirnos a abordar la isla por sus flancos en medio de los escollos.

-Ya no tenemos por qué inquietamos, muchachos -nos dijo el pescador al reconocer la orilla bajo la claridad de la antorcha-, la Madona nos ha salvado. Estamos casi en tierra y esta noche dormiremos en mi casa.

Creímos que había perdido la cabeza, ya que no teníamos conocimiento de que tuviera otra vivienda aparte de su sombría cueva de la Margellina, y para regresar antes de la noche tendríamos que volver a meternos en el canal, doblar el cabo y afrontar de nuevo el mugiente mar, del cual acabábamos de escapar.

Pero él sonreía ante nuestra expresión de asombro y, leyéndonos el pensamiento en los ojos:

-Estad tranquilos, muchachos -prosiguió-, llegamos sin que nos moje ni una ola.

Después nos explicó que era de Prócida, que todavía poseía en aquella costa de la isla la cabaña y el jardín de su padre y que en ese mismo momento su anciana mujer con su nieta, hermana de Beppino, nuestro joven grumete, y otros dos nietos, estaban en su casa para secar los higos y vendimiar las cepas, cuyas uvas vendían en Nápoles.

-Unos cuantos golpes a remo aún -añadió- y beberemos el agua del manantial, que es más limpio que el vino de Ischia.

Aquellas palabras nos devolvieron el valor; remamos aún por espacio de una legua poco más o menos a lo largo de la costa recta y espumosa de Prócida. De cuando en cuando, el niño levantaba y sacudía su antorcha. Esta arrojaba su resplandor siniestro sobre las rocas y nos mostraba en todas partes una muralla inabordable. Por fin, al doblar una punta de granito que penetraba dentro del mar en forma de bastión, vimos replegarse y abrirse el acantilado como si fuese una brecha en una muralla. Un golpe de timón nos hizo virar rectos hacia la costa, y las últimas olas echaron nuestra barca entre dos escollos en los que la espuma hervía sobre un bajío.

XII

La proa, al chocar con la roca, produjo un sonido seco y estrepitoso como el crujido de una tabla que cae en falso y se rompe. Saltamos al mar, amarramos como mejor pudimos la barca con restos de cuerdas, y seguimos al viejo y al niño, que caminaban delante de nosotros. Subimos por el flanco del acantilado a través de una especie de rampa estrecha en la que el cortafrío había tallado en la roca unos escalones desiguales y resbaladizos por la espuma de mar. Esta escalera de roca viva, que a veces faltaba bajo el pie, había sido reemplazada por algunos escalones artificiales, que habían formado hundiendo la punta de largas estacas en los agujeros del muro y echando sobre ese suelo tembloroso una tablas alquitranadas de barcas viejas o haces de ramas de castaño guarnecidas de hojas secas. Después de haber subido lentamente de este modo cuatrocientos o quinientos escalones aproximadamente, nos encontramos en un pequeño patio. suspendido y rodeado por un parapeto de piedras grises. Al fondo del mismo se abrían dos arcos macizos y toscos, dos arcadas redondeadas y rebajadas soportaban un tejado en forma de terraza cuyos bordes estaban adornados con tiestos de romero y de albahaca. Bajo las arcadas se veía una galería rústica en la que brillaban como arañas de oro, bajo la claridad de la luna, gran cantidad de mazorcas de maíz colgadas del techo.

Una puerta de tablas mal unidas se abría sobre la galería. A la derecha el terreno, sobre el que la casita se asentaba de forma desigual, se levantaba hasta la altura del plano de la galería. Una gran higuera y algunas cepas retorcidas se inclinaban desde allí sobre el ángulo de la casa, mezclando sus hojas y sus frutos bajo las aberturas de la galería y dejando caer sobre el muro de apoyo de las arcadas dos o tres festones serpenteantes. Sus ramas enrejaban a medias dos bajas ventanas que se abrían sobre aquella especie de jardín; y, de no haber sido por las ventanas, se hubiera podido confundir aquella maciza, cuadrada y baja casa con una de las rocas grises de la costa o con uno de aquellos bloques de lava enfriada que los castaños, la hiedra y las viñas presionan y sepultan entre sus ramas, y en los cuales los viticultores de Castellamare o de Sorrento excavan una gruta cerrada por una sola puerta, para conservar su vino al lado de las cepas que lo han criado.

Fatigados por la larga y vertical subida que acabábamos de hacer y por el peso de los remos, que llevábamos sobre nuestras espaldas, el viejo y nosotros nos paramos un momento

en el patio para recobrar el aliento. Pero el niño, tirando su remo sobre un montón de maleza y subiendo con agilidad la escalera, se puso a golpear en una las ventanas.

Con su antorcha aún encendida, llamando con alegre voz a su abuela y a su hermana.

-¡Abuela, hermana! ¡Abuela!¡Sorellína!-gritaba. ¡Gaetana! ¡Graziellal Despertad, abrid, es el abuelo, soy yo, vienen unos extranjeros con nosotros.

Escuchamos una voz medio adormilada, pero clara y dulce, que expresaba confusamente algunas exclamaciones de sorpresa desde el fondo de la casa. Al momento, la hoja de una de las ventanas se entreabrió empujada por un brazo desnudo y blanco que salía de una manga flotante, y vimos aparecer entre los postigos abiertos, al resplandor de la antorcha que el niño elevaba hacia la ventana alzándose sobre la punta de los pies, la encantadora figura de una joven.

Sorprendida, Graziella no había pensado ni había tenido tiempo de arreglarse un poco. Se había abalanzado hacia la ventana con los pies descalzos, en el mismo desorden en que estaba durmiendo en su cama. La mitad de sus largos cabellos negros le caía sobre una mejilla; la otra mitad se arrollaba alrededor de su cuello, y luego, llevados hacia el hombro opuesto por el viento que soplaba con fuerza, chocaban contra el postigo entreabierto, y volvían a azotarle el rostro como el ala de un cuervo batida por el viento.

La joven se frotaba los ojos con el revés de las manos levantando los codos y dilatando los hombros con ese primer gesto del niño que se despierta queriendo expulsar el sueño. Su camisa, atada al cuello, no dejaba percibir más que una figura alta y delgada en la que apenas se moldeaban bajo la tela las primeras ondulaciones de la juventud. Sus ojos ovalados y grandes eran de ese color indefinido, entre negro oscuro y azul mar, que dulcifica el brillo húmedo de la mirada y mezcla a partes iguales en los ojos de una mujer la ternura del alma con la energía de la pasión, color celestial que los ojos de las mujeres de Asia y de Italia roban al fuego abrasador de sus días ardientes, el azul sereno de su cielo, de su mar y de su noche. Sus mejillas eran llenas, redondeadas, de contorno firme, de un color entre pálido y tostado por el clima, sin esa palidez enfermiza del Norte, pero con esa blancura sana del Mediodía, que se parece al color del mármol expuesto desde varios siglos al aire y al agua. La boca, cuyos labios estaban más abiertos y eran más gruesos que los de las mujeres de nuestra tierra, tenía los pliegues del candor y de la bondad. Los dientes, pequeños y blanquísimos, brillaban bajo el resplandor indeciso de la antorcha como escamas de nácar al borde del mar bajo el reflejo del agua herida por los rayos del sol.

Mientras hablaba a su hermano pequeño, sus palabras vivaces, algo ásperas y acentuadas, de las que la brisa se llevaba la mitad, sonaban como una música en nuestros oídos. Su fisonomía, tan móvil como la luz de la antorcha que la alumbraba, pasó en un instante de la sorpresa al espanto, del espanto a la alegría, de la ternura a la risa; luego nos vio tras el tronco de la gruesa higuera, se retiró confusa de la ventana, su mano abandonó el postigo, que batió libremente contra el muro. Sólo se tomó el tiempo justo para despertar a su abuela, y a medio vestir vino a abrirnos la puerta que daba a las arcadas y a besar, emocionada, a su abuelo y a su hermano.

XIII

La anciana apareció en seguida sosteniendo en la mano una lámpara de barro rojo que iluminaba su rostro delgado y pálido, y sus cabellos tan blancos como las madejas de lana que se amontonaban como copos sobre la mesa alrededor de su rueca. Besó la mano de su

marido y la frente del niño. Todo el relato contenido en estas líneas se desarrolló con acompañamiento de algunas palabras y gestos entre los miembros de la pobre familia. Nosotros no lo oíamos todo. Nos manteníamos un poco apartados para no estorbar el desahogo del corazón de nuestros anfitriones. Ellos eran pobres, nosotros extranjeros: les debíamos respeto. Nuestra actitud reservada, situándonos en el último lugar y cerca de la puerta, se lo testimoniaba en silencio.

Graziella, de cuando en cuando, echaba sobre nosotros una ojeada extraña, como si viniera del fondo de un sueño lejano. Cuando el padre hubo terminado su relato, la anciana cayó de rodillas cerca del hogar; Graziella subió a la terraza, trajo una rama de romero y algunas flores de naranjo como largas estrellas blancas; tomó una silla, ató el ramo con largas horquillas que quitó de sus cabellos ante una pequeña estatua un tanto ahumada de la Virgen colocada encima de la puerta y ante la que ardía una lamparilla. Comprendimos que se trataba de una acción de gracias a su divina protectora por haber salvado a su abuelo y a su hermano y tomamos parte en su agradecimiento.

XIV

En el interior de la casa estaba tan desnudo y era tan parecido a la roca como el exterior. No había más que las paredes sin revocar, blanqueadas únicamente con un poco de cal. Los lagartos, despertados por la luz, se deslizaban con una especie de zumbido en los intersticios de las piedras y bajo las hojas de helecho que formaban la cama de los niños. Los nidos de golondrinas, en los que se veía surgir las pequeñas cabezas negras y brillar los inquietos ojos, estaban suspendidos de las vigas cubiertas de corteza que formaban el tejado. Graziella y su abuela dormían juntas en la segunda habitación en un único lecho cubierto por trozos de velas. Cestas con frutas y unas albardas de mulos cubrían el suelo.

El pescador se volvió hacia nosotros con una especie de vergüenza, señalándonos con su mano la pobreza de su casa. Después nos condujo a la terraza, lugar de honor en Oriente y en el Mediodía de Italia. Ayudado por el niño y por Graziella hizo una especie de cobertizo apoyando el extremo de uno de los remos sobre el muro del parapeto de la terraza.y el otro extremo sobre el suelo. Cubrió aquel refugio con una docena de brazadas de castaño recién cortadas en la montaña. Extendió algunos haces de helechos bajo el cobertizo. Nos trajo dos trozos de pan, agua fresca e higos y nos invitó a dormir.

Las fatigas y las emociones nos proporcionaron un sueño súbito y profundo. Cuando nos despertamos, las golondrinas piaban ya alrededor de nuestro lecho, rozando el suelo de la terraza para comerse las migajas de nuestra cena, y el sol, ya alto en el cielo, calentaba como un horno las brazadas de hojas que nos servían de techo.

Nos quedamos largo rato tendidos sobre los helechos, en ese estado de duermevela que deja al hombre moral sentir y pensar antes de que el hombre de los sentidos tenga el valor de levantarse y actuar. Intercambiamos algunas palabras inarticuladas, interrumpidas por largos silencios que volvían a sumirnos en los sueños. La pesca del día anterior, la barca balanceándose bajo nuestros pies, la furia del mar, las rocas inaccesibles, la figura de Graziella entre los postigos, bajo el resplandor de la antorcha: todas estas imágenes se cruzaban, se enredaban, se confundían en nosotros.

Fuimos arrancados de esta somnolencia por los sollozos y los reproches de la anciana, que hablaba a su marido dentro de la casa. La chimenea, cuya abertura

perforaba la terraza, nos traía la voz y algunas palabras sueltas. La pobre mujer se lamentaba por la pérdida de las jarras, del ancla, de los cordajes casi nuevos y, sobre todo, de las dos hermosas velas hiladas por ella, tejidas con su propio cáñamo y que habíamos cometido la barbarie de tirar al mar para salvar nuestras vidas.

-¿A qué son -le decía al viejo, aterrado y mudo- tenías tú que coger a esos dos extranjeros, esos dos franceses contigo? ¿No sabes que son paganos (paganí) y que arrastran con ellos la desgracia y la impiedad? Los santos te han castigado. Nos han arrebatado todas nuestras riquezas; agradéceles aún que no nos hayan arrebatado nuestra alma.

El pobre hombre no sabía qué responder, pero Graziella, con la autoridad y la impaciencia de una niña a la que su abuela le consentía todo, se sublevó contra la injusticia de aquellos reproches y, tomando la defensa del viejo:

-¿Quién le ha dicho que esos extranjeros son paganos?-respondió a su abuela-. ¿Acaso los paganos se santiguan igual que nosotros ante las imágenes de los santos? Pues bien, yo os digo que ayer, cuando caísteis de rodillas para dar las gracias a Dios y cuando yo até el ramillete a la imagen de la Madona, los vi bajar la cabeza como si rezasen, hacer el signo de la cruz sobre su pecho e incluso vi brillar una lágrima en los ojos del más joven, que cayó sobre su mano.

-Era una gota del agua de mar que caía de su pelo -respondió con acritud la anciana.

-Y yo le digo que era una lágrima-replicó colérica Graziella-. El viento que soplaba de la orilla hasta la cima de la costa había tenido tiempo suficiente de secar sus cabellos. Pero el viento no seca el corazón. Pues bien, os lo repito, tenían lágrimas en los ojos.

Comprendimos que teníamos una protectora todopoderosa en la casa, ya que la abuela no respondió ni volvió a murmurar.

XV

Nos apresuramos a descender para agradecer a la pobre familia la hospitalidad que habíamos recibido. Encontramos al pescador, a la anciana, a Beppo, a Graziella e inluso a los pequeños dispuestos a bajar a la costa para inspeccionar la barca abandonada la noche anterior y ver si estaba lo suficientemente bien amarrada, ya que la tempestad continuaba aún. Fuimos tras ellos, con la cabeza baja, tímidos como huéspedes que han ocasionado una desgracia en la familia y que no están seguros de los sentimientos que tienen hacia ellos.

El pescador y su mujer nos precedían algunos escalones más abajo. Graziella, sujetando a uno de sus hermanos pequeños de la mano y llevando al otro en brazos, iba detrás. Nosotros cerrábamos la marcha en silencio. En la última revuelta de una de las rampas, desde donde se ven los escollos que la arista de una roca nos impedía percibir todavía, oímos un grito de dolor escaparse a la vez de los labios del pescador y de los de su mujer. Los vimos levantar sus desnudos brazos al cielo, retorcese las manos con las convulsiones de la desesperación, golpearse la frente y los ojos con los puños y arrancarse mechones de pelo blanco que el viento arrastraba en remolinos contra las rocas.

Graziella y los pequeños mezclaron pronto sus voces a estos gritos. Todos se precipitaron como locos franqueando las últimas gradas de la rampa hacia los escollos, avanzando hasta las franjas de espuma que las inmensas olas lanzaban contra la tierra y cayeron sobre la playa,

los unos de rodillas, los otros de espaldas, la anciana con el rostro entre las manos y la cabeza hundida en la arena húmeda.

Contemplábamos aquella escena de desesperación desde lo alto del último promontorio, sin tener valor para avanzar ni retroceder. La barca, amarrada a la roca pero sin ancla en la popa que la sujetase, había sido levantada por las olas durante la noche y hecha pedazos contra las puntas de los escollos que debían protegerla. La mitad del pobre esquife estaba todavía sujeta por la cuerda a la roca a la que la habíamos atado la noche anterior, y se debata con siniestro ruido parecido a las voces de los hombres que en trance de perdición se apagan con su gemido ronco y desesperado.

Las otras partes del casco, la popa, el mástil, las cuadernas, las tablas pintadas, estaban sembradas aquí y allá sobre la playa, semejantes a miembros de cadáveres desgarrados por los lobos tras un combate. Cuando llegamos a la playa, el viejo pescador se dedicaba a correr de un lado a otro de los restos. Los levantaba, los contemplaba con la mirada vacía y los dejaba caer a sus pies. Graziella lloraba, sentada en el suelo con el rostro entre su delantal. Los niños, metidos en el mar con las piernas desnudas, corrían gritando tras los trozos de madera y se esforzaban por empujarlos hacia la orilla.

En cuanto a la anciana, no cesaba de lamentarse y de hablar entre gemidos. No entendíamos más que sonidos confusos y jirones de quejas que desgarraban el aire y partían el corazón:

-¡Oh mar feroz, mar sordo, mar peor que los demonios del infierno! -gritaba, con vocabulario de injurias, mostrando el puño cerrado a las aguas-. ¿Por qué no nos has llevado también a nosotros ya que nos has robado aquello con lo que nos ganábamos el pan? ¡Ten, ten, ten! ¡Tómame en pedazos, ya que no me has tomado entera!

Y, diciendo estas palabras, se incorporaba y echaba al mar junto con pedazos de vestido, mechones de cabellos. Golpeaba con el gesto a las olas, pateaba en la espuma y, pasando alternativamente de la cólera al lamento y de las convulsiones a la ternura, volvía a sentarse en las arenas, apoyaba su frente entre las manos y miraba llorando cómo las tablas desunidas batían contra los escollos.

-¡Pobre barca! -gritaba, como si aquellos restos hubiesen sido los de un ser-querido apenas privado de sentimientos-. ¿Es ésta la suerte que te merecías? ¿No hubiéramos debido perecer contigo? ¿Perecer juntos, como hemos vivido? ¡Ahí, hecha pedazos, convertida en polvo, gritando ya muerta sobre un escollo desde donde nos has estado llamando toda la noche para que viniésemos a socorrerte! ¿Qué es lo que piensas de nosotros? ¡Nos habías servido tan fielmente y te hemos traicionado, abandonado, perdido! ¡Perdida, aquí, tan cerca de la casa, al alcance de la voz de tu amo, tirada en la costa como el cadáver de un perro fiel que la ola echa a los pies del amo que lo ha ahogado!

Las lágrimas sofocaban su voz y otra vez volvía a comenzar una a una la enumeración de las cualidades de su barca, todo el dinero que les había costado y todos los recuerdos que para ella se anudaban a aquellos pobres restos flotantes.

-¿Para eso -decía- te habíamos hecho carenar y pintar tan bien después de la última pesca del atún? ¿Para esto mi pobre hijo, antes de morir y dejarme estos tres niños, sin padre ni madre, la había construido con tantos cuidados y tanto amor, casi toda ella con sus propias manos? Cuando yo venía a recoger los cestos que había en la cala reconocía los golpes de su hacha en la madera y los besaba en su memoria. ¡Ahora serán los tiburones y los cangrejos de este maldito mar quienes lo besarán! Durante las noches de invierno había esculpido el mismo con su cuchillo en un madero la imagen de San Francisco y la había fijado en la proa para protegerla del mal tiempo. ¡Oh santo despiadado! ¿Cómo se lo ha agradecido? ¿Qué ha hecho de mi hijo, de su mujer y de la barca que nos había dejado tras él para asegurar la vida

de sus pobres hijos? ¿Cómo se ha protegido a sí mismo y dónde está su imagen, juguete de las aguas?

-¡Abuela, abuela! -gritó uno de los niños recogiendo en la playa entre dos rocas un fragmento del barco arrastrado por una ola- ¡Aquí está el santo!

La pobre mujer olvidó toda su cólera y todas sus blasfemias, se lanzó hacia el niño con los pies en el agua, tomó el trozo de madero esculpido por su hijo y lo pegó a sus labios cubriéndolo de lágrimas. Después volvió a sentarse y no dijo nada más.

XVI

Ayudamos a Beppo y al viejo a recoger uno a uno todos los trozos de la barca. Subimos al interior de la playa la quilla mutilada. Hicimos un montón con los restos, algunas de cuyas tablas y herrajes podían servir aún para estas pobres gentes; pusimos encima gruesas piedras con el fin de que la marea, si subía, no dispersa los preciados restos del esquife, y volvimos a subir a la casa tristes y bastante alejados de nuestros anfitriones. La falta de barco y el estado del mar no nos permitan partir.

Después de haber comido, con los ojos bajos y sin decir una sola palabra, un trozo de pan y leche de cabra que nos trajo Graziella cerca de la fuente, bajo la higuera, dejamos la casa con su duelo y nos fuimos a pasear por el alto viñedo, bajo los olivos de la meseta más elevada de la isla.

XVII

Mi amigo y yo apenas hablábamos pero teníamos el mismo pensamiento, y, por instinto, tomábamos los senderos que se dirigían a la punta oriental de la isla y que

debían conducirnos a la cercana ciudad de Prócida. Algunos cabreros y muchachas vestidas a la usanza griega que encontramos en el camino y que llevaban cántaros de aceite sobre la cabeza nos condujeron más de un vez al buen camino. Por fin llegamos a la ciudad tras una hora de marcha.

-He aquí una triste aventura -me dijo al fin mi amigo.

-Hay que transformarla en alegría para estas buenas gentes -le respondí.

-Ya he pensado en ello -replicó, haciendo sonar en su cinturón de cuero una buena cantidad de cequíes de oro.

-Y yo también, pero no tengo más de cinco o seis cequíes en mi bolsa. Sin embargo, me corresponde la mitad de esta desgracia y por tanto es necesario que tome parte también en la mitad de su reparación.

-Yo soy el que más dinero tiene de los dos -dijo mi amigo-. Tengo crédito con un banquero de Nápoles. Lo adelantaré todo. Ya arreglaremos cuentas en Francia.

XVIII

Hablando de este modo bajamos rápidamente las empinadas calles de Prócida. Pronto llegamos a la marina. Así es como llaman a la playa vecina a la rada o al puerto en el archipíelago y en las costa de Italia. La playa estaba repleta de barcas de Ischia, de Prócida y de Nápoles, a las que la tempestad del día anterior había forzado a buscar abrigo en sus aguas. Los marinos y los pescadores dormitaban al sol, escuchando el ruido decreciente de la olas, o charlaban en grupos sentados sobre el malecón. Por nuestras ropas y el gorro de lana roja que cubría nuestros cabellos nos tomaron por jóvenes marinos de Toscana o de Génova, desembarcados en Prócida por uno de los bricks[8] que transportan aceite o vino de Ischia.

Recorrimos la marina buscando con la mirada una barca sólida y bien aparejada que pudiese ser manejada fácilmente por dos hombres y cuya proporción y formas se aproximasen lo más posible a la que habíamos perdido. No nos costó mucho trabajo encontrarla. Pertenecía a un rico pescador de la isla, que poseía algunas otras. La que nos agradó no llevaba más que algunos meses de servicio. Fuimos a casa del propietario, cuya vivienda nos indicaron los chiquillos del puerto.

Era un hombre alegre, sensible y bueno. Le conmovió el relato que le hicimos del desastre y de la desolación de su pobre compatriota de Prócida. Desde luego no perdió ni una sola piastra[9] con el precio que puso a la embarcación, pero tampoco exageró en modo alguno su valor, y el trato se cerró en treinta y dos cequíes de oro que mi amigo le pagó al contado. Por esta suma adquirimos la barca, y un aparejo completamente nuevo. Velas, jarras, cordajes, ancla de hierro, todo pasó a nuestro poder.

Incluso completamos el equipo comprando en una tienda del puerto dos capotes de lana rojiza, uno para el viejo y otro para el niño; añadimos redes de diversos tamaños, cestos para el pescado y algunos toscos utensilios de menaje para uso de las mujeres. Convinimos con el vendedor de la barca que al día siguiente le pagaríamos tres cequíes más si la embarcación era conducida ese mismo día al punto de la costa que le designásemos. Como la borrasca amainaba y las tierras elevadas de la isla protegían un poco el mar del viento que soplaba por ese lado, se comprometió a ello y nosotros volvimos por tierra a la casa de Andréa.

XIX

Regresamos lentamente, sentándonos bajo todos los árboles, a la sombra de todas las parras, charlando, soñando, regateando con todas las jóvenes procítanas el precio de los canastos de higos, de nísperos y de uvas que llevaban, y dando tiempo al tiempo. Cuando desde lo alto del promontorio percibimos nuestra embarcación, que se deslizaba furtivamente bajo la sombra de la costa, apresuramos el paso para llegar al mismo tiempo que los remeros.

Ni en la pequeña casa ni en la viña que la rodeaba se escuchaban pasos ni voces. Dos magníficas palomas de gruesas patas emplumadas y con la alas blancas rayadas de negro picoteando algunos granos de maíz sobre el parapeto de la terraza eran el único signo de vida

[8] Bricbarca. Especie de bergantín.
[9] La piastra es una moneda antigua o actual de diversos países.

que animaba la casa. Subimos al terrado sin hacer ruido y allí encontramos a toda la familia profundamente dormida. Todos, excepto los niños cuyas lindas cabezas reposaban una al lado de la otra sobre el brazo de Graziella, dormitaban en esa actitud de decaimiento producido por el dolor.

La anciana tenía la cabeza sobre las rodillas y su aliento adormecido parecía sollozar aún. El abuelo estaba tendido sobre la espalda con los brazos en cruz, a pleno sol. Las golondrinas rozaban sus cabellos grises en su vuelo. Las moscas cubrían su frente llena de sudor. Dos profundos surcos que serpenteaban hasta su boca atestiguaban que la fuerza del hombre se había roto y que se había dormido entre lágrimas.

Aquel espectáculo nos rompió el corazón. El pensamiento de la felicidad que íbamos a devolver a aquellas pobres gentes nos consoló. Los despertamos. Pusimos en el suelo del terrado, a los pies de Graziella y de sus hermanos pequeños, los panes frescos, el queso, las salazones, las uvas, las naranjas, y los higos de los que habíamos hecho provisión por el camino. La joven y los niños no se atrevían a levantarse en medio de aquella lluvia de abundancia que caía como del cielo alrededor de ellos. El abuelo nos daba las gracias en nombre de toda la familia. La abuela contemplaba todo aquello con una mirada sin brillo. La expresión de su rostro se aproximaba más a la cólera que a la indiferencia.

-Vamos, Andréa -dijo mi amigo al viejo-, el hombre no debe llorar dos veces por lo que puede volver a conseguir con el trabajo y con el valor. Hay tablas en los bosques y velas en el cáñamo que crece. Solamente la vida del hombre desgastada por las penas no vuelve a brotar. Un día de lágrimas consume más fuerzas que un año de trabajo. Baje con nosotros; con su mujer y sus chicos. Somos sus marineros; lo ayudaremos a subir esta noche al patio los restos del naufragio. Con ellos podrá hacer cercas, camas, mesas, muebles para la familia. Le gustará un día dormir tranquilo en su vejez en medio de esas tablas que durante tanto tiempo lo han acunado sobre las aguas.

-¡Que sirvan solamente para nuestros ataúdes! -murmuró sordamente la abuela.

XX

Sin embargo, se levantaron todos y nos siguieron, bajando lentamente los escalones de la costa, pero se veía que el aspecto del mar y el ruido de las olas les hacía daño.

No intentaré describir la sorpresa y la alegría de aquellas pobres gentes cuando, desde lo alto del último rellano de la rampa, vieron la bella embarcación, nueva, brillante al sol y varada en seco en la playa al lado de los restos de la antigua, y mi amigo les dijo:

-¡Es suya!

Cayeron todos de rodillas como fulminados por la misma alegría, cada uno en el escalón en que se encontraba, para dar gracias a Dios, antes de encontrar palabras para dárnosla a nosotros. Pero la vista de su felicidad fue suficiente agradecimiento.

Se levantaron al escuchar la voz de mi amigo que los llamaba. Corrieron tras sus pasos hacia la barca. Primero a distancia y respetuosamente dieron una vuelta a su alrededor, como si temiesen que tuviese algo fantástico y que se desvaneciese como un prodigio. Después se aproximaron más y la tocaron, llevándose inmediatamente a la frente y los labios la mano que la había tocado. Por fin prorrumpieron en exclamaciones de admiración y de alegría y, tomándose de las manos, en cadena, desde la vieja hasta los pequeños, bailaron alrededor de la nueva barca.

XXI

Beppo fue el primero que subió a ella. De pie sobre el pequeño sollado de la proa, sacaba uno a uno de la cala todos los aparejos con que la habíamos llenado: el ancla, los cordajes, las jarras de cuatro asas, las espléndidas velas nuevas, los cestos, los capotes de anchas mangas; hacía sonar el ancla, levantaba los remos por encima de su cabeza, desplegaba la vela, arrugaba entre sus dedos la ruda lanilla de los abrigos, mostraba todas aquellas riquezas a su abuelo, a su abuela, a su hermano, con gritos y pataleos de felicidad. El padre, la madre, Graziella lloraban mirando por turno a la barca y a nosotros.

Los marinos que habían conducido la embarcación, escondidos tras las rocas, lloraban también. Todo el mundo nos bendecía. Graziella, con la cabeza baja y más seria en su agradecimiento, se acercó a su abuela y la escuché murmurar señalándonos:

-¡Decías que eran paganos, cuando yo te decía que podían ser más bien ángeles! ¿Quién llevaba razón?

La anciana se echó a nuestros pies y nos pidió perdón por sus sospechas. Desde aquel momento nos quiso tanto como quería a su nieta o a Beppo.

XXII

Despedimos a los marinos de Prócida después de haberles pagado los tres cequíes convenidos. Cada uno cargó con uno de los objetos del aparejo que llenaban la cala. Llevamos a la casa, en lugar de los restos de su fortuna, todas aquellas riquezas de la feliz familia. Por la noche, después de cenar, bajo la luz de la lámpara. Beppo descolgó de la cabecera de la cama de su abuela el trozo de madero roto en el que la figura de San Francisco había sido esculpida por su padre, lo igualó con su sierra, lo limpió con su cuchillo, la pulió y la pintó de nuevo. Tenía el propósito de incrustarla al día siguiente en el extremo interior de la proa para que en la nueva barca hubiese algo de la antigua. De este modo los pueblos de la antigüedad, cuando levantaban un templo en el emplazamiento de otro, ponían buen cuidado en introducir en la construcción del nuevo edificio los materiales o por lo menos una columna del antiguo, con el fin de que hubiese alguna cosa vieja y sagrada en el moderno y que el propio recuerdo desgastado y tosco tuviese su propio culto y su prestigio para el corazón en medio de las obras maestras del nuevo santuario. El hombre es el hombre en cualquier lugar. Su naturaleza sensible tiene siempre los mismos instintos, ya se trate del Partenón, de San Pedro de Roma o de una pobre barca de pescador en un escollo de Prócida.

XXIII

Aquella noche fue quizá la más feliz de todas las noches que la Providencia hubiera destinado a esa casa desde que salió de la roca hasta que vuelva a caer en polvo. Nos dormimos bajo el ruido del viento en los olivares, de las olas en la costa y del resplandor rasante de la luna. Cuando nos despertamos, el cielo estaba limpio como un cristal pulido, el

mar oscuro y rayado de espuma como si el agua hubiese sudado por el cansancio de una larga carrera. Pero el viento, más furioso aún, continuaba mugiendo, la blanca espuma que las olas acumulaban sobre la punta del cabo Miseno se levanta aún más arriba que el día anterior. Inundaba toda la costa de Cumas en un flujo y reflujo de bruma luminosa que no cesaba de levantarse y volver a caer. No se veía ninguna vela en el golfo de Gaeta ni en el de Baia. Las golondrinas de mar -único pájaro que se encuentra en su elemento durante la tempestad y que grita de alegría durante los naufragios, como esos habitantes malditos de la Bahía de Trépassés que esperan su presa de los navíos en peligro de naufragar-azotaban la espuma con sus blancas alas.

Experimentábamos, sin decírnoslo, una alegría secreta de permanecer presos de esta forma por el mal tiempo en la casa y en las viñas del batelero. Ello nos daba tiempo de saborear nuestra situación y de gozar de la felicidad de aquella pobre familia a la que nos ligábamos como niños.

El viento y el mar picado nos retuvieron allí nueve días. Hubiéramos deseado, yo sobre todo, que la tempestad no acabase jamás y que una necesidad involuntaria y fatal nos hiciera pasar años allí donde nos enconrábamos tan cautivos y tan felices. Sin embargo, los días transcurrían para nosotros de una forma insensible y uniforme. Nada puede probar mejor lo poco que es necesario para ser feliz cuando el corazón es joven y goza de todo. Es así como los alimentos más simples sostienen y renuevan la vida del cuerpo, cuando el apetito los sazona, y el organismo es joven y sano...

XXIV

Despertamos con el trino de las golondrinas que rozaban nuestro techo de hojas sobre la terraza en la que estábamos durmiendo; escuchar la voz infantil de Graziella que cantaba a la viña, a media voz, por miedo de turbar el sueño de los dos extranjeros; bajar rápidamente a la playa para sumergirnos en el mar y nadar unos minutos en una pequeña cala, cuya fina arena brillaba a través de la transparencia de un agua profunda y donde el movimiento de las olas y la espuma de alta mar no penetraban; volver a subir lentamente a la casa, secando y calentando al sol nuestros cabellos y nuestras espaldas chorreantes por el baño; almorzar en la viña un trozo de pan y de queso que la joven nos traía y compartía con nosotros; beber el agua clara y fresca del manantial, recogida por ella en una pequeña jarra de barro oblonga que inclinaba, enrojeciendo, sobre el brazo, mientras nuestros labios se pegaban al orificio; ayudar después a la familia en los mil pequeños trabajos rústicos de la casa y del jardín; reconstruir las paredes de los muros que cercaban la viña y soportaban las terrazas; arrancar gruesas piedras, que habían rodado durante el invierno desde lo alto de los muros sobre las plantaciones de las viñas y que invadían el escaso terreno cultivable que se podía aprovechar entre las cepas; llevar a la bodega las gruesas calabazas amarillas, una sola de las cuales ya era carga suficiente para un hombre; cortar a continuación sus tallos, que cubrían la tierra con sus grandes hojas e impedían el paso con sus redes; trazar entre cada línea de parras, el nivel del suelo, una pequeña zanja en la tierra seca para que se acumulase el agua de lluvia y las mantuviese húmedas durante más tiempo; cavar con el mismo fin una especie de pozos en forma de embudo al pie de las higueras y los limoneros: tales eran nuestras ocupaciones matinales hasta la hora en que el sol caía a plomo sobre el tejado, sobre el jardín, sobre el patio, y nos forzaba a buscar refugio bajo las parras. La transparencia y el reflejo de las hojas de las vides teñían las sombras flotantes de un color cálido y un poco dorado.

CAPÍTULO II

I

Entonces Graziella entraba en la casa para hilar junto a su abuela o preparar la comida de mediodía. En cuanto al viejo pescador y a Beppo, pasaban los días enteros al borde del mar estibando la nueva barca y aportando los perfeccionamientos que su pasión por la nueva propiedad les inspiraba, al mismo tiempo que probaban las nuevas redes al abrigo de los escollos y siempre nos traían para el almuerzo algunos cangrejos o anguilas de mar cuyas escamas eran más relucientes que el plomo recién derretido. La abuela los freía con aceite procedente de los olivares. La familia conservaba este aceite, según la costumbre del país, en el fondo de un pequeño pozo cavado en la roca más cercana a la casa y cerrado con una gruesa piedra en la que había sido incrustada una anilla de hierro. Algunos pepinos fritos cortados en tiras en la misma sartén. Junto con moluscos frescos, parecidos a almejas y que llaman frutti di mare, mariscos, componían para nosotros ese frugal almuerzo, el principal y el más suculento del día. Uvas de moscatel formando largos racimos amarillos, recogidas por la mañana por Graziella, conservadas en su tallo y protegidas por las propias hojas servidas en cestos planos de mimbre, componían el postre. En lugar de licores y café tomábamos un tallo o dos de hinojo verde y crudo espolvoreado con pimienta y cuyo olor a anís perfuma los labios y levanta el corazón, siguiendo la costumbre de los marinos y de los campesinos napolitanos. Después del almuerzo, mi amigo y yo íbamos a buscar algún cobijo umbroso y fresco en la cima del acantilado, con vistas al mar y a la costa da Baia, y allí pasábamos las horas más calurosas del día mirando, soñando y leyendo, hasta alrededor de las cuatro o cinco de la tarde.

II

No habíamos salvado de las aguas más que tres volúmenes descabalados, gracias a que no se encontraban en nuestro equipaje de marineros cuando lo arrojamos al mar. Uno de ellos era la obra italiana de Ugo Foscolo titulada Cartas de Jacopo Ortis, una especie de Werther, mitad político, mitad novelesco, en el que la pasión por la libertad de su país se mezcla en el corazón de un joven italiano con su pasión por una bella veneciana. Este doble entusiasmo, alimentado por el doble fuego del amante y del revolucionario, despierta en el alma de Ortis una fiebre cuyo acceso, demasiado fuerte para un hombre sensible y enfermizo produce finalmente el suicidio. Este libro, copia literal pero coloreada y luminosa del Wertherde Goethe, se encontraba entonces entre las manos de todos los jóvenes que alimentaban su

alma, como nosotros, ese doble sueño de los seres dignos de soñar con algo grande: el amor y la libertad.

III

La policía de Bonaparte y de Murat tenía proscriptos en vano al autor y al libro. El autor tenía por asilo el corazón de todos los patriotas italianos y de todos los liberales de Europa. El libro tenía por santuario el pecho de los jóvenes como nosotros; allí lo escondíamos para absorber sus páginas. Los otros dos volúmenes que habíamos conseguido salvar, uno era Paul et Vírginte, de Bernardin de Saint Pierre, manual de amor ingenuo y cálido. Libro que parece una página de la infancia del mundo arrancada de la historia del corazón humano y conservada completamente pura y empapada de lágrimas contagiosas para los ojos de dieciséis años.

El otro era un volumen de Tácito. Páginas salpicadas de corrupción, vergüenza y sangre, pero en las que la virtud estoica se transformaba en buril de aparente impasibilidad histórica para inspirar a los que la comprendan el odio hacia la tiranía, el poder de los grandes sacrificios y la sed de las muertes generosas.

Daba la coincidencia de que estos tres libros se correspondían con los tres sentimientos que desde ese momento, como por presentimiento, hacían vibrar nuestras jóvenes almas: el amor, el entusiasmo por la libertad de Italia y Francia, y, en fin, la pasión por la acción política y por el movimiento de las grandes cosas, cuya imagen nos presentaba Tácito y a través de las cuales sumergía tempranamente nuestras almas en la sangre de su pincel y en el fuego de la virtud antigua. Leíamos en voz alta y por turnos, ya con admiración, ya llorando, ya soñando. Entrecortábamos aquellas lecturas con largos silencios y algunas exclamaciones intercambiadas que eran para nosotros el comentario irreflexivo de nuestras impresiones y que el viento se llevaba con nuestros sueños.

IV

Nosotros mismos, con nuestra imaginación, nos colocábamos en alguna de aquellas situaciones ficticias o reales que el poeta o el historiador acababan de relatarnos. Nos trazábamos un ideal de amante o de revolucionario, de vida oculta o pública, de felicidad o de virtud. Nos complacíamos en combinar aquellas grandiosas circunstancias, aquellas cualidades maravillosas de los tiempos de revolución, en los que los hombres más oscuros se revelan a las multitudes por el genio, y son llamados, como por su propio nombre, para combatir la tiranía y salvar las naciones; después, víctimas de la inestabilidad y de la ingratitud de los pueblos, son condenados a morir en el patíbulo, frente a una época que los ignora y a la posteridad que los venga.

No había papel, por heroico que fuese, que no encontrase nuestras almas a la altura de las situaciones. Nos preparábamos para todo y, si un día la fortuna no hacía realidad esas grandes pruebas en las que nos precipitábamos con la imaginación, nos vengábamos anticipadamente de las almas fuertes: si nuestra vida permanecía inútil, vulgar y oscura, sería porque la fortuna nos faltase, ¡no porque nosotros hubiésemos perdido la oportunidad de encontrarla!

V

Cuando el sol descendía dábamos largos paseos por la isla. La atravesábamos en todos los sentidos. íbamos a la ciudad a comprar el pan o las verduras que faltaban en el huerto de Andréa. Algunas veces traíamos un poco de tabaco, ese opio del marino que lo anima en el mar y lo consuela en la tierra. Volvíamos al caer la noche con los bolsillos y las manos llenas de nuestros modestos regalos. La familia se reunía por la noche en el terrado, que en Nápoles se llama el astrico[10], aguardando las horas del sueño. Nada tan pintoresco en las bellas noches de aquel clima como la escena del astrico bajo el claro de luna.

En el campo, la casa baja y cuadrada se parece a un pedestal antiguo que soportaba los grupos vivientes y las estatuas animadas. Todos los habitantes de la casa suben allí, se mueven o se sientan en diversas actitudes; la claridad de la luna o los resplandores de la lámpara proyectan y dibujan esos perfiles sobre el fondo azul del firmamento. Se puede ver a la vieja madre hilar, al padre fumar su pipa de barro con boquilla de caña, a los muchachos acodarse sobre el pretil y cantar con largas notas arrastradas esos aires marinos o o campestres cuyos acentos prolongados o vibrantes tienen algo del gemido de la madera torturada por las olas o de la vibración estridente de la cigarra al sol; y, en fin, las jovencitas con sus vestidos cortos, los pies descalzos, sus delantales verdes galonados de oro o de seda y sus largos cabellos negros flotando sobre sus hombros, envueltos en un pañuelo anudado en la nuca con gruesos nudos para preservar la cabellera del polvo.

Allí bailan con frecuencia solas o con sus hermanas; una toca la guitarra, otra agita sobre su cabeza una pandereta rodeada de cascabeles de cobre. Esos dos instrumentos, el uno quejumbroso y ligero, el otro monótono y sordo, armonizan maravillosamente para reflejar casi sin arte las dos notas alternativas del corazón del hombre: la tristeza y la alegría. Se los oye durante las noches de verano en casi todas las terrazas de las islas o del campo de Nápoles, incluso en las barcas. Este concierto aéreo, que persigue al oído de lugar en lugar, desde el mar hasta las montañas, se parece al zumbido de un insecto más, que el calor hace nacer y vibrar bajo el bello cielo. ¡Ese pobre insecto es el hombre, que canta algunos días ante Dios su juventud y sus amores y después se calla para toda la eternidad! Nunca he podido escuchar esas notas difundidas por el aire desde lo alto de los astricos sin pararme y sentir que se me oprime el corazón listo para estallar de alegría interior o de una melancolía más fuerte que yo.

VI

Estas eran también las actitudes, las músicas y las voces sobre la terraza de la casa de Andréa. Graziella tocaba la guitarra, y Beppino, haciendo tamborilear sus dedos de niño sobre la pandereta que antaño había servido para dormirlo en su cuna, acompañaba a su hermana. Aunque los instrumentos fuesen alegres y las actitudes joviales, la música era triste y las notas lentas y extrañas pellizcaban profunadamente las fibras adormecidas del corazón. Así ocurre con la música allí donde no es un vano recreo del oído, sin un gemido armonioso

[10] Voz tomada del dialecto napolitano para designar la tenaza.

de pasiones que salen del alma a través de la voz. Todos los acentos son suspiros, todas las notas mezclan llantos con el sonido. Jamás se puede golpear un poco fuerte sobre el corazón del hombre sin que de él salgan lágrimas: ¡tan llena de tristeza está, en el fondo, la naturaleza, y de tal modo lo que la conmueve hace subir heces a nuestros labios y nubes a nuestros ojos...!

VII

¡Incluso cuando la joven, requerida por nosotros, se levantaba modestamente para bailar la tarantela al rítmo de la pandereta tocada por su hermano y, arrastrada por el torbellino impetuoso de esa danza nacional, giraba sobre sí misma con los brazos graciosamente levantados, imitando con sus dedos el chasquido de las castañuelas y precipitando los pasos de sus pies descalzos como gotas de lluvia sobre la terraza, si, incluso entonces había en el ambiente, en las actitudes, en el frenesí mismo de ese delirio en acción, algo de serio y de triste, como si para atrapar un rayo de felicidad la juventud y la belleza misma tuviesen necesidad de aturdirse hasta el vértigo y de embriagarse de movimiento hasta la locura!

VIII

Con más frecuencia, charlábamos seriamente con nuestros anfitriones. Les hacíamos contarnos su vida, sus tradiciones o sus recuerdos de familia. Cada familia es una historia e incluso un poema para quien sabe hojearla. Esta tenía también su nobleza, su riqueza, su prestigio remoto. El abuelo de Andrea era un negociante griego de la isla de Egina Perseguido a causa de su religión por el pachá de Atenas, una noche embarcó a su mujer, sus hijas, sus hijos, su fortuna, en uno de los navíos que poseía para su comercio y se refugió en Prócida, donde tenía corresponsales y donde la población era griega como él. Había adquirido múltiples bienes, de los que no quedaba más vestigio que la granja en la que nos encontrábamos y el nombre de los ancestros grabados sobre algunas tumbas en el cementerio de la ciudad. Las hijas habían muerto siendo monjas en el monasterio de la isla. Los hijos habían perdido toda la fortuna en las tempestades que se habían tragado sus navíos. La familia había caído en la decadencia, he incluso cambió su bello nombre griego por un nombre oscuro de pescador de Prócida.

-Cuando una casa se hunde, se acaba por barrer hasta la última piedra -nos decía Andréa-. De todo lo que mi abuelo poseía bajo el cielo, no queda más que mis dos remos, la barca que me habéis dado, esta cabaña que apenas puede abrigar a sus dueños y la gracia de Dios.

IX

La abuela y la joven no pedían que les dijésemos, por nuestra parte, quiénes éramos, dónde se encontraba nuestro país, que hacían nuestros padres; si teníamos padre, madre, hermanos, hermanas, una casa, higueras, viñas; por qué habíamos dejado todo eso tan jóvenes

para venir a remar, leer, escribir, soñar al sol y dormir en el suelo en el golfo de Nápoles. Por más razones que les dábamos jamás podíamos hacerles comprender que era para contemplar el cielo y el mar, para evaporar nuestra alma al sol, para sentir fermentar en nostros nuestra juventud y para recoger impresiones, sentimientos, ideas que más adelante es posible que escribiéramos en verso, como aquellos que ellos veían escritos en nuestros libros o como los que los improvisadores de Nápoles recitaban el domingo por la noche a los marinos en el Malecón o en la Margellina.

-Queréis burlaros de mí -nos decía Graziella riendo-. ¡Vosotros poetas! ¡Pero si no tenéis los cabellos erizados ni los ojos extraviados como esos que llaman así en los muelles de la marina! ¡Vosotros poetas, y ni siquiera sabéis puntear una nota a la guitarra! ¿Con qué vais a acompañar las canciones que hagáis?

Y sacudía la cabeza haciendo un mohín con sus labios e impacientándose de que no quisiéramos decirle la verdad.

X

Algunas veces una fea sospecha atravesaba su alma y proyectaba la duda y una sombra de miedo en su mirada. Pero esto no duraba mucho. La oíamos decir muy bajito a su abuela:

-No, no es posible, no son refugiados expulsados de su país por una mala acción. Son demasiado jóvenes y demasiado buenos para conocer la maldad.

Entonces nos divertíamos contándole algunas siniestras fechorías de las que nos declarábamos autores.

El contraste de nuestras frentes tranquilas y limpias, de nuestros ojos serenos, de nuestros labios sonrientes y de nuestros corazones abiertos, con los crímenes fantásticos que suponíamos haber cometido, les hacía reír a carcajadas y disipaba rápidamente cualquier posibilidad de desconfianza.

XI

Graziella nos preguntaba con frecuencia qué leíamos durante todo el día en nuestros libros. Creía que eran oraciones, ya que nunca había visto libros salvo en la iglesia en manos de los fieles que sabían leer y que seguían las santas palabras del sacerdote. Nos creía muy piadosos, ya que pasábamos días enteros murmurando palabras misteriosas. Lo único que la extrañaba era que no nos hiciésemos sacerdotes o ermitaños en un seminario de Nápoles o en algún monasterio de las islas. Para desengañarla, intentamos leer dos o tres veces, traduciéndoles a la lengua común del país algunos pasajes de Fóscolo y algunos bellos fragmentos de nuestro Tácito.

Pensábamos que esos suspiros patrióticos del exilio italiano y esas grandes tragedias de la Roma imperial harían una fuerte impresión en nuestro ingenuo auditorio, ya que el pueblo lleva la patria en el instinto, el heroísmo en el sentimiento y el drama en la mirada. Lo que retiene sobre todo son las grandes caídas y las muertes bellas. Pero pronto nos dimos cuenta de que las declamaciones y las escenas que tanto poder ejercían sobre nosotros no surtían el

más mínimo efecto sobre aquellas almas simples. El sentimiento de la libertad política, esa aspiración de los hombres ociosos, no desciende tan bajo en el pueblo.

Esos pobres pescadores no comprendían por qué Ortis se desesperaba y se mataba, ya que podía gozar de todas las verdaderas voluptuosidades de la vida: pasearse sin hacer nada, ver el sol, amar a su amante y orar a Dios en los ribazos verdes y fértiles del Brenta.

-¿Por qué atormentarse de ese modo -decían- por unas ideas que no penetran hasta el corazón? ¿Qué puede importarle que sean austríacos o franceses los que reinan en Milán? ¡Está loco al sentir tanta pena por semejantes cosas?

Y no seguían escuchando.

XII

En cuanto a Tácito, lo comprendían todavía menos. El imperio o la república, esos hombres que se mataban, unos para reinar, otros para no sobrevivir a la servidumbre; esos crímenes por el trono, esas virtudes para alcanzar la gloria, esas muertes para la posteridad, los dejaban fríos. Las tempestades de la historia estallaban demasiado por encima de sus cabezas para que ellos se viesen afectados. Eran para ellos como truenos lejanos sobre la montaña, que se oyen retumbar sin inquietarse, ya que no caen más que sobre las cimas y no quebrantan la vela. del pescador ni la casa del granjero.

Tácito sólo es popular entre los políticos o entre los filósofos; es el Platón de la historia. Su sensibilidad es demasiado refinada para el vulgo. Para comprenderlo hay que haber vivido en los tumultos de la plaza pública o en las misteriosas intrigas de los palacios. Quitad la libertad, la ambición y la gloria a esas escenas, ¿y qué nos queda? Ellas son las grandes protagonistas de estos dramas. Ahora bien, esas tres pasiones son desconocidas para el pueblo, ya que son pasiones del espíritu y aquél no posee más que las pasiones del corazón. Nos dimos cuenta por la frialdad y el asombro que esos fragmentos producían a nuestro auditorio.

Entonces una noche intentamos leerles Paul et Virginie. Fui yo quien traduje leyendo porque tenía ya tanta costumbre de leerlo que prácticamente me lo sabía de memoria. Familiarizado con la lengua por una estancia más prolongada en Italia, me costaba poco encontrar las expresiones, y éstas salían de mis labios como si fueran mi lengua materna. Apenas hubo comenzado esta lectura las fisonomías de nuestro auditorio cambiaron y tomaron una expresión de atención y de recogimiento, indicio seguro de la emoción que embargaba los corazones. Habíamos dado con la nota que hace vibrar al unísono el alma de todos los hombres, de todas las edades y de todas las condiciones, la nota sensible, la nota universal: la naturaleza, el amor y Dios.

XIII

No había leído aún más que algunas páginas, y ya los viejos, la joven, los niños, todos habían cambiado su actitud. El pescador, con los codos sobre las rodillas, se olvidaba de

aspirar el humo de su pipa. La vieja abuela, sentada frente a mí, mantenía las manos bajo su barbilla con el gesto de las pobres mujeres que escuchan la palabra de Dios arrodilladas sobre el suelo de los templos. Beppo se bajó del muro de la terraza en el que había permanecido sentado. Colocó sin hacer ruido su guitarra en el suelo. Posaba su mano de plano sobre el mástil de la misma por miedo a que el viento hiciese sonar las cuerdas. Graziella, que de ordinario se mantenía un poco alejada, se acercaba a mí insensiblemente como si estuviese fascinada por una potente atracción escondida en el libro.

Apoyada en el muro de la terraza, a cuyo pie me encontraba yo tendido, se acercaba cada vez más a mi lado con su mano izquierda apoyada en tierra en actitud del gladiador herido. Miraba con sus grandes ojos muy abiertos ya al libro, ya a mis labios, por los que se derramaba el relato, ya el vacío entre mis labios y el libro, como si hubiese buscado con la mirada el espíritu invisible que interpretaba. Yo escuchaba su respiración desigual interrumpirse o precipitarse, siguiendo las palpitaciones del drama, como el aliento entrecortado de alguien que escala una montaña y que de cuando en cuando se torna un descanso para respirar. Antes de que hubiese llegado a la mitad de la historia, la pobre niña había olvidado sus reservas un poco salvajes hacia mí. Sentía en mis manos el calor de su respiración. Sus cabellos se agitaban sobre mi frente, y dos o tres lágrimas ardientes que se deslizaron por sus mejillas mojaron las páginas muy cerca de mis dedos.

XIV

Excepto mi voz lenta y monótona, que traducía literalmente a la familia de pescadores aquel poema del corazón, no se escuchaba más ruido que los golpes sordos y lejanos del mar rompiendo en la costa, allá abajo, a nuestros pies. Incluso aquel ruido armonizaba con la lectura. Era como el desenlace presentido de la historia que retumbaba anticipadamente en el aire desde el comienzo y durante el curso del relato. Cuanto más avanzaba el relato, más parecía atraer a nuestro sencillo auditorio. Cuando por casualidad yo dudaba, intentando encontrar la expresión justa para traducir la palabra francesa, Graziella, que desde hacía rato sostenía la lámpara protegiéndola del viento con su delantal, la aproximaba muy cerca de las páginas y casi quemaba el libro en su impaciencia, como si pensase que la luz del fuego tuviera el poder de hacer surgir el sentido intelectual ante mis ojos y las palabras pudieran nacer con más rapidez entre mis labios. Sonriendo, rechazaba la lámpara que sostenía su mano sin apartar su mirada de la página y sentía mis dedos tibiamente mojados por sus lágrimas.

XV

Cuando llegué al momento en que Virginie, reclamada por su tía para que regresase a Francia, siente, por decirlo así, el desgarramiento de su ser en dos y se esfuerza por consolar a Paul bajo los bananos, hablándole de volver y mostrándole el mar que va a llevársela, cerré el libro y dejé la lectura para el día siguiente.

Fue un duro golpe para el corazón de aquellas pobres gentes. Graziella se puso de rodillas ante mí y después ante mi amigo para suplicarnos que terminásemos la historia. Pero fue en vano. Queríamos prolongar el interés por ella y el encanto de la prueba para nosotros.

Entonces ella arrancó el libro de mis manos. Lo abrió como si pudiera, a fuerza de voluntad, comprender sus caracteres. Le habló, lo besó. Volvió a ponerlo respetuosamente sobre mis rodillas, uniendo las manos y mirándome suplicante.

Su fisonomía tan serena y sonriente, aunque un poco austera cuando estaba tranquila, había tomado de golpe en medio de la pasión y la ternura simpática del relato algo de la animación y del desorden patético del drama. Se hubiera dicho que una revolución súbita había cambiado aquel bello mármol en carne y lágrimas. La joven sentía su alma, hasta ese momento dormida, revelarse a través del alma de Virginie. Parecía haber envejecido seis años durante aquella media hora. Los tintes tormentosos de la pasión jaspeaban su frente, el blanco azulado de sus ojos y de sus mejillas. Era como un agua tranquila y protegida sobre la que el sol, el viento y la sombra hubieran venido a luchar de golpe por primera vez. No nos cansábamos de mirarla en aquella actitud. Ella, que hasta ese momento sólo nos había inspirado alegría, casi nos inspiró respeto. Pero en vano nos conjuró para que continuásemos; no quisimos desgastar nuestro poder de una sola vez, ya que sus bellas lágrimas nos agradaban demasiado para dejarlas correr de manera que el manantial se agotase en un solo día. Se retiró enfurruñada y apagó con cólera la lámpara.

XVI

Al día siguiente cuando volví a verla en las viñas y quise hablarle, se apartó de mí queriendo esconder sus lágrimas y se negó a responderme. En sus ojos, bordeados de un ligero círculo negro, en la palidez mate de sus mejillas y en un ligero y gracioso rictus en la comisura de sus labios, se apreciaba que no había dormido y que su corazón aún se hallaba oprimido por las penas imaginarias de la noche anterior. ¡Maravilloso poder el de un libro que actúa sobre el corazón de una niña analfabeta y de una familia ignorante con toda la fuerza de una realidad cuya lectura era todo un acontecimiento en sus vidas.

Y es que, de la misma forma que yo traducía el poema, el poema había traducido la naturaleza, y aquellos acontecimientos tan simples, la cuna de los dos niños a los pies de dos pobres madres, sus amores inocentes, su separación cruel, el regreso frustrado por la muerte, el naufragio, y las dos tumbas conteniendo un solo corazón bajo los bananos, son cosas que todo el mundo siente y comprende, desde la suntuosidad de un palacio hasta la cabaña de un pobre pescador. Los poetas buscan el ingenio en lejanos parajes, cuando se encuentra en el corazón, y sólo bastan las notas más sencillas, tocadas piadosamente y por casualidad en ese instrumento construido por el propio Dios, para hacer llorar a todo un siglo y para ser tan populares como el amor y tan simpáticos como el sentimiento. Lo sublime cansa, lo bello engaña, únicamente lo dramático es infalible en el arte. El que sabe enternecer lo sabe todo. Hay más genialidad en una lágrima que en todos los museos y en todas las bibliotecas del universo. El hombre es como el árbol que se sacude para hacer caer sus frutos. No se hace estremecer jamás al hombre sin que caigan sus lágrimas.

XVII

Durante todo el día la casa estuvo triste como si hubiese ocurrido algún acontecimiento doloroso en la humilde familia. Nos reunimos para tomar la comida casi sin hablar. Nos separamos. Nos volvimos a encontrar sin sonreír. Se veía que Graziella no tenía la cabeza en lo que estaba haciendo mientras se ocupaba en el huerto o en el terrado. Miraba con frecuencia si el sol se ponía, y era bien patente que de aquel día no esperaba más que la noche.

Cuando llegó la noche y volvimos a ocupar nuestro lugares habituales en el astrico, volví a abrir el libro y terminé la lectura entre sollozos. Abuelo, abuela, nietos, mi amigo, yo mismo, todos participábamos de la emoción general. El tono triste y grave de mi voz se sometía, a mi pesar, a la tristeza de las aventuras y a la gravedad de las palabras. Al final del relato parecían llegar de lejos y caer desde lo alto en el alma, con el acento hueco de un pecho vacío en el que el corazón ya no late ni participa en las cosas de la tierra nada más que a través de la tristeza, la religión y el recuerdo.

XVIII

Nos fue imposible pronunciar vanas palabras después del relato. Graziella se quedó inmóvil, sin moverse, en la misma postura en que estaba escuchando, como si siguiera escuchando aún. El silencio, ese aplauso de las impresiones duraderas y verdaderas, no fue interrumpido por nadie. Cada uno respetaba en los demás los pensamientos que sentía en sí mismo. La lámpara, casi consumida, se apagó poco a poco sin que ninguno de nosotros hiciese ademán de reavivarla. La familia se levantó y se retiró furtivamente. Nos quedamos solos mi amigo y yo, confundidos por la omnipotencia de la verdad, de la sencillez y del sentimiento sobre todos los hombres, sobre todas las edades, y sobre todos los países.

Es posible que otra emoción removiese ya el fondo de nuestros corazones. La encantadora imagen de Graziella transfigurada por las lágrimas, iniciada en el dolor por el amor, flotaba en nuestros sueños con la celestial creación del personaje de Virginie. Aquellos dos nombres y aquellas dos niñas, fundidas en apariciones errantes, encantaron o entristecieron nuestro agitado sueño hasta la mañana siguiente. La noche de aquel día y los dos días que siguieron tuvimos que volver a leer por dos veces a la joven el mismo relato. Cien veces seguidas lo hubiéramos leído y ella no se hubiera cansado de pedirlo una vez más. Es el carácter de las imaginaciones del Mediodía, soñadoras y profundas, que no buscan la variedad en la poesía o en la música; la música y la poesía no son, por así decirlo, más que los temas sobre los que cada uno borda sus propios sentimientos; nos alimentamos con ellos sin saciarnos, como el pueblo con el mismo relato, el mismo aire, la misma naturaleza durante siglos. La misma naturaleza, esa música y esa poesía suprema, ¿qué tiene sino dos o tres palabras y dos o tres notas, siempre las mismas, con las que entristece o alegra a los hombres desde el primer hasta el último suspiro?

XIX

Al salir el sol el noveno día, el viento equinoccial cesó por fin, y en pocas horas el mar volvió a ser un mar de verano. Las propias montañas de la costa de Nápoles, así como las aguas y el cielo, parecían nadar en un fluido más limpio y más azul que durante los meses de los grandes calores, como si el mar, el firmamento y las montañas hubiesen sentido ya ese primer escalofrío del invierno que cristaliza el aire y lo hace destellar como el agua yerta de los glaciares. Las hojas amarillas de las viñas y las hojas marrones de las higueras empezaban a caer alfombrando el patio. Los racimos habían sido recogidos. Los higos secados en el astrico, al sol, habían sido embalados en toscos cestos de hierbas marinas trenzados por las mujeres. La barca tenía prisa por probar el mar, y el viejo pescador por volver a llevar a su familia a la Margellina. Limpiaron la casa y el terrado. Cubrieron el manantial con una gruesa piedra para que las hojas y el agua de invierno no corrompiesen el depósito. Sacaron el aceite del pequeño pozo abierto en la roca. Pusieron el aceite en jarras; los niños lo bajaron hasta el mar pasando pequeños palos por las asas. Hicieron un paquete atado con cuerdas con el jergón y las mantas de la cama. Encendieron por última vez la lámpara bajo la imagen abandonada del hogar. Elevaron la última plegaria ante la Madona para encomendarle la casa, la higuera, la viña, que abandonaban así por varios meses y después se cerró la puerta. Guardaron la llave en el fondo de una hendidura de la roca recubierta de hiedra, para que el pescador, si volvía durante el invierno, supiera dónde encontrarla y pudiera entrar en su hogar. A continuación bajamos al mar ayudando a la pobre familia a transportar y a embarcar el aceite, los panes y los frutos.

CAP ÍTULO III

I

Nuestro retorno a Nápoles costeando el fondo del golfo de Baia y las pendientes sinuosas del Posillipo fue una verdadera fiesta para la joven, para los niños, para nosotros, y un triunfo para Andréa. Entramos en la Margellina de noche cerrada y cantando. Los viejos amigos y los vecinos del pescador no se cansaban de admirar su nueva barca. Lo ayudaron a descargarla y a llevarla a tierra. Como le habíamos prohibido decir quién se la había regalado, nos prestaron poca atención.

Después de haber sacado la embarcación a la playa y llevado los cestos de higos y de uvas a la bodega de Andréa, cerca del umbral de las tres habitaciones bajas ocupadas por la abuela, los niños y Graziella, nos retiramos pasando desapercibidos. Atravesamos, no sin que se nos encogiese el corazón, el tumulto ruidoso de las populosas calles de Nápoles y volvimos a nuestro alojamiento.

II

Teníamos el propósito, tras algunos días de reposo en Nápoles, de volver a hacer la misma vida con el pescador todas las veces que el mar lo permitiera. Nos habíamos acostumbrado tan bien a la sencillez de nuestras ropas y a la desnudez de la barca durante tres meses, que la cama, los muebles de nuestras habitaciones y nuestras ropas de ciudad nos parecía un lujo molesto y fastidioso. Esperábamos de todo corazón volverlos a utilizar sólo por pocos días. Pero al día siguiente, al ir a buscar a correos nuestra correspondencia atrasada, mi amigo encontró una carta de su madre, Pedía a su hijo que volviese sin tardanza a Francia para asistir a la boda de su hermana. Su cuñado debía ir a buscarlo a Roma. Según las fechas, ya debía haber llegado. No se podía retrasar la partida: tenía que marcharse.

Yo hubiera debido irme con él, No sé decir qué atracción de aislamiento y de aventura me retenían. La vida del marino, la cabaña del pescador, la imagen de Graziella, puede que tuviesen parte en ello de alguna manera, pero confusamente. El vértigo de la libertad, el orgullo de bastarme a mí mismo a trescientas leguas de mi país, la pasión por lo vago y lo desconocido, esa persectiva aérea de las imaginaciones jóvenes tuvieron más parte aún.

Nos separamos con una ternura varonil. Me prometió reunirse conmigo tan pronto hubiese satisfecho sus deberes de hijo y de hermano. Me prestó cincuenta luises para llenar el vacío que esos seis meses habían dejado en mi bolsa, y partió.

III

Aquella marcha, la ausencia del amigo, que era para mí lo que un hermano mayor es para un hermano casi niño, me dejaron en un aislamiento que cada hora se hacía más profundo y en el cual sentía que me hundía como en un abismo. Todos mis pensamientos, todos mis sentimientos, todas mis palabras, que antes se evaporaban al intercambiarlos con él, se me quedaban en el alma y allí se corrompían, se entristecían y me caían sobre el corazón como un peso que no podía ya levantar. Aquel ruido en el que nada me interesaba, aquella multitud entre la que nadie conocía mi nombre, aquella habitación, en la que ninguna mirada me respondía, aquella vida de posada en la que uno se codea sin cesar con desconocidos, en la que uno se sienta en una mesa muda al lado de hombres siempre nuevos y siempre indiferentes, aquellos libros que se han leído mil veces y cuyos caracteres inmóviles nos hacen decir siempre las mismas palabras dentro de la misma frase y en el mismo sitio; todo eso que me había parecido tan delicioso en Roma y en Nápoles antes de nuestras excursiones y de nuestra vida vagabundeante y errabunda del verano, me parecía ahora una muerte lenta. El corazón se me ahogaba de melancolía.

Durante algunos días arrastré aquella tristeza de calle en calle, de teatro en teatro, de lectura en lectura, sin poder quitármela de encima, hasta que al fin acabó por vencerme. Caí enfermo de eso que llaman nostalgia. Mi cabeza estaba pesada, mis piernas no me sostenían. Estaba pálido y deshecho. Ya no comía. El silencio me entristecía; el ruido me hacía daño; pasaba las noches sin dormir y los días acostado en mi cama sin tener ni el deseo ni la fuerza de levantarme. El viejo pariente de mi madre, el único que podía interesarse por mí, había ido a pasar algunos meses a treinta leguas de Nápoles, a los Abruzzos, donde quería establecer unas industrias. Pedí un médico; vino, me miró, me tomó el pulso y me dijo que no padecía ningún mal. La verdad es que padecía una enfermedad para la que su medicina no tenía remedio, una enfermedad del alma y de la imaginación. Se marchó. No volví a verlo.

Sin embargo, al día siguiente me sentí tan mal, que busqué en mi memoria alguien de quien pudiera esperar algún auxilio y un poco de piedad si no llegaba a sobreponerme. La imagen de la pobre familia del pescador de la Margellina, en medio de la cual aún vivía en recuerdos, me volvió espontáneamente a la imaginación.

Envié a un niño que me servía a buscar a Andréa y decirle que el más joven de los dos extranjeros estaba enfermo y quería verlo.

Cuando el niño llegó con mi mensaje, Andréa estaba en el mar con Beppino; la abuela estaba ocupada vendiendo el pescado en los muelles de Chiaja. Sólo Graziella estaba en la casa con sus hermanos pequeños. Apenas tomó el tiempo justo para confiar su cuidado a una vecina, vestirse con sus ropas más nuevas de procitana y siguió al niño que le indicó la calle, el viejo convento y la precedió por la escalera.

Oí llamar suavemente a la puerta de mi habitación. La puerta se abrió como empujada por una mano invisible: vi a Graziella. Lanzó un grito de piedad al verme. Dio algunos pasos lanzándose hacia mí lecho; luego, conteniéndose y quedándose de pie, con las manos entrelazadas y colgando sobre su delantal, y la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo en la misma actitud de la Piedad:

-¡Qué pálido está! -dijo en voz baja-. ¡Y cómo le ha cambiado el rostro en tan pocos días! ¿Y dónde está el otro?-dijo, volviéndose y buscando con la mirada por la habitación a mi inseparable compañero.

-Se ha marchado -le dije-. Estoy solo y nadie me conoce en Nápoles.

-¿Se ha ido? -dijo-. ¿Dejándolo así, enfermo y solo? ¡Entonces no lo quería tanto! ¡Ah, si yo hubiera estado en su lugar, no me hubiera marchado; y, sin embargo, no soy su hermano y sólo lo conozco desde el día de la tormenta!

IV

Le expliqué que no estaba enfermo cuando mi amigo me dejó.

-Pero ¿cómo no ha pensado que tenía otros amigos en la Margellina? -respondió vivamente con un tono de reproche, medio tierno, medio tranquilo-. ¡Ah, ya veo!añadió tristemente mirando sus mangas y el bajo de su vestido-. Es que somos gente pobre y lo hubiéramos avergonzado entrando en esta bella casa. Es igual -prosiguió enjugándose los ojos, que no había apartado de mi frente y de mis brazos caídos-. Aunque nos hubiesen despreciado, habríamos venido igual.

-Pobre Graziella -le respondí sonriendo-. ¡Dios me guarde del día en que me avergüence de los que me aman!

V

Se sentó en una silla al pie de mi cama y charlamos un poco.

El sonido de su voz, la serenidad de sus ojos, el abandono confiado y tranquilo de su actitud, la inocencia de su fisonomía, el acento a la vez brusco y quejumbroso de las mujeres de las islas, que recuerda, como en Oriente, el tono sumiso de la esclava incluso en las palpitaciones del amor, el recuerdo en fin de los maravillosos días de la cabaña pasados con

ella bajo el sol, aquel sol de Prócida que aún me parecía ver desprenderse de su frente, de su cuerpo y de sus pies en mi sombría habitación; todo aquello, mientras la miraba y la escuchaba, me sacaba de tal manera de mi languidez y de mi dolencia, que me creí súbitamente curado. Me parecía que en cuanto se marchara iba a levantarme y caminar. Sin embargo, me sentía tan a gusto con su presencia, que prolongaba la conversación todo lo que podía, y la retenía con mil pretextos por miedo a que se fuese demasiado pronto, llevándose el bienestar que yo experimentaba.

Me atendió durante parte del día, sin miedo, sin reserva afectada, sin falso pudor, como una hermana cuida a su hermano sin pensar que es un hombre. Fue a comprarme naranjas. Mordía la cáscara con sus bellos dientes para quitar la piel y verter el jugo en mi vaso apretándolas con los dedos. Desprendió de su cuello una pequeña medalla de plata que, colgando de un cordón negro, se escondía en su pecho. La sujetó con un alfiler a la cortina blanca de mi lecho. Me aseguró que pronto estaría curado por virtud de la santa imagen. Después, como el día empezaba a declinar, me dejó, no sin antes volver veinte veces desde la puerta hasta mi lecho para preguntarme si quería alguna cosa más y para recomendarme muy especialmente rogar con devoción a la imagen antes de dormirme.

VI

Ya fuese por virtud de la imagen y de las oraciones que sin duda ella misma le dirigió, ya fuese por la influencia tranquilizadora de aquella aparición de ternura y de interés que yo había sentido bajo la presencia de Graziella, o porque la encantadora distracción de su presencia y su charla me habían dado tranquilizara el aburrimiento enfermizo de todo mi ser, apenas salió me quedé dormido con un sueño tranquilo y profundo.

Al día siguiente, cuando desperté, al ver las cáscaras de las naranjas esparcidas por el suelo de mi habitación, la silla de Graziella aún vuelta hacia mi lecho tal como la dejó y como si fuese nuevamente a sentarse en ella, la pequeña medalla colgada de la cortina por la cinta de seda negra, y todas las huellas de esa presencia y de esos cuidados de mujer que desde hacía tanto tiempo me faltaban, me pareció, aún no despierto, que mi madre o una de mis hermanas había entrado por la noche en mi habitación. Sólo cuando hube abierto completamente los ojos y extraído mis recuerdos uno a uno, la figura de Graziella se me apareció tal y corno la había visto el día anterior.

El sol era tan puro, el reposo había fortificado tan bien mis miembros, la soledad de mi habitación me pesaba tanto sobre el corazón, la necesidad de escuchar de nuevo el sonido de una voz conocida me presionaba tan fuertemente, que me levanté, débil y tambaleante como me encontraba; comí el resto de las naranjas, subí a un corricolo[11] y me hice conducir instintivamente hacia la Margellina.

VII

Una vez llegado cerca de la casita baja de Andréa, subí la escalera que conducía a la plataforma situada encima de la bodega y a al que daban las habitaciones de la familia.

[11] Coche de dos ruedas.

Encontré en el astrico a Graziella, a la abuela, al viejo pescador, a Beppino y a los niños. Se disponían a salir en el mismo momento, ataviados con sus mejores ropas para ir a verme. Cada uno llevaba en un cesto, en un pañuelo o en la mano, un presente de lo que aquella pobre gente había imaginado que podía ser más agradable o más saludable para un enfermo: éste una garrafa de vino blanco dorado de Ischia, cerrada a guisa de corcho con un tapón de romero y de hierbas aromáticas que perfuman el recipiente; la otra higos secos; aquélla unos nísperos; los pequeños unas naranjas. El corazón de Graziella había pasado a todos los miembros de la familia.

VIII

Al verme aparecer, todavía pálido y débil, pero en pie y sonriendo ante ellos, lanzaron un grito de sorpresa. Graziella, en su alegría, dejó rodar por el suelo las naranjas que llevaba en su delantal y, golpeando las manos una contra otra, corrió hacia mí:

-¡Ya le había dicho -exclamó- que la imagen lo curaría con una sola noche que permaneciese en su lecho! ¿Lo había engañado?

Quise devolverle la imagen y la tomé de mi pecho donde la había colocado al salir.

-Bésela antes -me dijo.

La besé y también, ligeramente, la punta de sus hermosos dedos que había tendido para recogerla. -Se la devolveré si vuelve a caer enfermo-añadió poniéndosela al cuello y deslizándola en su seno-. ¡Servirá para los dos!

Nos sentamos en la terraza, bajo el sol de la mañana. Todos tenían un aire tan alegre como si hubiesen recuperado a un hermano o a un hijo que regresase de un largo viaje. El tiempo necesario para la formación de las amistades íntimas en las clases altas es infinito comparado con el de las clases inferiores. Los corazones se abren sin desconfianza y se unen en seguida, ya que no existe la más leve sospecha de intereses ocultos bajo los sentimientos. Se forma más unión y parentesco espiritual en ocho días entre los hombres de la naturaleza que en diez años entre los hombres de la sociedad. Aquella familia y yo ya éramos parientes.

Nos informamos recíprocamente de 'o bueno y lo malo que nos había sucedido desde que nos separamos. La pobre casa atravesaba una época de felicidad. La barca había sido bendecida. Las redes eran afortunadas. Jamás la pesca había producido tanto. La abuela no daba abasto para vender el pescado a las gentes del pueblo; Beppino, valiente y fuerte, era equiparable a un marinero de veinte años aunque solamente tuviese doce. Graziella aprendía un oficio muy por encima de la humilde profesión de su familia. Su salario, ya alto para el trabajo de una joven, y que vería aumentado aún por su gran talento, bastaba para vestir y alimentar a sus hermanos pequeños y darle una dote cuando tuviese edad y se le pasase por la imaginación enamorarse.

Tales eran las expresiones de su familia. Era coralera, es decir, que estaba aprendiendo a trabajar el coral. El comercio y la manufactura del coral constituían en aquel entonces la principal riqueza industrial de las ciudades de la costa italiana. Uno de los tíos de Graziella, hermano de la madre que había perdido, era contramaestre en la principal fábrica de coral de Nápoles. Rico por su estado, y dirigiendo numerosos obreros de uno y otro sexo que no podían satisfacer la gran demanda que de este objeto de lujo existía en toda Europa, había pensado en su sobrina y pocos días antes había venido para reclutarla entre sus obreras. Le

había traído el coral, las herramientas y le había enseñado las primeras lecciones de su sencillo arte. Las otras obreras trabajaban juntas en la fábrica.

Graziella, dada la ausencia continua y forzosa de su abuela y del pescador, era la única que podía cuidar de los pequeños, por lo que ejercía su oficio en casa. Su tío, que no podía ausentarse con frecuencia de la fábrica, enviaba desde hacía algún tiempo donde su sobrina al mayor de sus hijos, un joven de unos veinte años, formal, modesto, serio, obrero de primera, pero simplón, raquítico de cuerpo y un poco contrahecho. Iba por la noche, después de cerrarse la fábrica, para examinar el trabajo de su prima, perfeccionarla en el manejo de las herramientas y darle al mismo tiempo las primeras lecciones de lectura, de escritura y de cálculo. -Esperamos -me dijo muy bajito la abuela mientras Graziella miraba hacia otra parte- que esto redunde en beneficio de los dos y que el maestro se vuelva con el tiempo en el servidor de su prometida.

Me di cuenta de que había un cierto pensamiento de orgullo y de ambición hacia su nieta en el espíritu de la vieja. Pero Graziella no sospechaba nada.

IX

La joven me llevó de la mano a su habitación para que admirase las pequeñas obras de coral que ya había torneado y pulido. Estaban pulcra y cuidadosamente alineadas sobre algodón en pequeñas cajas al pie de su lecho. Quiso moldear un trozo ante mí. Yo, frente a ella, hacía girar la rueda del pequeño torno con la punta del pie, mientras Graziella arrimaba la rama roja de coral a la sierra circular que la cortaba rechinando. Después redondeaba los trozos sujetándolos con la punta de los dedos y desgastándolos contra la piedra.

El polvo rosa cubría sus manos y, al volar hasta su rostro, espolvoreaba sus mejilas y sus labios de un ligero matiz violáceo que hacía parecer sus ojos más azules y resplandecientes. Después se limpió riendo y al sacudir sus negros cabellos el polvo me cubrió a mí.

-Es un bello oficio para una hija del mar como yo, ¿verdad? -me dijo-. Nosotros se lo debemos todo al mar: desde la barca de mi abuelo y el pan que comemos hasta los collares y pendientes con los que puede que un día me adorne, cuando haya pulido y moldeado muchos para otras más ricas y más bellas que yo.

Así transcurrió la mañana, charlando, jugueteando, trabajando, sin que a mí se me pasara por la imaginación marcharme. A mediodía compartí la comida de la familia. El sol, el aire libre, la satisfacción del espíritu, la frugalidad de la mesa, que no contenía más que pan, un poco de pescado frito y frutas conservadas en la bodega, me habían devuelto el apetito y las fuerzas. Por la tarde ayudé al padre a remendar las mallas de una vieja red extendida sobre el astrico.

Graziella, cuyo pie acompasado oíamos mientras hacía girar el torno, el ruido de la rueca de la abuela y las voces de los niños que jugaban con las naranjas en el quicio de la puerta, acompañaban melodiosamente nuestro trabajo. Graziella salía de vez en cuando al balcón para sacudir sus cabellos; intercambiábamos una mirada, una palabra amistosa, una sonrisa. Me sentía feliz hasta el fondo de mi alma sin saber por qué. Hubiera querido ser una de las plantas de áloe arraigadas en las vallas del jardín o uno de los lagartos que se calentaban al sol cerca de nosotros sobre la terraza y que vivían con aquella pobre familia dentro de las grietas de los muros de la casa.

X

Pero mi alma y mi rostro se ensombrecían a medida que caía la tarde. Me ponía triste al pensar que tenía que volver a mi habitación de viajero. Graziella fue la primera en darse cuenta y susurró algunas palabras al oído de su abuela.

-¿Por qué dejarnos así? -dijo la vieja, como si estuviese hablando a uno de sus niños-. ¿No estábamos junto en Prócida? ¿No somos los mismos en Nápoles? Tiene el aspecto de un pajarillo que ha perdido a su madre y que ronda piando por todos los nidos. Venga a vivir en el nuestro, si lo encuentra suficientemente bueno para un monsíeur como usted. La casa no tiene más que tres habitaciones, pero Beppino duerme en la barca. La de los niños bastará para Graziella siempre que por el día pueda trabajar en la que usted duerma. Instálese en la suya y espere aquí el regreso de su amigo. Da pena pensar que un hombre tan bueno y triste como usted ande sólo por las calles de Nápoles.

El pescador, Beppino, incluso los niños, que ya querían al extranjero, se regocijaron con la idea de la buena mujer. Insistieron vivamente para que aceptara su ofrecimiento. Graziella no dijo nada, pero esperaba con visible ansiedad, velada por una fingida distracción, mi respuesta a las insistencias de sus parientes. Golpeaba con el pie, en un movimiento convulsivo e involuntario, ante todas las razones de discreción que yo daba para no aceptar.

Por fin levanté los ojos hacia ella. Vi que tenía el blanco de los ojos más húmedo y brillante que de costumbre y que arrugaba y rompía entre sus dedos una a una las ramas de una planta de albahaca que vegetaba en un tiesto de barro sobre el balcón. Comprendí aquel gesto mejor que cualquier largo discurso. Acepté la comunidad de vida que me ofrecían. Graziella batió palmas y, saltando de alegría, corrió sin volverse hacia su habitación, como si hubiese querido tomarme la palabra sin dejarme tiempo para retractarme.

XI

Graziella llamó a Beppino. En un instante su hermano y ella llevaron a la habitación de los niños sus pobres y escasos muebles, su cama, un pequeño espejo enmarcado en madera pintada, la lámpara de cobre, dos o tres estampas de la Virgen que pendían de los muros sujetas con alfileres, la mesa y el pequeño torno en el que trabajaba el coral. Sacaron agua del pozo, la esparcieron por el suelo con la palma de la mano y barrieron cuidadosamente el polvo de coral que había en las paredes y en las lozas; colocaron sobre el antepecho de la ventana los dos tiestos más verdes y más olorosos de bálsamo y de reseda que pudieron encontrar en el astrico. No hubieran preparado y limpiado con más cuidado la habitación nupcial si Beppo hubiese tenido que llevar esa misma noche a su novia a la casa de su padre. Yo los ayudé riendo de la broma.

Cuando todo hubo quedado arreglado, llevé conmigo a Beppino y al pescador para comprar y transportar los pocos muebles que me eran necesarios. Compré una pequeña cama de hierro completa, una mesa de madera blanca, dos sillas de enea, un pequeño brasero de cobre en el que, durante las noches de invierno, para calentarse, se queman los huesos de aceituna; mi baúl, que envié a recoger a mi alojamiento, contenía el resto. No quería perder ni una sola noche de aquella vida feliz que me devolvía como a mi familia. Esa misma noche dormí en mi nuevo aposento. No me desperté hasta que oí el alegre piar de las golondrinas, que entraban en mi habitación por un cristal roto de la ventana, y la voz de Graziella, que cantaba en la habitación de al lado acompañando su canto con el movimiento cadencioso de su torno.

XII

Abrí la ventana que daba a los pequeños huertos de los pescadores y a los lavaderos encajonados entre las rocas del monte Posillipo y la plaza de la Margellina.

Algunos bloque de gres marrón habían rodado hasta los huertos y muy cerca de la casa. Gruesas higueras, que crecían medio aplastadas bajo las rocas, los rodeaban con sus brazos tortuosos y blancos y los recubrían con sus amplias hojas inmóviles. Por ese lado de la casa, en los huertos del pueblo bajo, no se veían más que algunos pozos coronados por una amplia rueda, que un borriquillo hacía girar para regar por medio de zanjas el hinojo, los repollos raquíticos y los nabos; mujeres tendiendo la ropa a secar sobre una cuerdas atadas entre un limonero y otro; niños pequeños en camisa jugando o llorando sobre las terrazas de dos o tres casuchas blancas diseminadas entre los huertos. Aquella visión tan limitada, tan vulgar y tan lívida de los arrabales de una gran ciudad me pareció deliciosa en comparación con las altas fachadas de las calles profundamente encajonadas y con la multitud ruidosa de los barrios que acababa de abandonar. Respiraba aire puro en lugar del polvo, el fuego y el humo de la atmósfera humana que antes respiraba. Oía el rebuzno de los burros, el canto del gallo, el susurro de las hojas, el gemido alternativo del mar, en lugar del rodar de los coches, los gritos agudos del populacho y ese tronar incesante de todos los ruidos estridentes que en las calles de las grandes ciudades no dejan ninguna tregua al oído y ningún sosiego al pensamiento.

No podía arrancarme de mi lecho en el que saboreaba con delicia el sol, los ruidos campestres, el vuelo de los pájaros, ese reposo apenas turbado del pensamiento; y además, al ver la desnudez de las paredes, el vacío de la habitación, la ausencia de muebles, me regocijaba pensando que aquella pobre casa por lo menos me amaba, y que no existen tapices, colgaduras ni cortinas de seda que valgan lo que un poco de apego. Todo el oro del mundo no podría comprar a los indiferentes un solo latido del corazón, ni un sólo rayo de ternura en la mirada.

Estos pensamientos me acunaban dulcemente en mi duermevela; me sentía renacer a la salud y a la paz. Beppino entró varias veces en mi habitación para preguntarme si necesitaba alguna cosa. Me trajo a la cama pan y uvas, que comí tirando granos y migas a las golondrinas.

Era cerca del mediodía. Cuando me levanté, el sol entraba de lleno en mi habitación con su suave tibieza otoñal. Llegué a un acuerdo con el pescador y su mujer sobre la cuanta de una pequeña pensión que les daría cada mes como pago por el alquiler de mi habitación y para ayudar en algo al gasto de la familia. Era muy poco y aquellas pobres gentes pensaban que era demasiado. Se veía claramente que, lejos de intentar obtener de mí alguna ganancia,

sufrían interiormente porque su pobreza y la frugalidad demasiado restringida de su vida no les permitían ofrecerme una hospitalidad de la que se hubieran sentido más orgullosos si no me hubiese costado nada. Se añadieron dos panes a los que compraban cada mañana para la familia, un poco de pescado hervido o frito para comer, leche y frutos secos para la noche, aceite para mi lámpara y brasas para los días fríos: eso fue todo. Algunos granos' de cobre, calderilla del pueblo en Nápoles, eran suficientes cada día para cubrir mis gastos. Jamás he comprendido tan bien cuán independiente es la felicidad del lujo y hasta qué punto se la puede obtener mejor con un denario de cobre que con una bolsa de oro, cuando se sabe encontrarla donde Dios la ha escondido.

XIII

Viví de esta forma durante los últimos meses de otoño y los primeros de invierno. El resplandor y la serenidad de aquellos meses de Nápoles los hacen confundirse con los que los han precedido. Nada turbaba la monótona tranquilidad de nuestra vida. El viejo y su nieto ya no se aventuraban en alta mar por los frecuentes vendavales de la estación. Continuaban pescando a lo largo de la costa, y su pescado, vendido en la marina por 2 Antigua moneda napolitana la madre, les proporcionaba ampliamente cuanto era necesario para una vida sin estrecheces.

Graziella se perfeccionaba en su arte. Crecía y se embellecía aún más en el curso de la vida más dulce y sedentaria que llevaba desde que trabajaba el coral. El salario que su tío le llevaba el domingo le permitía no sólo mantener a sus pequeños hermanos más limpios, mejor vestidos y enviarlos al colegio, sino también comprar para su abuela y ella misma algunas ropas más ricas y más elegantes, propias de las mujeres de su isla: pañuelos de seda roja para llevar detrás de la cabeza en forma de largo triángulo sobre los hombros; zapatos sin talón, que no cubren más que los dedos del pie, bordados con lentejuelas de plata; sobrevestes de seda con rayas negras y verdes: esas prendas de costuras ribeteadas que flotan abiertas sobre las caderas, dejando entrever por delante la finura del talle y el contorno del cuello orlado de collares; y, por fin, grandes pendientes cincelados en los que los hilos de oro se entrelazaban con un polvo de perlas. Las mujeres más pobres de las islas griegas llevan ese tipo de aderezos y ornamentos. Ninguna miseria, apuro o infortunio, las forzaría a deshacerse de ellos. En las regiones en las que el sentido de la belleza es más agudo que bajo nuestro cielo y en las que la vida no es otra cosa que amor, el adorno no es un lujo a los ojos de un mujer: es su primera y casi única necesidad.

XIV

Cuando el domingo o los días de fiesta Graziella, vestida de esta manera, salía de su habitación a la terraza con algunas flores rojas de granado o de adelfa a un lado de la cabeza entrelazadas en sus negros cabellos- cuando, al escuchar el sonido de las campanas de la capilla vecina, pasaba y volvía a pasar delante de mi ventana como un pavo real que luce sus colores tornasolados bajo el sol; cuando arrastraba lánguidamente los pies presos en sus babuchas esmaltadas y mirándoselos, y luego levantaba la cabeza con una ondulación del cuello para hacer flotar el pañuelo de seda y los cabellos sobre sus hombros; cuando se daba

cuenta de que yo la miraba, enrojecía un poco como si se avergonzase de ser tan bella; había momentos en que el nuevo resplandor de su belleza me impresionaba de tal manera, que creía verla por primera vez; y mi familiaridad, corriente para con ella, se tornaba en una especie de timidez y turbación.

Pero ella buscaba tan poco el deslumbrar y su instinto natural de adornarse estaba tan exento de todo orgullo y de toda coquetería, que inmediatamente después de las santas ceremonias, se apresuraba a despojarse de sus ricos adornos y vestirse con la simple ropa de grueso paño verde, un vestido de indiana listado de rojo y negro, y volverse a calzar los zapatos de tacón de madera blanca que resonaban todo el día por la terraza como las babuchas ruidosas de las esclavas de Oriente.

Cuando sus jóvenes amigas no venían a buscarla o su primo no la acompañaba a la iglesia, con frecuencia era yo quien la llevaba, y la esperaba sentado en los escalones del peristilo. A la salida, oía con una especie de orgullo personal, como si hubiese sido mi hermana o mi prometida, los murmullos de admiración que su agraciada figura despertaba entre sus compañeras y entre los jóvenes marinos de los muelles de la Margellina. Pero ella n0 oía nada y, no fijándose más que en mí entre toda la multitud, me sonreía desde lo alto del primer escalón, se santiguaba por última vez con sus dedos mojados en agua bendita y con los ojos bajos descendía modestamente las gradas, en cuya parte baja yo la esperaba.

De este modo los días de fiesta yo la llevaba por la mañana y por la tarde a las iglesias, única y piadosa diversión que conocía y que amaba. Aquellos días yo ponía buen cuidado en que mi ropa fuese lo más parecida posible a la de los jóvenes marineros de la isla, con el fin de que mi presencia no llamase la atención a nadie y que me tomaran por el hermano o por un pariente de la joven a la que acompañaba.

El resto de los días ella no salía. En cuanto a mí, había reanudado poco a poco mi vida de estudio y mis costumbres solitarias, distraídas únicamente por la dulce amistad de Graziella y por mi adaptación a la familia. Leía a los historiadores, a los poetas de todos los idiomas. Algunas veces escribía. Intentaba, ya en italiano, ya en francés, dar libre curso en prosa o en verso a las primeras efervescencias del alma, que parecen pesar sobre el corazón hasta que la palabra las descarga expresándolas.

Parece que la palabra es la única predestinación del hombre y que ha sido creada para dar a luz los pensamientos igual que el árbol da a luz sus frutos, El hombre se atormenta hasta que materializa sobre una hoja de papel lo que fermenta en su interior. Su palabra escrita es como un espejo del que necesita para reconocerse a sí mismo y para asegurarse de que existe. Mientras no se ve en sus obras no se siente totalmente vivo. El espíritu tiene su pubertad como el cuerpo.

Estaba yo en esa edad en que el alma necesita nutrirse y multiplicarse por la palabra. Pero, como suele suceder, el instinto se produjo en mí antes que la fuerza. En cuanto escribía algo, me sentía descontento de mi obra y la rechazaba con repugnancia. ¡Cuántos jirones de mis sentimientos y mis pensamientos nocturnos, desgarrados al día siguiente, se han llevado y tragado el viento y las olas de Nápoles por la mañana, volando sin pesar lejos de mí!

XV

Algunas veces Graziella, viéndome encerrado durante más tiempo y más silencioso que de costumbre, entraba furtivamente en mi habitación para arrancarme de mis lecturas obstinadas o de mis ocupaciones. Avanzaba sin ruido por detrás de mi silla, se alzaba sobre la punta de

los pies para mirar por encima de mi hombro, sin comprender lo que leía o escribía y con un movimiento súbito me quitaba el libro o me arrancaba la pluma de las manos escapándose. Yo la perseguía por la terraza, me enfadaba un poco: ella reía. Yo la perdonaba, pero ella me reñía seriamente como hubiera podido hacerlo una madre.

-¿Qué es lo que este libro puede decir hoy a sus ojos durante tanto tiempo?-murmuraba con una impaciencia medio seria, medio burlona-. ¿Acaso estas líneas negras sobre este horrible y viejo papel no terminarán jamás de hablarle? ¿Es que no conoce suficientes historias para contarnos todos los domingos y todas las noches del año, como aquella que tanto me hizo llorar en Prócida? ¿Y a quién escribe usted toda la noche esas largas cartas que arroja por la mañana al viento del mar? ¿No se da cuenta de que eso le hace daño y que está muy pálido y distraído cuando ha pasado tanto tiempo escribiendo o leyendo? ¿No es más dulce hablar conmigo, que lo estoy mirando, que hablar durante días enteros con esas palabras o con esas sombras que no lo escuchan? ¡Dios, como si yo no tuviera tanta inteligencia como esas hojas de papel! ¡Yo le hablaría durante todo el día, le contestaría a todo lo que me preguntase y así no tendría que desgastar tanto su vista y quemar todo el aceite de la lámpara!

Entonces me escondía el libro y las plumas. Me traía mi chaqueta y mi gorro de marinero. Me forzaba a salir para distraerme.

Yo la obedecía murmurando, pero amándola.

CAPÍTULO IV

I

Iba a dar largos paseos por la ciudad, por los muelles, por el campo; pero aquellos paseos solitarios no eran tristes como los primeros días de mi regreso a Nápoles. Disfrutaba solo, pero disfrutaba deliciosamente de los espectáculos de la ciudad, de la costa, del cielo y del agua. El sentimiento momentáneo de mi aislamiento ya no me abrumaba; este sentimiento me hacía recogerme en mí mismo y concretaba las fuerzas de mi corazón y de mi pensamiento. Sabía que mis ojos y unos pensamientos amigos me seguían entre la multitud o en los desiertos y que al regreso era esperado por corazones llenos de mí.

Ya no era como el pájaro que pía alrededor de los nidos ajenos, según la expresión de la vieja; era como el pájaro que ensaya su vuelo a largas distancias de la rama que lo cobija, pero que conoce el camino para regresar. Todo mi afecto por mi amigo ausente se había vuelto hacia Graziella. Tal sentimiento era incluso algo más vivo e impetuoso, más mordiente, más tierno que el que me ataba a él. Me parecía que el uno se debía a la costumbre y a las circunstancias, pero el otro había nacido de mí mismo y lo había conquistado por elección propia.

No era amor, no sentía agitación, ni celos, ni preocupación apasionada; era el reposo delicioso del corazón, en lugar de ser una dulce fiebre del alma y de los sentidos. Yo no pensaba ni en amar de otra forma ni en ser amado más. No sabía si ella era un compañero, un amigo, una hermana u otra cosa para mí; solamente sabía que era feliz con ella y ella feliz conmigo.

No deseaba nada más, ni nada que fuese distinto. No estaba en esa edad en que la uno analiza en sí mismo sus sentimientos para darse una vana definición de su felicidad. Me

bastaba estar en calma, apegado y feliz, sin saber cómo ni por qué. La vida en común, el pensamiento entre dos, estrechaban cada día la inocente y dulce familiaridad entre nosotros, ella tan pura en su abandono como yo tranquilo en mi despreocupación.

II

Hacía ya tres meses que formaba parte de la familia, viviendo bajo el mismo techo, siendo parte, por así decirlo, de sus pensamientos, y Graziella se había acostumbrado de tal manera a mirarme como inseparable de su corazón, que quizá ni ella misma se daba cuenta de todo el lugar que yo ocupaba en él. No tenía hacía mí ninguno de esos temores, de esas reservas, de esos pudores que se interponen en las relaciones de una joven y de un muchacho y que, con frecuencia, hace nacer el amor por las mismas precauciones que se toman para preservarse de ello. Ella no sospechaba y yo apenas me percataba de sus gracias puras de niña, que surgían ahora con todo el resplandor de una madurez precoz y hacían de su belleza inocente un poder para ella, una admiración para todos y un peligro para mí. No se preoupaba de ocultarla o de hacer alarde ante mis ojos. No pensaba en ello más que una hermana hubiese podido pensar si es bella o fea a los ojos de su hermano. No ponía en sus cabellos por mi causa una flor más o menos. No calzaba con más frecuencia sus pies desnudos cuando por la mañana vestía a sus hermanos pequeños en la terraza bajo el sol y cuando ayudaba a su abuela a barrer las hojas secas caídas durante la noche sobre el terrado. Entraba a cualquier hora en mi habitación, siempre abierta, y se sentaba tan inocentemente como Beppino en la silla al pie de mi lecho.

Yo mismo, los días de lluvia, pasaba horas enteras solo con ella en la habitación contigua, donde dormía con los pequeños y donde trabajaba el coral. La ayudaba, charlando y jugando, en su trabajo al mismo tiempo que me enseñaba. Menos hábil pero más fuerte que ella, conseguía desbastar mejor los trozos. De esta forma hacíamos doble trabajo y en un día ella ganaba lo de dos.

Por el contrario, al llegar la noche, cuando los niños y la familia ya estaban acostados, era ella quien se transformaba en estudiante y yo en maestro. La enseñaba a leer y escribir, haciéndole deletrear en mis libros y llevándole la mano para enseñarla a trazar las letras. Al no poder venir su primo todos los días, yo lo sustituía. Ya fuera porque aquel joven contrahecho y cojo no inspirase a su prima suficiente inclinación y respeto a pesar de su dulzura, su paciencia y sus maneras serias, ya fuera porque ella misma se distraía demasiado durante las lecciones, el caso es que hacía menos progresos con él que conmigo. La mitad del tiempo de estudio transcurría entre bromas, risas e imitaciones del pedagogo. El pobre joven demasiado enamorado de su alumna y era demasiado tímido para reñirla. Hacía todo lo que ella quería con tal de que la bellas cejas de la joven no esbozas en un gesto de mal humor y para que sus labios no le mostrasen la más ligera mueca de desagrado. Con frecuencia, el rato dedicado a la lectura lo pasaba descortezando los granos de coral, devanando madejas de lana sobre la madera de la rueca de su abuela o remendando las mallas de la red de Beppo. Todo le venía bien con tal de que al marcharse Graziella le sonriese con complacencia y le dijera addío con un tono de voz que quisiera decir: ¡Hasta pronto!

III

Por el contrario, cuando estudiaba conmigo, la lección era seria. Con frecuencia se prolongaba hasta que nuestros ojos se cerraban por el sueño. Se podía ver, por la inclinaión de su cabeza, por su cuello estirado, por la inmovilidad atenta de su actitud y de su fisonomía, que la pobre niña ponía todo su empeño en lograrlo. Apoyaba su codo sobre mi hombro para leer en el libro, en el que mi dedo seguía la línea y le indicaba la palabra que debía pronunciar. Cuando escribía, yo sostenía sus dedos en mi mano para guiar a medías su pluma.

Si cometía alguna falta, la reñía con aire severo y enfadado. Ella no respondía y sólo se impacientaba consigo misma. A veces percibía cómo estaba a punto de llorar; entonces suavizaba la voz y la animaba a comenzar de nuevo. Si por el contrario había leído y escrito bien, apreciaba que ella misma buscaba su recompensa en mi aplauso. Se volvía hacía mí enrojeciendo con destellos de orgullosa alegría en la frente y en los ojos, más ufana del placer que me proporcionaba que del triunfo de su éxito.

Yo la recompensaba leyéndole varias páginas de Paul et Virginie, por la que mostraba su preferencia sobre cualquier otra obra; o algunas estrofas del Tasso cuando describe la vida campestre de los pastores en casa de los cuales vive Herminia, o cuando canta las quejas o la desesperación de los dos amantes. La musicalidad de aquellos versos la hacía llorar y soñar durante mucho tiempo después de que yo hubiera dejado de leer. La poesía no tiene un eco más sonoro y más prolongado que el corazón de la juventud en el que el amor está a punto de nacer. Es como el presentimiento de todas las pasiones. Más tarde, es como su recuerdo y su duelo. De esta manera hace llorar en las dos épocas extremas de la vida: a los jóvenes, de esperanza, y a los viejos de pena.

IV

Las encantadoras familiaridades de aquellas largas y dulces veladas al resplandor de la lámpara y a! suave calor del brasero bajo nuestros pies, no producían jamás entre nosotros otros pensamientos ni otras intimidades que las propias de los niños. Estábamos defendidos, yo por mi despreocupación casi fría, ella por su candor y su pureza. Nos separábamos tan tranquilos como nos habíamos reunido, y un instante después de aquellas largas conversaciones dormíamos bajo el mismo techo, a un paso el uno del otro, como dos niños que han jugado juntos por la noche y que no sueñan nada más que con simples entretenimientos. Esta tranquilidad de los sentimientos que se ignoran y que se alimentan de sí mismos hubiera durado años enteros, si no se hubiese producido una circunstancia que cambió todo y que nos reveló a nosotros mismos la naturaleza de una amistad que nos bastaba para ser tan dichosos.

V

Ceceo -era el nombre del primo de Graziellaseguía viniendo cada día con asiduidad a pasar las veladas de invierno con la familia del marinaro[12]. Aunque la joven no le demostraba ningún signo de preferencia y aunque era incluso el objeto habitual de sus bromas y un poco el juguete de su prima, era tan afable, tan paciente y tan humilde ante ella, que no podía dejar

[12] Forma dialectal napolitana del italiano marinaio (marinero).

de sentirse conmovida por sus amabilidades y sonreírle algunas veces con bondad. Para él era suficiente. Pertenecía a esa clase de corazones débiles, pero cariñosos, que, sintiéndose desheredados por la naturaleza de las cualidades que hacen ser amado, se contentan con amar sin reciprocidad y se sacrifican como esclavos voluntarios al servicio, si no a la felicidad, de la mujer a la que someten su corazón. No son las más nobles pero sí las más conmovedoras formas de cariño. Se los compadece pero se los admira, Amar para ser amado es propio del hombre, pero amar por amar es casi de ángeles.

VI

Bajo sus rasgos poco agraciados existía algo de angélico en el amor del pobre Ceceo. Por otra parte, muy lejos de sentirse hu millado o celoso por las familiaridades y las preferencias de que yo era objeto ante sus ojos por parte de Graziella, me quería porque me quería ella. En el afecto de su prima no solicitaba el primer lugar o el puesto único, sino el, segundo o el último: cualquier cosa le bastaba. Por complacer un momento, por obtener una mirada cariñosa, un gesto, una palabra agradable, hubiera sido capaz de ir a buscarme al último rincón de Francia y volverme a traer al lado de aquella que me prefería a él. Creo que incluso me hubiera odiado si yo hubiese causado alguna pena a su prima.

Su orgullo radicaba en ella como su amor. También es posible que, interiormente frio, reflexivo, sensato y metódico, tal y como Dios y su enfermedad lo habían hecho, calculaba instintivamente que mi ascendiente sobre las inclinaciones de su prima no sería eterno; que una circunstancia cualquiera, pero inevitable, nos separaría; que yo era extranjero, de un país lejano, de una condición y fortuna evidentemente incompatibles con la de la hija de un marinero de Prócida; que un día u otro la intimidad entre su prima y yo se rompería de la misma manera que se había formado; que ella quedaría entonces sola, abandonada, desconsolada; que la misma desesperación conmovería su corazón y se lo entregaría roto pero completamente íntegro. Ese papel de consolador y de amigo era el único al que podía aspirar. Pero su padre tenía otros planes para él.

VII

El padre, conocedor del cariño de Ceceo hacia su sobrina, venía a verla de cuando en cuando. Conmovido por su belleza y su prudencia, maravillado por los rápidos progresos que hacía en la práctica de su arte, en la lectura y en la escritura; pensando por otra parte que los disfavores de la naturaleza no permitirían a Ceceo aspirar a otras ternuras que las de conveniencia y de familia, había resuelto casar a su hijo con su sobrina. Su fortuna hecha, bastante considerable para un obrero, le permitía considerar su petición como un favor al cual Andréa, su mujer y la joven no pensarían ni tan siquiera en resistir. Ya fuera porque había

hablado de sus proyectos a Ceceo, ya fuera porque le hubiera ocultado sus pensamientos para darle una sorpresa con su felicidad, resolvió explicarse.

VIII

La víspera de Navidad regresé más tarde que de costumbre para ocupar mi lugar en la mesa familiar. Me di cuenta de cierta frialdad y cierta confusión en la fisonomía evidentemente embarazada de Andréa y de su mujer. Al levantar los ojos hacia Graziella, pude apreciar que había llorado. La serenidad y la alegría eran tan habituales en su rostro, que aquella expresión desacostumbrada de tristeza lo cubría materialmente como un velo. Hubiera podido decirse que la sombra de sus pensamientos y de su corazón se había extendido sobre sus rasgos. Me quedé petrificado y mudo, no atreviéndome a interrogar a aquellas pobres gentes ni a hablar con Graziella por miedo de que el solo sonido de mi voz hiciera estallar su corazón, que apenas parecía contener.

Contra su costumbre, no me miraba. Con un gesto distraído llevaba a su boca un trozo de pan y aparentaba comer para fingir serenidad; pero no podía. Tiraba el pan bajo la mesa. Antes de finalizar la cena, taciturna, pretextó llevar a los niños a la cama; los arrastró a su habitación; se encerró en ella sin despedirse ni de su familia ni de mí y nos dejó solos.

Cuando hubo salido, pregunté al abuelo y a la abuela cuál era la causa de la seriedad de sus pensamientos y de la tristeza de la muchacha. Entonces me contaron que el padre de Ceceo había venido en el curso del día a la casa; que había pedido en matrimonio para su hijo a su nieta; que era una dicha muy grande y una alta fortuna para la familia; que Ceceo estaría muy contento; que Graziella, que era tan buena, tomaría a cargo a sus dos hermanos pequeños y que los educaría como si fueran sus propios hijos; que sus días de vejez estarían asegurados contra la miseria; que habían consentido en este matrimonio con agradecimiento; que habían hablado de ello a Graziella y que ella no había respondido nada por timidez y por modestia de muchacha joven; que su silencio y sus lágrimas eran efecto de su sorpresa y de su emoción, pero que todo ello pasaría como una mosca sobre una flor; en fin, que entre el padre de Ceceo y ellos habían llegado al acuerdo de celebrar los esponsales después de las fiestas de Navidad.

IX

Siguieron hablando mucho tiempo después de que yo hubiera dejado de oírlos. Nunca me había dado cuenta del apego que había tomado a Graziella. No sabía cuánto la amaba; si era intimidad pura, amistad, costumbre o todos esos sentimientos juntos los que componían mi inclinación hacia ella. Pero la idea de ver súbitamente cambiadas todas esas agradables relaciones de vida y de corazón, que se había establecido y como cimentado entre ella y yo sin sospecharlo; la idea de que iban a quitármela para entregarse de golpe a otro; que mi compañera y mi hermana, como lo era en ese momento, iba a tornarse en extraña e indiferente para mí; que ya no estaría allí; que no la vería a todas horas; que no escucharía la llamada de su voz; que ya no leería más en sus ojos ese rayo de luz y de ternura acariciante siempre elevado hacía mí, que me alumbraba dulcemente el corazón y que me recordaba a mi

madre y a mis hermanas; el vacío y la noche profunda que yo me imaginaba de golpe a mi alrededor, allí, al día. siguiente de que su marido se la llevase a otra casa; aquella habitación en la que no volvería a dormir; la mía, en la que no volvería a entrar; aquella mesa en la que no volvería a verla sentada; aquella terraza, en la que no volvería a escuchar el ruido de sus pies desnudos o de su voz por la mañana cuando me despertaba; aquellas iglesias, a las que no volvería a acompañarla los domingos; aquella barca, en la que su lugar permanecería vacío y donde yo no charlaría más que con el viento y las aguas; las imágenes acuciantes de todas las dulces costumbres de nuestra vida anterior, me venían todas juntas al pensamiento y se desvanecían de golpe para dejarme como un abismo de soledad y aniquilamiento; todo ello me hizo sentir por primera vez lo que representaba para mí la compañía de aquella joven y me mostró que, más que amor o amistad, el sentimiento que me ataba a ella era más fuerte de lo que yo creía, y que el encanto, desconocido para mí mismo, de mi vida salvaje en Nápoles no era ni el mar, ni la barca, ni la humilde habitación de la casa, ni el pescador, ni su mujer, ni Beppo, ni los niños: era un único ser y que, una vez desaparecido ese ser de la casa, todo desaparecería con él. Una vez que ella hubiera salido de mi vida presente, ya no existiría nada. Ahora lo entendía: aquel sentimiento confuso hasta entonces y que nunca me había confesado me golpeó de tal manera, que todo mi corazón se sobresaltó y experimenté algo de lo infinito del amor por lo infinito de la tristeza en la que mi corazón se sintió bruscamente sumergido.

X

Volví en silencio a mi habitación. Me tiré en la cama completamente vestido. Intenté leer, escribir, pensar, distraerme con algún trabajo mental de índole penosa y capaz de dominar mi agitación. Todo fue inútil. La agitación interior era tan fuerte, tan poderosa, que no pude enlazar dos pensamientos seguidos, y el propio agobio que sentía no pudo traerme el sueño. Jamás la imagen de Graziella se me había aparecido hasta ese momento tan encantadora y de una forma tan obstinada ante los ojos. Gozaba de ella como de algo que se ve todos los días y cuya dulzura sólo se siente al perderla. Su belleza incluso no había representado nada para mí hasta aquel día; confundía la impresión que me causaba con el efecto de la amistad que sentía por ella y de la que su fisonomía expresaba hacia mí. No sabía que existiera tanta admiración en mi afecto; no sospechaba la más mínima pasión en su ternura.

No me di cuenta de todo ello, ni siquiera en el transcurso de las largas circunvoluciones de mi corazón durante aquella noche de insomnio. Todo era confuso tanto en mi dolor como en mis sensaciones. Era como un hombre atontado por un golpe súbito que no sabe todavía bien dónde le duele, pero a quien le duele todo.

Dejé mi lecho antes de que se escuchase ningún ruido en la casa. No sé qué instinto me empujaba a alejarme durante algún tiempo como si mi presencia pudiera perturbar en semejantes momentos el santuario de aquella familia cuyo destino se agitaba de semejante forma ante un extraño.

Salí advirtiendo a Beppo que no regresaría en unos días. Al azar, tomé la dirección por la que me arrastraron mis primeros pasos. Seguí los largos muelles de Nápoles, la costa de Resina, de Portici, el pie del Vesubio. Contraté unos guías en Torre del Greco, dormí sobre una piedra a la puerta de la ermita de San Salvatore, en los confines en que termina la naturaleza habitada y donde comienza la región del fuego. Como el volcán estaba desde hacía algún tiempo en erupción y lanzaba a cada sacudida nubes de ceniza y de piedras que por la

noche oíamos rodar hasta el barranco de lava que hay al pie de la ermita, mis guías se negaron a acompañarme más lejos. Subí solo; escalé con gran esfuerzo el último cono, hundiendo pies y manos en una ceniza espesa y ardiente que se desprendía bajo el peso del hombre. El volcán rugía y retumbaba a cada instante. Las piedras calcinadas y aún rojas llovían aquí y allá a mi alrededor, apagándose en la ceniza. Nada me detuvo. Llegué hasta el borde extremo del cráter. Me senté. Ví como salía el sol sobre el golfo, sobre el campo y sobre la ciudad deslumbrante de Nápoles. Permanecí insensible y frío ante aquel espectáculo que tantos viajeros vienen a admirar desde mil leguas. Sólo buscaba en aquella inmensidad de luz, de mares, de costas y de edificios heridos por el sol un pequeño punto blanco en medio del verde oscuro de los árboles, en el extremo de la colina del Posillipo, donde creía distinguir la cabaña de Andréa. Por más que el hombre contemple y abarque el espacio, la naturaleza entera sólo se compone para él de dos o tres puntos sensibles a los que va a parar toda su alma. Suprimid de la vida el corazón que os ama: ¿que es lo que queda? Lo mismo ocurre con la naturaleza. Borrad el lugar y la casa que buscan vuestros pensamientos o que llenan vuestros recuerdos, y no queda más que un vacío notorio en el que la mirada se hunde sin encontrar fondo de reposo. ¿Es de extrañar entonces que las escenas más sublimes de la creación sean contempladas con miradas tan diversas por los viajeros? Y es que cada uno lleva consigo su punto de vista. Una nube en el alma cubre y decolora más la tierra que una nube en el horizonte. El espectáculo está en el espectador. Yo estaba comprobándolo.

XI

Miré todo y no vi rada. En vano bajé como un loco sujetándome a las puntas de lava fría hasta el fondo del cráter. En vano franqueé profundas grietas cuyo humo y llamas rampantes me ahogaban y me quemaban. En vano contemplé la grandes extensiones de azufre y de sal cristalizada que parecían glaciares coloreados por ese aliento de fuego. Me quedé tan frío ante la admiración como ante el peligro. Mi alma se encontraba en otra parte; en vano quería hacerla volver.

Por la noche volvía a bajar a la ermita. Despedí a mis guías; volví a través de los viñedos de Pompeya. Pasé un día entero paseándome por las calles desiertas de la ciudad sepultada. Aquella tumba, abierta después de dos mil años y exponiendo al sol sus calles, sus monumentos, sus artes, me dejó tan insensible como el Vesubio. El alma de toda aquella ceniza había sido barrida a lo largo de tantos siglos por el viento de Dios, que ya no decía nada a mi corazón. Hollaba con mis pies aquel polvo de hombres en las calles de la que fue su ciudad con la misma indiferencia que si fueran montones de conchas vacías arrojadas por el mar a sus orillas. El tiempo es un gran mar que, como el otro mar, rebosa de restos nuestros. No podemos llorar por todos. Cada hombre con su dolor, cada siglo con su piedad; es más que suficiente.

Al dejar Pompeya, me hundí en. las gargantas frondosas de las montañas de Castellamare y de Sorrento. Viví allí algunos días yendo de un pueblo a otro y haciéndome guiar por los cabreros a los lugares más renombrados de sus montañas. Me tomaban por un. pintor que estudiaba las perspectivas, porque de cuando en cuando tomaba algunas notas en un pequeño cuaderno de dibujo que me había dejado mi amigo. Yo no era más que un alma errante que vagaba aquí y allá por el campo para consumir los días. Todo me faltaba. Yo me faltaba a mí mismo.

No pude continuar por más tiempo. Una vez pasadas las fiestas de Navidad y también ese primer día del año, que los hombres han convertido en Fiesta como para seducir y doblegar al tiempo con alegrías y coronas, como si fuera un anfitrión severo al que se quiere enternecer, me apresuré a volver a Nápoles. Volví de noche, vacilando, dividido entre la impaciencia por volver a ver a Graziella y el terror de saber que ya no volvería a verla. Me paré veinte veces; me senté en el borde de las barcas al acercarme a la Margellina.

Me encontré con Beppo a unos pasos de la casa. Lanzó un grito de alegría al verme y se me echó al cuello como un hermano menor. Me llevó hasta su barca y me contó todo que había sucedido durante mi ausencia.

Todo estaba muy cambiado en la casa. Graziella no hacía más que llorar desde que yo me había ido. Ya no se sentaba a la mesa para comer. Ya no trabajaba el coral. Pasaba los días encerrada en su habitación sin querer responder cuando la llamaban, y las noches paseando por la terraza. En la vecindad se comentaba que estaba loca o innamorata[13]. Pero él sabía bien que no era cierto.

Todo el mal le venía, decía el niño, de que querían casarla con Ceceo y ella no quería. Beppino lo había visto y escuchado todo. El padre de Ceceo venía todos los días

a pedir una respuesta a su abuelo y a su abuela. Estos no cesaban de atormentar a Graziella para que ésta diera por fin su consentimiento. Ella no quería ni oír hablar de ello, decía que antes huiría a Génova. Para el pueblo católico de Nápoles es una expresión análoga a ésta: -Antes me convertiría en renegado. Es una amenaza peor que la del suicidio: es el suicidio eterno del alma. Andréa y su mujer, que adoraban a Graziella, se desesperaban a la vez por su resistencia y por la pérdida de sus esperanzas de verla bien situada. Se lo pedían por sus cabellos blancos; le hablaban de su vejez, de su miseria, del porvenir de los dos niños. Entonces Graziella se enternecía. Recibía un poco mejor al pobre Ceceo, que venía de vez en cuando por la noche a sentarse humildemente ante la puerta de la habitación de su prima y a jugar con los pequeños. El le decía hola y adiós a través de la puerta; pero era muy raro que ella le respondiese una sola palabra. El se marchaba disgustado pero resignado y volvía al día siguiente de la misma forma.

-¡Mi hermana hace mal-decía Beppino-. ¡Ceceo la quiere tanto y es tan bueno! ¡Ella sería muy feliz! Por fin esta noche-añadió-se ha dejado vencer por los ruegos de mi abuelo y de mi abuela y por las lágrimas de Ceceo.

Ha entreabierto un poco la puerta; ella le ha tendido la mano; él ha puesto una sortija en su dedo y ella ha prometido que se dejaría desposar mañana. Pero ¿quién sabe si mañana no tendrá un nuevo capricho? ¡Con lo dulce y alegre que era! ¡Dios mío, cómo ha cambiado! ¡Ya no la reconocería...!

XII

Beppino se acostó en la barca. Enterado así por él de lo que había sucedido, entré en la casa.

Andréa y su mujer estaban solos en el astrico. Me recibieron con amistad y me llenaron de tiernos reproches por mi prolongada ausencia. Me contaron sus penas y sus esperanzas respecto a Graziella.

[13] Enamorada.

-Si hubiera estado aquí-me dijo Andréa-, usted, a quien ella quiere tanto y a quien jamás dice no, nos habría ayudado mucho. ¡Qué contentos de volver a verlo! Mañana se celebran los esponsales; usted irá también; su presencia nos ha traído la felicidad.

Sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo al escuchar las palabras de aquella pobre gente. Algo me decía que su desgracia vendría de mí. Me abrasaba y temblaba por ver a Graziella. De manera estudiada hablé alto a sus abuelos, pasé y volví a pasar delante de su puerta como quien no quiere llamar pero desea ser oído. Ella permaneció sorda y muda y no apareció. Entré en mi habitación y me acosté. Cierta calma que siempre produce en el alma agitada el cese de la duda y la certeza de cualquier suceso, incluso de la desgracia, se apoderó al fin de mi espíritu. Caí sobre mi cama como un peso muerto y sin movimiento. La lasitud de los pensamientos y de los miembros me arrojó con prontitud en sueños confusos y por fin en el anonadamiento del sueño.

XIII

Durante la noche me desperté a medias dos o tres veces. Era una de esas noches de invierno más raras, pero más siniestras que en cualquier otra parte, en los climas cálidos y al borde del mar. El resplandor de tos rayos penetraba sin interrupción a través de las rendijas de los postigos como los guiños de un ojo de fuego sobre las paredes de mi habitación. El viento aullaba como jaurías de perros hambrientos. Los golpes sordos que un mar grueso asestaba a la playa de la Margellina repercutían por toda la orilla como si estuviesen cayendo grandes rocas.

Mi puerta temblaba y golpeaba bajo el soplo del viento. Dos o tres veces me pareció que se abría y se cerraba ella sola y que escuchaba gritos ahogados y sollozos humanos entre los silbidos y los gemidos de la tempestad. ¡Incluso una vez creí haber escuchado el sonido de unas palabras y que una voz angustiada pronunciaba mi nombre pidiendo socorro! Me senté en la cama, no cánada: creí que la tormenta, la fiebre y los sueños me absorbían en sus ilusiones. Volví a caer en el sopor.

Por la mañana la tempestad había dejado lugar al sol más puro. Fui despertado por verdaderos gemidos y gritos de desesperación del pobre pescador y de su mujer que se lamentaban en el umbral de la puerta de Graziella. La pobre muchacha había huido durante la noche. había despertado y besado a los pequeños haciéndoles señas de que se callaran. Había dejado sobre su cama todos sus más bellos vestidos y sus pendientes, sus collares y el poco dinero que poseía.

El abuelo tenía en la mano un pedazo de papel, manchado por algunas gotas de agua, que habían encontrado prendido con un alfiler sobre la cama. Había en él cinco o seis líneas que, enloquecido, me rogaba que leyera. Tomé el papel. Solamente contenía las siguientes palabras escritas temblando en un acceso de fiebre y que me costaba trabajo leer: "He prometido demasiado..., una voz me dice que es más fuerte que yo... Beso vuestros pies, perdonadme. Prefiero hacerme religiosa. Consolad a Cecco y a Monsíeur.. Rogaré a Dios por él y por los pequeños. Dadles todo lo que tengo. Devolved la sortija a Cecco...

Tras la lectura de aquellas líneas, toda la familia se deshizo otra vez en llanto. ¡Los pequeños, todavía completamente desnudos, al escuchar que su hermana se había marchado para siempre, mezclaban sus gritos con los gemidos de los dos viejos y corrían por toda la casa llamando a Graziella!

XIV

La nota cayó de mis manos. Al querer recogerla vi en el suelo, bajo mi puerta, una flor de granado que había admirado el último domingo en los cabellos de la joven y la medallita que devotamente llevaba siempre en su seno y que algunos meses antes había prendido en la cortina durante mi enfermedad. Ya no dudé de que mi puerta se hubiese abierto y cerrado durante la noche; que las palabras y los sollozos ahogados que había creído oír y que había tomado por gemidos del viento no fuesen el adiós y los sollozos de la pobre niña. Un lugar seco delante del umbral exterior de la entrada de mi habitación, en medio de las huellas de lluvia que se esparcían por todo el resto de la terraza, atestiguaba que la joven se había sentado allí durante la tormenta, que había pasado su última hora lamentándose y llorando, tumbada y arrodillada sobre la piedra. Recogí la flor de granado y la medalla y las oculté en mi pecho.

Las pobres gentes, en medio de su desesperación, estaban conmovidas de verme llorar como ellos. Hice lo que pude para consolarlos. Se convino que, si volvían a encontrar a su nieta, no le hablarían más de Cecco. El propio Cecco, a quien Beppo había ido a buscar, fue el primero en sacrificarse por la paz de la casa y el regreso de su prima. A pesar de lo desesperado que estaba, se veía que era feliz porque su nombre era mencionado con ternura en la carta y encontraba una especie de consuelo en la propia despedida que motivaba su desesperación.

-A pesar de todo, ha pensado en mí -decía mientras se enjugaba las lágrimas.

Inmediatamente acordamos que no tendríamos ni un instante de reposo antes de haber encontrado las huellas de la fugitiva.

El abuelo y Cecco salieron a toda prisa para ir a informarse en los innumerables conventos de la ciudad. Beppo y la abuela corrieron a casa de todas las jóvenes amigas de Graziella de la que sospechaban que hubieran podido recibir algunas confidencias de sus pensamientos y de su huida. Yo, extranjero, me encargué de recorrer los muelles, los puertos de Nápoles y las puertas de la ciudad, interrogando a los guardias, los capitanes de barco y los marineros, para saber si alguien había visto a una joven procitana salir de la ciudad por la mañana a embarcarse.

La mañana se pasó en vanas búsquedas. Regresamos todos a la casa, taciturnos, para contarnos nuestras gestiones y consultarnos de nuevo. Nadie, excepto los niños, tuvo fuerzas para llevarse ni un pedazo de pan a la boca. Andréa y su mujer se sentaron descorazonados en el umbral de la habitación de Graziella. Beppino y Cecco volvieron a errar sin esperanza por las calles y las iglesias, que en Nápoles se vuelven a abrir por la tarde para el rezo de las letanías y las bendiciones.

XV

Salí solo, tras ellos, y tomé tristemente y al azar el camino que lleva a la gruta de Posillipo. Atravesé la gruta y fui hasta el borde del mar que baña la pequeña isla de Nisida.

Desde el borde del mar mis ojos se volvieron hacia Prócida, que desde aquel lugar se ve blanquear como un caparazón de tortuga sobre el azul de las aguas. Mi pensamiento se dirigió

espontáneamente hacia la isla y hacia los días de fiesta que allí había pasado con Graziella. Una inspiración me guiaba. Me acordé de que da joven tenía allí una amiga casi de su edad, hija de un pobre habitante de las cabañas próximas, y que aquella joven llevaba un vestido muy particular que no era como el de sus compañeras. Un día en que la interrogaba por el motivo de aquella diferencia en sus ropas me respondió que era religiosa aunque permaneciese libre en casa de sus padres, en una especie de estado intermedio entre el claustro y la vida de familia. Me llevó a ver la iglesia de su convento. Había varios en la isla, como en Ischia y en los pueblos del campo de Nápoles.

Me vino la idea de Graziella, queriendo dedicarse a Dios, quizá hubiera ido a confiarse a aquella amiga y a pedirle que le abriera las puertas del convento. No había tenido tiempo de pensar en ello, cuando yo caminaba a grandes pasos por el camino de Pozzuoli, la ciudad más cercana a Prócida donde se pueden encontrar embarcaciones.

Llegué a Pozzuoli en menos de una hora. Corrí al puerto; pagué a los remeros el doble de lo que me pedían para decidirlos a llevarme a Prócida a pesar del fuerte mar y de la noche cercana. Pusieron su barca a flote y tomé un par de remos como ellos. Doblamos con dificultades el cabo Miseno. Dos horas más tarde atracábamos en la isla y subí solo, sofocado, tembloroso, en medio de tinieblas y de los golpes del viento de invierno, los escalones de la larga rampa que conducía a la cabaña de Andréa.

XVI

"Si Graziella está en la isla -me decía-, lo primero que habrá hecho será venir aquí, por el instinto natural que empuja al pájaro hacia su nido y al niño hacia la casa de su padre. Si ya no se encuentra aquí, algún rastro me confirmará que ha pasado por la casa y es posible que ese rastro me conduzca hasta ella. Si no la encuentro a ella ni a sus huellas. toda está perdido: las puertas de algún sepulcro viviente se habrán cerrado para siempre sobre su juventud.»

Agitado por aquella terrible duda, llegué al último escalón. Yo sabía en qué ranura de la roca la anciana, al partir, había escondido la llave de la casa. Aparté la hiedra y hundí mi mano en ella. Mis dedos buscaron a tientas la llave, crispados por el miedo de sentir el frío del hierro, que no me hubiera dejado ninguna esperanza...

¡La llave no estaba! Lancé un grito ahogado de alegría y penetré en el patio con paso silencioso. Las puertas y los postigos estaban cerrados. Un ligero resplandor que escapaba por las rendijas de la ventana y flotaba sobre las hojas de la higuera traicionaba una lámpara encendida en la vivienda. ¿Quién hubiera podido encontrar la llave, abrir la puerta y encender la lámpara si no era la niña de la casa? No dudé un segundo de que Graziella se encontraba a dos pasos de mí y caí de rodillas sobre el último peldaño de la escalera para dar gracias al ángel que me había guiado hasta ella.

XVII

No salía ningún ruido de la casa. Pegué mi oído a la puerta y creí escuchar el débil ruido de una respiración y una especie de sollozos al fondo de la segunda habitación. Hice temblar ligeramente la puerta como si sólo hubiera sido sacudida sobre sus goznes por el viento, con

el fin de llamar la atención de Graziella poco a poco, para que el ruido súbito e inesperado de una voz humana no la matase al llamarla. La respiración cesó. Entonces llamé a Graziella a media voz y con el acento más tranquilo y más tierno que pude encontrar en mi corazón. Un débil grito me respondió desde el fondo de la casa.

¡Volví a llamar, conjurándola a abrir a su amigo, a su hermano, que venía solo, de noche, a través de la tempestad y guiado por su buen ángel, para buscarla, encontrarla, arrancarla de su desesperación, llevarle el perdón de su familia, el suyo y devolverla a su deber, a su felicidad, a su pobre abuela, a sus queridos pequeños!

-¡Dios, es él! ¡Es mi nombre! ¡Es su voz! -gritó sordamente.

La llamé más tiernamente Graziellina, con ese nombre acariciante que algunas veces le daba cuando bromeábamos juntos.

-¡Oh, sí que es él -dijo-. ¡No me equivoco, Dios mío! ¡Es él!

La oí levantarse sobre las hojas secas, que crujían con cada uno de sus movimientos, dar un paso para venir a abrirme y volver a caer de debilidad o de emoción sin poder seguir adelante.

XVIII

No dudé más; di un golpe con el hombro a la vieja puerta con toda la fuerza de mi impaciencia y mi inquietud; la cerradura cedió y se desprendió bajo el esfuerzo, y me precipité dentro de la casa.

La pequeña lámpara encendida por Graziella ante la Madona la iluminaba con débil resplandor. Corrí al fondo de la segunda habitación, donde había escuchado su voz y su caída y donde la creía desvanecida. No lo estaba. Sólo su debilidad había traicionado su esfuerzo; había caído sobre el montón de brezo seco que le servía de cama y unía sus manos mirándome. Sus ojos encendidos ponla fiebre, abiertos de asombro y lánguidos de amor, brillaban fijos como dos estrellas cuyo resplandor cae del cielo y parecen mirarnos.

Su cabeza, que intentaba levantar, volvía a caer sobre las hojas, doblada hacia atrás como si el cuello estuviese roto. Estaba pálida como la agonía, salvo sus pómulos teñidos de un vivo color rosáceo. Su bella piel estaba veteada por manchas de lágrimas y del polvo que se había adherido a ella. Su vestido negro se confundía con el color marrón de las hojas desperdigadas por el suelo sobre las que se encontraba acostada. Sus pies desnudos, blancos como el mármol, sobresalían del montón de brezo y reposaban sobre la piedra. Los escalofríos recorrían todos sus miembros haciendo castañetear sus dientes como sonoras piedras en manos de un niño. El pañuelo rojo que habitualmente envolvía las largas trenzas negras de sus hermosos cabellos estaba desatado y extendido como un medio velo sobre su frente, casi hasta el borde de los ojos. Se veía que se había servido de él para ocultar su rostro y sus lágrimas en la sombra como en la inmovilidad anticipada de una mortaja y que no lo había movido más que al oír mi voz y al levantarse para venir a abrirme.

XIX

Me arrojé de rodillas al lado del brezo; tomé sus manos heladas entre las mías y las llevé a mis labios para darles calor con mi aliento; algunas lágrimas de mis ojos cayeron sobre ellas. Comprendí por al apretón convulsivo de sus dedos que había sentido la lluvia de mi corazón y me lo agradecía. Me quité el capote de marinero. Lo eché sobre sus pies desnudos. Los envolví en los pliegues de la lana.

Ella me dejaba hacer siguiendo mis movimientos únicamente con los ojos y con una expresión de feliz delirio, pero sin poder todavía intentar por ella misma ningún movimiento, como un niño que se deja arropar en sus mantillas y dar la vuelta en su cuna. A continuación eché en el hogar de la primera habitación dos o tres haces de brezo para caldear un poco el aire. Los encendí con la llama de la lámpara y volví a sentarme en el suelo al lado del lecho de hojas.

-¡Qué bien me siento! -me dijo hablando muy bajo, en tono suave, igual y monótono, como si su pecho hubiera perdido a la vez toda vibración y todo acento y sólo hubiese conservado una sola nota en la voz-. En vano he querido ocultármelo a mi misma, en vano he querido ocultártelo a ti. Puedo morir, pero no puedo amar a otro que no seas tú. ¡Han querido darme un novio, pero eres tú el único novio de mi alma! ¡No me entregaré a ningún otro sobre la tierra, puesto que me he entregado a tí en secreto! ¡Tú sobre la tierra o Dios en el cielo! Fue el voto que hice el primer día que comprendí que mi corazón estaba enfermo por ti. Sé muy bien que no soy más que una pobre muchacha indigna de tocar siquiera tus pies con el pensamiento. Tampoco te he pedido nunca que me quieras. No te pediré nunca que me quieras. ¡Pero yo te quiero, te quiero, te quiero! -me pareció que concentraba toda su alma en aquellas tres palabras-. ¡Y ahora despréciame, búrlate de mí, pisotéame! Ríete de mí si quieres, como de una loca que sueña que es reina en medio de sus harapos! ¡Entrégame a la burla de todo el mundo! Sí, yo misma se lo diré: «¡Sí, lo amo! ¡Y si hubieses estado en mi lugar, habrías hecho lo mismo que yo: habríais muerto o lo habríais amado!»

XX

Yo mantenía los ojos bajos, no atreviéndome a levantarlos hacia ella por miedo a que mi mirada le dijera demasiado o demasiado poco para tanto delirio. Sin embargo, al escuchar aquellas palabras, levanté mi frente pegada a sus manos y balbuceé algunas palabras.

Me puso un dedo en los labios.

-Déjame decirlo todo: ahora estoy contenta; ya no tengo dudas. Dios se ha explicado. Escucha: Ayer, cuando me escapé de casa después de haber pasado toda la noche luchando y llorando ante tu puerta, cuando llegué aquí en medio de la tempestad, vine creyendo no volver a verte nunca más, como una muerta que anduviera ella misma hacia la tumba. Tenía que hacerme monja mañana, en cuanto rompiese el día. Cuando llegué por la noche a la isla y fui a llamar al convento era demasiado tarde, la puerta estaba cerrada. Se negaron a abrirme. vine para aquí para pasar la noche y besar los muros de la casa de mi padre antes de entrar en la casa de Dios y en la tumba de mi corazón. Envié una carta por medio de un niño a una amiga para que viniese a buscarme mañana. Cogí la llave. Encendí la lámpara ante la Madona. Me puse de rodillas e hice un voto, un último voto, un voto de esperanza dentro de mi desesperación. Porque, si algún día llegas a amar, sabrás que siempre queda un último

resplandor de fuego en el fondo del alma, incluso cuando se cree que todo está extinguido. «¡Santa protectora -le dije-, enviadme una señal de mi vocación para asegurarme de que el amor no me hace engañarme y que doy realmente a Dios una vida que no debe pertenecerle más que a él! Aquí comienza mi última noche entre los vivos. Nadie sabe dónde la estoy pasando. Quizá mañana vengan a buscarme cuando ya no esté. Si la amiga a la que he mandado avisar viene la primera, será señal de que debo cumplir mi destino y la seguiré para siempre al convento. ¡Pero si fuera él quien apareciera antes que ella...! ¡Él, que llegase guiado por mi ángel para encontrarme y detenerme al borde de mi otra vida...! ¡Oh, entonces será señal de que no me queréis y de que debo volver con él para amarlo el resto de mis días! ¡Haced que sea él! -añadí-. ¡Haced un milagro más, si ése es vuestro designio y el de Dios! Para obtenerlo, os hago una ofrenda, la única que puedo hacer, yo que no nada poseo. He aquí mis cabellos, mis pobres y largos cabellos que él ama y que con frecuencia ha desatado riendo para verlos flotar al viento sobre mis hombros. Tomadlos, os los doy, los voy a cortar yo misma para probaros que no me reservo nada y que mi cabeza va a sostenerse a las tijeras antes de que los corten mañana al separarme del mundo.»

Al pronunciar estas palabras, apartó con la mano izquierda el pañuelo de seda que le cubría la cabeza y, tomando con la otra la larga madeja de sus cabellos cortados y tendidos a su lado sobre el lecho de hojas, me los mostró desenrollándolos.

-¡La Madona ha hecho el milagro! -continuó con voz más fuerte y con un íntimo acento de alegría-. ¡Ella te ha enviado! Iré donde tú quieras. Mis cabellos son tuyos. ¡Mi vida es tuya!

Me abalancé sobre las trenzas cortadas de su bello pelo negro, que se me quedaron entre las manos como una rama muerta arrancada del árbol. Las cubrí de mudos besos, las apreté contra mi corazón, las regué de lágrimas como si hubiesen sido una parte de ella misma que yo sepultaba muerta en la tierra. Después, volviendo mis ojos hacia ella, vi su encantadora cabeza, que me mostraba despojada, pero como adornada y embellecida por su sacrificio, resplandecer de alegría y de amor en medio de los mechones negros y desiguales de sus cabellos, desgarrados más que cortados por las tijeras. Se me apareció como la estatua mutilada de la juventud, cuyas propias mutilaciones revelan la gracia y la belleza añadiendo la ternura a la admiración. Aquella profanación de sí misma, aquel suicidio de su belleza por amor a mí, fueron un golpe para mi corazón, cuya repercución hizo que se tambaleara todo mi ser y me lanzó a sus pies con la frente en tierra. ¡Presentí lo que era amar y tomé ese presentimiento por amor!

XXI

¡Desgraciadamente no era el amor total! En mí no era más que su sombra. Pero yo era demasiado joven y demasiado inocente como para no engañarme a mí mismo. Creí que la adoraba como merecían ser adorados por un amante tanta inocencia, tanta belleza y tanto amor. Se lo dije con ese acento sincero que presta emoción y con esa pasión contenida que dan la soledad, la noche, la desesperación, las lágrimas. Ella lo creyó porque necesitaba creerlo para vivir y porque ella misma poseía en su alma la pasión suficiente para suplir la insuficiencia de otros mil corazones.

De esta forma transcurrió la noche, en la charla confiada, pero ingenua y pura, de dos seres que se desvelan inocentemente su ternura y que desearían que la noche y el silencio fuesen eternos para que nada ajeno a ellos viniera a interponerse entre la boca y el corazón. Su piedad y mi tímida discreción, la propia ternura de nuestras almas, alejaban de nosotros

cualquier otro peligro. El velo de nuestras lágrimas caía sobre nosotros. No hay nada más lejos de la voluptuosidad que la ternura. Abusar de semejante intimidad hubiera sido profanar dos almas.

Cogía sus manos entre las mías y las sentía volver a la vida. Fui a buscar agua fresca para que la bebiera en el hueco de mi mano o para enjugar su frente y sus mejillas. Avivé el fuego echando algunas ramas; después volví a sentarme sobre la piedra al lado de la brazada de mirto en la que reposaba su cabeza para escuchar una y otra vez las deliciosas confidencias de su amor: cómo había nacido en ella sin darse cuenta bajo la apariencia de una amistad pura y dulce de hermana; cómo al principio se había asustado y después se había tranquilizado; en qué signos había reconocido por fin que me amaba; cuántos testimonios secretos de preferencia me había dado sin yo saberlo; qué día había creído traicionarme; cuál otro había creído darse cuenta de que yo le correspondía; las horas, los gestos, las sonrisas, las palabras que se le escapaban o que retenía, las revelaciones o las nubes involuntarias en nuestros rostros durante esos seis meses. Había conservado todo en su memoria; de todo se acordaba. como la hierba de las montañas del Mediodía que el viento ha hecho arder durante el verano conserva las huellas del incendio en todos los sitios por donde ha pasado la llama

XXII

Añadía a todo ello esas supersticiones misteriosas del sentimiento que dan un sentido y un precio a las más insignificantes circunstancias. Iba levantando, por así decirlo, uno a uno, todos los velos de su alma ante mí. Se mostraba como a Dios, en toda la desnudez de su candor, de su juventud, de su abandono. El alma sólo tiene una vez en la vida esos momentos en los que se vuelca entera en otra alma con el murmullo inagotable de unos labios que no son suficientes para su expansión amorosa y que acaban por balbucear sonidos inarticulados y confusos como los besos de un niño que se duerme.

Yo mismo no me cansaba de escuchar, de gemir, de estremecerme. Aunque mi corazón, demasiado ligero y tierno aún de juventud, no estuviese lo suficientemente maduro no lo suficientemente fecundo para producir por sí mismo tan ardientes y divinas emociones, éstas, al caer sobre él, producían una impresión tan nueva y tan deliciosa, que al sentirlas creía experimentarlas. ¡Qué error! Yo el hielo y ella el fuego. Al reflejarlo, creía reproducirlo. Qué importa; aquella irradiación que repercutía del uno al otro parecía pertenecer a los dos y envolvernos en una atmósfera de idénticos sentimientos.

XXIII

Así transcurrió la larga noche de invierno. Aquella noche no tuvo para ella y para mí más que la duración del primer suspiro que dice que se ama. Cuando amaneció, nos pareció que el día venía a interrumpir esa palabra apenas comenzada.

El sol estaba, sin embargo, ya alto en el horizonte cuando sus rayos se deslizaron entre los postigos cerrados e hicieron palidecer la luz de la lámpara. En el momento en que abrí la puerta vi a toda la familia del pescador que subía corriendo la escalera.

La joven religiosa de Prócida, amiga de Graziella, a la que había enviado el mensaje el día anterior y confiado su decisión de entrar al día siguiente en el convento, sospechando alguna desesperación del corazón, había enviado por la noche a uno de sus hermanos a Nápoles para poner sobre aviso a la familia de la resolución de Graziella. Informados así de que su nieta había sido encontrada, llegaban a toda prisa, contentos y arrepentidos, para detenerla al borde de su desesperación y llevarla consigo libre y perdonada.

La abuela se arrodilló cerca del lecho empujando con las dos manos a los niños que había llevado con ella para enternecerla, y cubriéndose con sus cuerpos como con un escudo contra los reproches de su nieta. Los niños se echaron gritando en medio de un mar de lágrimas en brazos de su hermana. Al levantarse para acariciarlos y para besar a su abuela, el pañuelo que cubría la cabeza de Graziella cayó dejando ver la cabeza despojada de su cabellera. Ante la visión de semejante ultraje a su belleza, cuyo sentido comprendían demasiado bien, temblaron. De nuevo estallaron los sollozos en la casa. La religiosa, que acababa de entrar, calmó y consoló a todo el mundo; recogió las trenzas y, envolviéndolas en un pañuelo de seda blanco, las depositó en el delantal de la abuela.

-Guárdelas -le dijo- para enseñárselas de vez en cuando, en su felicidad o en su pena, y para recordarle, cuando pertenezca a aquel a quien ama, que las primicias de su corazón deben siempre pertenecer a Dios, como las primicias de su belleza le pertenecen en esta cabellera.

XXIV

Por la tarde volvimos todos juntos a Nápoles. El celo que yo había mostrado por encontrar y salvar a Graziella en aquellas circunstancias había redoblado el afecto de la vieja y del pescador hacia mí. Ninguno de los dos sospechaba la naturaleza de mi interés por ella y de su cariño hacia mí. Atribuían toda su repugnancia a la deformidad de Cecco. Esperaban poder vencerla por medio de la razón y del tiempo. Prometieron a Graziella no volver a presionarla sobre su matrimonio. El propio Cecco rogó a su padre que no hablase más sobre el asunto; con su humildad, su actitud y sus miradas, pedía perdón a su prima por haber sido el causante de su pena. La tranquilidad volvió a la casa.

XXV

Ya nada ensombreció el rostro de Graziella ni mi felicidad, sino el pensamiento de que esa felicidad sería interrumpida más o menos tarde por mi regreso a mi país. Cuando se pronunciaba el nombre de Francia, la pobre niña palidecía como si hubiese visto el fantasma de la muerte. Un día, al entrar en mi habitación, encontré todas mis ropas desgarradas y sus pedazos esparcidos por el suelo.

-Perdóname -dijo Graziella, echándose de rodillas a mis pies y levantando hacia mi su rostro descompuesto-. Soy yo quien ha hecho esta desgracia. ¡No me regañes! ¡Todo cuanto me recuerda que un día tendrás que quitarte esa ropa de marinero me hace tanto daño! ¡Tengo la sensación de que te despojarás de tu corazón de hoy para tomar otro cuando te pongas tus ropas de antes!

Salvo estas pequeñas tormentas que sólo estallaban por el calor de su ternura y que se aplacaban bajo algunas lágrimas de nuestros ojos, transcurrieron tres meses en medio de una felicidad imaginaria, que la más mínima realidad podía romper al tocarnos. Nuestro Edén estaba en una nube.

Así conocí el amor: por unas lágrimas en unos ojos de niña.

XXVI

¡Qué felices éramos juntos cuando podíamos olvidar completamente la existencia de otro mundo más allá del nuestro, otro mundo distinto de la casita en la ladera del Posillipo, de la terraza tendida al sol, de la pequeña habitación en la que trabajábamos y jugábamos la mayor parte del día; de la hermosa barca acostada en su lecho de arena sobre la playa, y aquel bello mar, cuyo viento, húmedo y susurrante, nos traía el frescor y las melodías de las aguas.

Pero, ¡ay!, había momentos en que nos deteníamos a pensar que el mundo no acababa allí y que vendría un día que no nos encontraría juntos bajo el mismo rayo de luna o de sol. No debo ni puedo acusar de tal modo a la aridez que sentía mi corazón en aquel momento comparada con la que he sentido después. En el fondo comenzaba a amar a Graziella mil veces más de lo que me confesaba a mí mismo. Si no la hubiese amado tanto, la huella que dejó en mi alma para toda mi vida no hubiera sido tan profunda y tan dolorosa, y su recuerdo no se hubiera adherido a mí de forma tan deliciosa y tan triste, y su imagen no estaría tan presente ni tan deslumbrante en mi recuerdo. Aunque entonces mi corazón fuese de arena, aquella flor de mar se arraigaba en él para más de una estación, como los milagrosos lirios de la playa arraigan en las pequeñas calas de la isla de Ischia.

XXVII

¿Qué ojo tan privado de luz, qué corazón tan seco al nacer no la hubiese amado? Su belleza aumentaba de la noche a la mañana en la misma proporción que su amor.

Ya no crecía, pero todos sus encantos femeninos se realzaban. Ayer, de niña, hoy, de joven en flor. Sus formas esbeltas se transformaban a simple vista en líneas más suaves y más contorneadas por la adolescencia. Su estatura adquiría aplomo sin perder elasticidad. Sus bellos pies desnudos no hollaban con tanta ligereza el suelo de tierra batida. Los arrastraba con esa indolencia y languidez que parecen imprimir a todo el cuerpo el peso de los primeros pensamientos amorosos de la mujer.

Sus cabellos crecían con la tupida rapidez de las plantas marinas bajo las templadas olas de la primavera. Con frecuencia me entretenía en medir su crecimiento enrollándolos alrededor de un dedo y haciéndolos descender hacia el talle galoneado de su sobreveste verde. Su piel se blanqueaba y se coloreaba a la vez en los mismos tonos con los que el polvo del coral impregnaba todos los días las puntas de sus dedos. Sus ojos se agrandaban y se abrían día tras día, como para abrazar un horizonte que se le hubiese aparecido de golpe. Era el mismo asombro ante la vida que el de Galatea cuando siente la primera palpitación bajo el mármol. Involuntariamente, mostraba hacia mí ciertos pudores y timideces en su actitud, miradas, gestos, que nunca antes había tenido. Yo me daba cuenta y con frecuencia, al

hallarme cerca de ella, permanecía mudo y tembloroso. Se hubiera dicho que éramos dos culpables cuando no éramos más que dos niños demasiado dichosos.

Y sin embargo desde hacía algún tiempo un fondo de tristeza se escondía o se ponía de relieve tras aquella felicidad. No sabíamos bien por qué, pero el destino sí lo sabía. Era el sentimiento de la brevedad del tiempo que nos quedaba por pasar juntos.

XXVIII

Con frecuencia Graziella, en lugar de reanudar su trabajo con alegría después de haber vestido y peinado a sus hermanos pequeños, se quedaba sentada al pie del muro de apoyo de la terraza, a la sombra de las gruesas hojas de una higuera que subía desde abajo hasta el borde del muro. Permanecía allí, inmóvil, con la mirada perdida, durante media jornada completa. Cuando su abuela le preguntaba si se encontraba enferma, le respondía que no le dolía nada, pero que se encontraba cansada antes de comenzar a trabajar. Entonces no le gustaba que nadie le preguntase. Escondía el rostro a todo el mundo excepto a mí Pero a mí me miraba durante largo tiempo sin decir nada. A veces sus labios se movían como si estuviese hablando y balbuceaba palabras que nadie comprendía. Se podían apreciar en ella ligeros estremecimientos, unas veces blancos, otras rosados, que recorrían la piel de sus mejillas y la rizaban como una capa de agua dormida rozada por el primer presentimiento de los vientos de la mañana. Pero cuando me sentaba a su lado, le tomaba la mano, le acariciaba ligeramente las largas pestañas de sus ojos cerrados con mi pluma o, entonces olvidaba todo, se ponía a reír y a charlar como antes. Sólo parecía triste después de haber reído y bromeado conmigo.

Algunas veces le decía:

-Graziella, ¿qué miras de esa manera allá lejos, al final del mar, durante horas enteras? ¿Ves allá algo que nosotros no vemos?

-Veo Francia detrás de las montañas de hielo-me respondió.

-¿Y qué ves en Francia que te parece tan bello? -añadía yo.

-Veo a alguien que se te parece -replicaba ella, alguien que anda y anda y anda por un largo camino blanco que no acaba. Anda sin volverse, siempre adelante, y yo espero horas enteras confiando siempre que dará la vuelta para volver sobre sus pasos. ¡Pero él no se da la vuelta!

Y luego hundía el rostro en su delantal, y por más que la llamaba con los nombres más acariciadores, no volvía a levantar su bella frente.

Entonces volvía a mi habitación sintiéndome muy triste. Intentaba leer para distraerme, pero su rostro se interponía siempre entre mis ojos y el libro. Me parecía que las palabras del libro tomaban voz y suspiraban como nuestros corazones. Con frecuencia también yo acababa llorando solo, pero mi melancolía me avergonzaba y jamás decía a Graziella que había llorado. ¡Qué mal hacía, cuando una lágrima mía le hubiera hecho tanto bien!

XXIX

Recuerdo aún la escena que más pena causó a su corazón y de la que nunca se repuso completamente. Hacía algún tiempo que había hecho amistad con dos o tres jóvenes de su misma edad. Aquellas muchachas vivían en una de las casitas de los huertos. Planchaban y cosían los magníficos vestidos de un colegio de jóvenes francesas. El rey Murat había fundado aquella casa en Nápoles para las hijas de sus ministros y de sus generales. Las jóvenes procitanas, sin dejar su tarea, charlaban frecuentemente desde abajo con Graziella, que les respondía por encima del muro de apoyo de la terraza. Ellas le enseñaban los bellos encajes, las bellas sedas, los hermosos sombreros, los hermosos zapatos, las cintas, los chales que traían o llevaban para las jóvenes alumnas del internado. A veces las jóvenes obreras venían a buscar a Graziella para ir a misa o a vísperas cantadas en la pequeña capilla del Posillipo. Yo salía a buscarlas cuando caía el día y los tintineos repetidos de la campana me advertían que el cura iba a dar ya la bendición. Volvíamos retozando por la playa, andando por el rastro de las olas cuando se retiraban y escapándonos ante ellas cuando volvían con una orla de espuma sobre nuestros pies. ¡Dios, qué bonita estaba entonces Graziella, cuando temblando por no mojar sus hermosas pantuflas bordadas de lentejuelas de oro corría con los brazos tendidos hacia adelante, hacia mí, para refugiarse en mi corazón del agua que, celosa, quería retenerla o por lo menos lamerle los pies!

XXX

Desde hacía algún tiempo me daba cuenta de que me ocultaba una parte de sus pensamientos. Tenía charlas secretas con sus jóvenes amigas, las obreras. Era como un pequeño complot en el que no se me admitía.

Una noche me encontraba leyendo en mi habitación bajo el resplandor de una lámpara de barro. La puerta que daba a la terraza estaba abierta para dejar entrar la brisa del mar. Oí ruido de largos cuchicheos de muchachas, risas ahogadas, ligeras quejas, palabras graciosas y nuevamente voces interrumpidas por largos silencios en la habitación de Graziella y de los niños. En principio no presté mayor atención.

Sin embargo, la propia exageración con que ahogaban sus cuchicheos y la especie de misterio que suponían entre las jóvenes excitaron mi curiosidad. Dejé mi libro, tomé la lámpara de barro con la mano izquierda, protegiéndola con la derecha contra las ráfagas de viento para que no se apagase. Atravesé la terraza con paso silencioso. Pegué mi oído a la puerta de Graziella. Oí un ruido de pasos que iban y venían dentro de la habitación, el roce de telas que se doblaban y se desplegaban, ruido producido por dedales, agujas y tijeras de mujeres que ajustaban cintas, prendían chales y ese parloteo, ese murmullo de frescas voces que con frecuencia había escuchado en casa de mi madre cuando mis hermanas se vestían para el baile.

No había ninguna fiesta en el Posillipo al día siguiente. Graziella jamás había pensado en resaltar su belleza componiéndose. Ni siquiera había espejo en su habitación. Se miraba en el cubo de agua del pozo de la terraza, o, por mejor decir, no se miraba más que en mis ojos.

Mi curiosidad no resistió tanto misterio. Empujé la puerta con la rodilla. La puerta cedió. Aparecí en el umbral, con la lámpara en la mano.

Las jóvenes obreras lanzaron un grito y escaparon como una bandada de pájaros, refugiándose en los rincones de la habitación como si las hubiesen sorprendido cometiendo un delito. Una el hilo, otras las tijeras, ésta unas flores, aquélla las cintas. Graziella, situada en el centro de la habitación sobre un pequeño escabel de madera y como petrificada por mi

inesperada aparición, no había podido escapar. Estaba roja como una granada. Con los ojos bajos, no se atrevía a mirarme, casi ni a respirar. Todo el mundo callaba en espera de lo que yo iba a decir. No dije nada. Estaba absorto por la sorpresa y más por la contemplación muda de lo que veía.

Graziella se había quitado sus ropas de gruesa lana, su sobreveste galonada según la moda de Prócida que se entreabre en el pecho para permitir la respiración a las jóvenes y la fuente de vida a los niños, sus pantuflas de lentejuelas de oro y tacón de madera en las que tan a gusto andaban ordinariamente sus pies desnudos, las largas horquillas con bolas de cobre que sujetaban sus negros cabellos enrollándolos transversalmente sobre su cabeza, como una verga enrolla la vela sobre la barca. Sus pendientes, grandes como brazaletes, yacían tirados sobre el lecho en confuso desorden con las ropas que usaba por la mañana.

En lugar de ese pintoresco vestigio griego que sienta tan bien a la pobreza como a la riqueza por la estudiada longitud de la falda que cae hasta media pierna, el escote de corpiño y la abertura de las mangas que dejan libertad y soltura a todas las formas del cuerpo femenino, las jóvenes amigas de Graziella, a instancias de ella, la habían vestido con las ropas y adornos de una señorita francesa del colegio, más o menos de su talla y de su edad. Llevaba un vestido de seda tornasolada, un cinturón rosa, un chal banco, un sombrero adornado con flores artificiales, zapatos de satén azul y medias de seda que dejaban ver el color de la carne de sus redondeados tobillos.

Se hallaba en aquella ropa en que acababa de sorprenderla tan confusa corno si hubiese sido sorprendida por la mirada de un hombre. La contemplaba sin poder apartar mis ojos de ella, pero sin que un solo gesto, una exclamación ni una sonrisa pudieran revelarle la impresión que me causaba su disfraz. Una lágrima subió de mi corazón a mis ojos. Comprendí en seguida y demasiado bien el pensamiento de la pobre niña. Avergonzada por la diferencia de condición entre ella y yo, había querido comprobar si un acercamiento en el ropaje uniría a mis ojos más nuestros destinos. Había intentado la prueba a espaldas mías, con ayuda de sus amigas, esperando aparecer ante mí de golpe más bella y más de mi clase de lo que creía serlo con las simples ropas de su isla y de su estado. Se había equivocado. Comenzaba a darse cuenta de ello por mi silencio. Su rostro tomaba una expresión de impaciencia desesperada al borde de las lágrimas, que me revelaba su oculto designio, su crimen y su decepción.

Y, sin embargo, así estaba muy bella. Su intención hubiera debido embellecerla mil veces más ante mis ojos. Pero su belleza parecía casi una tortura. Era como la figura de una de esas jóvenes vírgenes del Corregio atadas al poste sobre la hoguera del martirio y retorciéndose entre sus ataduras para escapar a las miradas que profanan su castidad ¡Ay! ¡Aquello era también un martirio para la pobre Graziella! Pero no era el martirio de la vanidad, como hubiera podido creerse al verla. Era el martirio de su amor.

Los ropajes de la joven francesa del internado con que la habían vestido, cortados sin duda para el delgado talle y los flacos brazos y hombros de una niña enclaustrada de trece a catorce años, resultaban demasiado estrechos para la estatura airosa, los hombros redondeados y fuertemente ceñidos al cuerpo de aquella bella hija del sol y del mar. El vestido le estallaba por todas partes, por los hombros, por el pecho, alrededor de la cintura, como una corteza de sicomoro que se rompe por las ramas bajo la fuerte savia de la primavera. Por más que las jóvenes costureras habían hecho un gran esfuerzo por sujetar aquí y allá el vestido y el chal, la naturaleza había roto la tela a cada movimiento. En varios lugares se veía, a través de los desgarrones de la seda, el desnudo del cuello o de los brazos estallando bajo las costuras. La gruesa tela de la camisa se traslucía a través de la tirantez del vestido y del chal y contrastaba por su rudeza con la elegancia de la seda. Los brazos, mal contenidos por una manga estrecha y corta, salían de ella como la mariposa rosa de la crisálida que ha hecho hincharse y estallar.

Sus pies, acostumbrados a permanecer desnudos o embutídos en sus amplias babuchas griegas, retorcían el raso de los zapatos, que parecían aprisionarlos entre las trabas de sus cordones anudados como sandalias en torno a sus piernas. Sus cabellos, mal levantados y contenidos por la redecilla de puntillas y flores artificiales, levantaban como por sí mismos todo aquel edificio del peinado y daban a su rostro encantador, que en vano había querido desfigurar así, una expresión de descaro en el adorno y de modesta vergüenza en la fisonomía, que hacían el más extraño y delicioso contraste.

Su actitud mostraba tanta turbación como su rostro. No se atrevía a hacer el más mínimo movimiento por miedo a que las flores cayeran de su cabeza o que se arrugase su vestimenta. No podía andar de tanto como le apretaban los zapatos, lo que daba una deliciosa torpeza a sus pasos. Se hubiera dicho que era la Eva inocente de aquel mar de sol atrapada en la trampa de su primera coquetería.

XXXI

La habitación permaneció en silencio durante un momento. Por fin, más apenado que contento por aquella profanación de la naturaleza, avancé hacia ella haciendo con los labios una mueca un poco burlona y mirándola con una ligera expresión de reproche y de suave ironía, fingiendo reconocerla a duras penas bajo tales atavíos:

-Pero ¿cómo? -dije-. ¿Eres tú, Graziella? ¡Oh! ¿Quién hubiera podido reconocer a la bella procitana en esta muñeca de París? Vamos-continué de una forma un poco ruda-, ¿no te da vergüenza desfigurar así lo que Dios ha hecho tan encantador bajo su ropa natural? ¡Bah, por más que hagas, nunca serás más que una hija de las olas, de pies marineros y tocada siempre por los rayos de tu bello cielo! Tienes que resignarte y agradecérselo a Dios. Esas plumas de pájaro enjaulado nunca se adaptarán bien a la golondrina de mar.

Aquellas palabras le traspasaron el corazón. No comprendió qué preferencia apasionada y qué adoración existía en mi espíritu hacia la golondrina de mar. Creyó que la desafiaba a que nunca se parecería a una belleza de mi raza y de mi país. Pensó que todos sus esfuerzos para ponerse más bella por mí y para engañar a mis ojos sobre su humilde condición se habían perdido. De pronto se deshizo en lágrimas y sentándose sobre la cama, con el rostro escondido entre sus manos, rogó a sus amigas con tono enfurruñado que la librasen de su odioso aderezo.

-Ya sabía muy bien -dijo gimiendo- que no era más que una pobre procitana. Pero creía que cambiando de ropa no te haría sentir tanta vergüenza un día, si llegaba a seguirte a tu país. Bien veo que tengo que seguir siendo lo que soy y morir donde he nacido. Pero no hubieras debido reprochármelo.

Al pronunciar estas palabras se arrancó con despecho las flores, la cofia, el chal y, tirándolos con un gesto de cólera lejos de ella, los pisoteó dirigiéndoles palabras de reproche, igual que había hecho su abuela con las tablas de la barca tras el naufragio. Después, abalanzándose hacia mí, sopló sobre la lámpara que mantenía en la mano para que no la viese más vestida de aquella manera que me había desagradado.

Sentí que había hecho mal al bromear demasiado rudamente con ella y que la broma había sido pesada. Le pedí perdón. Le dije que la había reñido de ese modo porque la encontraba mil veces más encantadora como procitana que como francesa. Era cierto. Pero el golpe ya había sido asestado. Ya no me escuchaba; sollozaba.

Sus amigas la desvistieron; no volví a verla hasta el día siguiente. Había vuelto a vestirse con sus ropas de isleña. ¡Pero sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas que mi broma le habían provocado durante la noche!

XXXII

Por entonces comenzó a desconfiar de las cartas que yo recibía de Francia, sospechando con razón que las cartas me llamaban. Era tan honrada e incapaz de engañarme, incluso al precio de su vida, que no osaba hurtármelas. Pero a veces las retenía hasta nueve días, prendiéndolas con una de sus doradas horquillas detrás de la imagen de papel de la Madona colgada en la pared al lado de su lecho. Pensaba que la Santísima Virgen, enternecida por tantas novenas en favor de nuestro amor, cambiaría milagrosamente el contenido de las cartas y transformaría las órdenes de regreso en una invitación de permanecer constantemente a su lado. Ninguno de los piadosos y pequeños fraudes se me escapaba y todos ellos me la hacían mas querida. Pero se aproximaba la hora.

XXXIII

Una noche de los últimos días de mayo llamaron violentamente a mi puerta. Como toda la familia estaba durmiendo, salí a abrir. Era mi amigo Virieu.

-Vengo a buscarte -me dijo-. Aquí tienes una carta de tu madre. Supongo que no te resistirás. Tengo concertados los caballos para las doce. Son las once. Vámonos ahora o no te irás nunca. Si no, tu madre se va a morir. Ya sabes hasta qué punto tu familia la hace responsable de todas tus faltas. Se ha sacrificado tanto por ti, que bien puedes tú sacrificarte un poco por ella. Te juro que volveré aquí a pasar contigo el invierno y hasta un año entero. Pero es necesario que hagas acto de presencia ante tu familia y de obediencia a las órdenes de tu madre. Sentí que estaba perdido.

-Esperame ahí -le dije.

Volví a mi habitación y eché a toda prisa mis ropas en la maleta. Escribí a Graziella diciéndole todo lo que la ternura de un corazón de dieciocho años podía expresar y todo cuanto la razón podía recomendar a un hijo que siente devoción por su madre. Le juraba, igual que me lo juraba a mí mismo, que antes de cuatro meses estaría de nuevo a su lado y ya río volvería a dejarla. Ponía en manos de la Providencia y del amor la incertidumbre de nuestro destino futuro. Le dejaba mi bolsa para ayudar a sus viejos abuelos durante mi ausencia. Una vez cerrada la carta, me acerqué sigilosamente. Me arrodillé ante el umbral de la puerta de su habitación. Besé la piedra y la madera; deslicé la nota en la habitación por debajo de la puerta. Devoré el sollozo interno que me ahogaba.

Mi amigo pasó su mano bajo mi brazo, me levantó y me arrastró tras él. En aquel momento, Graziella, a quien el ruido inusitado había sin duda alarmado, abrió la puerta. La luna iluminaba la terraza. La pobre niña reconoció a mi amigo. Vio mi maleta, que llevaba a hombros un criado. Extendió los brazos al cielo, lanzó un grito de terror y cayó exánime sobre la terraza.

Nos abalanzamos hacia ella. La llevamos sin conocimiento a su cama. Acudió toda la familia. Le echamos agua en el rostro. La llamaron todas las voces que le eran más queridas. Pero no volvió en sí hasta oír mi voz.

-Ya lo ves -dijo mi amigo-, vive. El golpe ya está dado. Prolongar la despedida sería someterla a golpes más terribles. Despegó de mi cuello los helados brazos de la joven y me arrancó de la casa. Una hora más tarde rodábamos en medio del silencio y de la noche por el camino de Roma.

XXXIV

En mi carta le había dejado varias direcciones a Graziella. En Milán recibí su primera carta. En ella me decía que estaba sana del cuerpo, pero enferma del corazón; que no obstante confiaba en mi palabra y me esperaría con seguridad para el mes de noviembre. Llegado a Lyon, encontré otra aún más serena y confiada. La carta contenía algunos pétalos del geranio rojo que crecía en un tiesto sobre el muro de apoyo de la terraza, cerca de mi habitación, y del cual ella recogía una flor todos los domingos para ponerla en su cabello. ¿Lo hacia para enviarme algo que la hubiese tocado? ¿Era un tierno reproche, escondido bajo un símbolo, para recordarme que había sacrificado sus cabellos por mí?

Me decía que había tenido fiebre; que le dolía el corazón, pero que se encontraba mejor cada día; que la habían enviado, para cambiar de aires y para que se repusiera del todo, a casa de una de sus primas, hermana de Cecco, en el Vomero, colina elevada y sana que domina Nápoles».

Tras esto estuve más de tres meses sin recibir carta alguna. Todos los días pensaba en Graziella. Tenía que volver a Italia a comienzos del próximo invierno. Su imagen triste y encantadora se me aparecía como un lamento y a veces también como un tierno reproche. Estaba yo en esa edad ingrata en que la ligereza y la imitación hacen que un joven se avergüence de sus más puros sentimientos; edad cruel en la que los más hermosos dones de Dios, el amor puro, los afectos inocentes, caen sobre la arena y son arrastrados en flor por el viento del mundo. La vanidad mala e irónica de mis amigos combatía en mí con frecuencia la ternura escondida y viva en el fondo de mi corazón. No me hubiese atrevido a confesar sin sonrojarme y sin exponerme a sus burlas cuáles eran el nombre y la condición del objeto de mi pesadumbre y de mi tristeza. Graziella no había sido olvidada pero estaba velada en mi vida. Aquel amor, que encantaba a mi corazón, humillaba mi respeto humano. Su recuerdo, que yo alimentaba solamente en mi interior y en soledad, me perseguía en el mundo casi como un remordimiento. ¡Cómo me sonrojo hoy de haberme sonrojado entonces! ¡Y cuánto más valía uno solo de sus destellos de alegría o una gota de las lágrimas de sus castos ojos que todas las miradas, los arrumacos y las sonrisas ante las que yo estaba dispuesto a sacrificar su imagen! ¡Ah, el hombre demasiado joven es incapaz de amar! ¡No conoce el precio de nada! ¡No sabe cuál es la verdadera felicidad hasta no haberla perdido! Hay más savia loca y más sombra flotante en las tiernas plantas del bosque; hay más fuego en el viejo corazón de la encina.

El verdadero amor es el fruto maduro de la vida. A los dieciocho años no lo conoce, uno se lo imagina. En la naturaleza vegetal, cuando llega el fruto, las hojas caen; quizá también sea así en la naturaleza humana. Con frecuencia lo he pensado desde el momento en que vi aparecer algunos cabellos blancos en mi cabeza. Me he reprochado no haber conocido

entonces el precio de aquella flor de amor. Yo no era más que vanidad. ¡La vanidad es el más estúpido y cruel de los vicios, ya que nos hace sonrojarnos de la felicidad...!

XXXV

Una noche de los primeros días de noviembre, al regreso de un baile, me entregaron una nota y un paquete que un viajero procedente de Nápoles había dejado para mí en la posta al cambiar de caballos en Mácon. El desconocido viajero me decía que uno de sus amigos, director de una fábrica de corales de Nápoles, le había encargado me diese un mensaje importante, y al pasar por allí cumplía su encargo; pero que, siendo las noticias que me traía tristes y fúnebres, no quería verme; sólo me rogaba que acusase recibo del paquete en París.

Abrí el paquete temblando. Bajo el envoltorio, encerraba una última carta de Graziella que sólo contenía estas palabras: ‚El doctor dice que moriré antes de tres días. Quiero decirte adiós antes de perder mis fuerzas. ¡Oh, si estuvieras aquí, viviría! Pero es la voluntad de Dios. Pronto y para siempre te hablaré desde el cielo. ¡Ama mi alma! Ella estará contigo durante toda tu vida. Te entrego mis cabellos, cortados una noche para ti. ¡Conságralos a Dios en una capilla de tu país, para que haya algo mío a tu lado!»

XXXVI

Me quedé anonadado con su carta entre las manos hasta la llegada del día. Sólo entonces tuve fuerzas para abrir el segundo envoltorio. Allí estaba toda su hermosa cabellera, tal como la noche en que me la había mostrado en la cabaña. Todavía estaba mezclada con algunas hojas de brezo que se le habían adherido aquella noche. Hice lo que ella había ordenado en su última voluntad. La sombra de su muerte se extendió desde ese día sobre mi rostro y mi juventud.

Doce años más tarde volví a Nápoles. Busqué sus huellas. Ya no existían ni en la Margellina ni en Prócida. La casita sobre el acantilado de la isla estaba en ruinas. No quedaba más que un montón de piedras grises sobre una cueva donde los cabreros abrigaban sus cabras durante las lluvias. El tiempo borra rápidamente las huellas sobre la tierra, pero jamás borra las de un primer amor en el corazón que éste ha atravesado.

¡Pobre Graziella! Ha pasado mucho tiempo desde aquellos días. He amado, he sido amado. Otros rayos de belleza y de ternura han iluminado mi oscuro camino. Otras almas se han abierto a mí para revelarme en los corazones de las mujeres los tesoros más misteriosos de la belleza, de la santidad, de la pureza que Dios ha creado sobre esta tierra, con el fin de hacernos comprender, presentir y desear el cielo. Pero nada ha empañado tu primera aparición en mi corazón. Cuanto más he vivido, más me he acercado a ti con el pensamiento. Tu recuerdo es como esas luces de la barca de tu padre que la distancia libera del humo y brillan más cuanto más se alejan de nosotros. No sé dónde descansan tus restos mortales ni si alguien te llora todavía en tu país; pero tu verdadera sepultura está en mi alma. Ahí es donde estás recogida y enterrada toda entera. Tu nombre jamás me golpea en vano. Amo la lengua en que se pronuncia. Hay siempre en el fondo de mi corazón una lágrima que se filtra gota a gota y que cae en secreto sobre tu memoria para refrescarla y embalsamarla dentro de mí.

(1829)[14]

XXXVII

Un día del año 1830, habiendo entrado en una iglesia de París por la tarde, vi traer el ataúd de una joven cubierto por una tela blanca. Aquel ataúd me recordó a Graziella. Me oculté a la sombra de un pilar. Pensé en Prócida y lloré durante largo rato.

Mis lágrimas se secaron; pero las nubes que habían atravesado mis pensamientos durante la tristeza del entierro no se desvanecieron. Volví silencioso a mi habitación. Desplegué los recuerdos que se han descrito en esta larga nota y escribí de un tírón y llorando los versos titulados El primer pesar. Es la nota, debilitada por veinte años de distancia, de un sentimiento que hizo brotar el primer manantial de mi corazón. Pero aún se siente en él la emoción de una fiebre íntima que ha sido herida y que jamás sanará del todo.

He aquí esas estrofas, bálsamo de una herida, rocío de un corazón, perfume de una flor sepulcral. No faltaba en ellas más que el nombre de Graziella. ¡Lo enmarcaría en una estrofa, si aquí abajo hubiese un cristal lo suficientemente puro como para encerrar esa lágrima, ese recuerdo, ese nombre!

El primer pesar

En la playa sonora, donde el mar de Sorrento
despliega sus azules olas al pie del naranjo,
existe cerca del sendero, bajo el fragante seto
una pequeña piedra, estrecha, indiferente
a los distraídos pies del extranjero.
Allí, los alhelíes, esconden un solo nombre bajo sus pétalos,
¡un nombre jamás repetido por un eco!
A veces, sin embargo, el transeúnte se para
y, al leer la edad y la fecha apartando la hierba,
sintiendo correr por sus ojos una lágrima,
dice: «Tenía dieciséis años! ¡Es tan pronto para morir!>

Mas ¿por qué dejarme llevar hacia pasadas escenas?
Dejemos gemir al viento y murmurar las olas;
volved, volved, ¡oh, tristes pensamientos míos!
¡Quiero soñar y no llorar!

Dice «¡Tenía dieciséis años!» ¡Sí, dieciséis! ¡Y esa edad
jamás hubo brillado sobre frente más encantadora!
¡Y nunca todo el destello de esta orilla ardiente
se había reflejado en unos ojos más amantes!

[14] Fecha ficticia, ya que Graziella no fue redactada hasta 1844.

Sólo yo vuelvo a verla, tal como el pensamiento
en el alma, donde nada muere, la ha mantenido viva,
¡viva!, como en aquella hora en que, sus ojos en los míos,
prolongando sobre el mar nuestras primeras charlas,
sus negros cabellos flotando al viento que los desataba
y la sombra de la vela errante sobre su mejilla,
escuchaba el canto nocturno del pescador,
aspiraba el frescor de la brisa perfumada,
me mostraba en el cielo la luna despejada,
como una flor de la noche que el alma alegra,
y la espuma plateada, y me decía: «¿Por qué
todo brilla así en el aire y en mí?
¡Jamás los celestes campos sembrados de estrellas,
jamás las doradas arenas en las que van a morir las olas,
los montes cuyas cimas tiemblan con el cielo como fondo,
las bahías coronadas de bosques silenciosos,
esas luces de la costa y los cantos sobre las olas,
conmovieron mis sentidos con tanta vaga voluptuosidad!
¿Por qué nunca he soñado como esta noche?
¿Ha nacido un astro en mi corazón?
Y tú, hijo de la mañana, dime ¿se parecen
a estas noches tan bellas las noches de tu país sin mí?»
Y mirando a su madre, sentada cerca de nosotros,
reposaba para dormir su frente en las rodillas.

Mas ¿por qué dejarme llevar hacia pasadas escenas?
Dejemos gemir al viento y murmurar las olas;
volved, volved, ¡oh, tristes pensamientos míos!
¡Quiero soñar y no llorar!

¡Cuán puros eran sus ojos y cándidos sus labios!
¡Cómo inundaban sus ojos de claridad mi mirada!
¡El bello lago de Nemi, que no riza ningún viento,
tiene menos transparencia y limpidez!
Sus pensamientos se veían en su alma antes que a ella,
sus párpados, sus bellos ojos bajos,
no velaban su mirada llena de inocencia;
ninguna preocupación había dejado arrugas sobre su frente;
todo retozaba en ella: ¡y aquella joven sonrisa,
que más tarde expira sobre la boca con tristeza,
flotaba siempre sobre sus labios entreabiertos
como un arco iris puro en un día radiante!
¡Ninguna sombra velaba su rostro encantador,
aquel rayo no había atravesado las nubes'.
Su andar despreocupado, indeciso, oscilante,
flotaba como una ola libre donde se acuna el día,
o corría por correr; ¡y su voz argentina,

eco límpido y puro de su alma infantil,
música de aquella alma en la que todo parecía cantar,
alegraba hasta el aire que la oía elevarse!

Mas ¿por qué dejarme llevar hacia pasadas escenas?
Dejemos gemir al viento y murmurar las olas;
volved, volved, ¡oh, tristes pensamientos míos!
¡Quiero soñar y no llorar!

Mi imagen se grabó la primera en su corazón
como, en la mañana, la luz en los ojos que se abren;
después de aquel día ya no miró nada;
¡desde la hora en que amó, el mundo se hizo amor!
Me confundía con su propia vida,
veía en el cristal de mi alma y yo formaba parte
de aquel mundo encantado que flotaba ante sus ojos,
de la felicidad de la tierra, de la esperanza del cielo.
Ya no pensaba en el tiempo, en la distancia;
el instante absorbía únicamente toda su existencia;
;antes de mí su vida estaba sin recuerdos;
las noches de aquellos hermosos días eran todo el porvenir!
Se confiaba a la dulce naturaleza
que sonreía sobre nosotros, a la oración pura
a la que iba con el corazón lleno de alegría y no de llanto,
al altar donde le gustaba esparcir sus flores;
y su mano me arrastraba hacia las gradas del templo,
y como un niño humilde yo seguía su ejemplo
y su voz me decía muy bajo: «Reza conmigo
ya que sir. ti no comprendo ni el cielo!»

Mas ¿por qué dejarme llevar hacia pasadas escenas?
Dejemos gemir al viento y murmurar las olas;
volved, volved, ¡oh, tristes pensamientos míos!
¡Quiero soñar y no llorar!

¡Ved el agua de un manantial en su estanque
redondearse como un lago bajo su estrecho ribazo,
azul y clara, al abrigo del viento que pueda soplar
y del ardiente rayo que pueda evaporarla!
Un cisne blanco nada sobre la límida capa
hundiendo su cuello que envuelven las ondas,
adornando el líquido espejo sin empañarlo,
y se mece en medio de la noche estrellada.
Pero si, levantando el vuelo hacia nuevos manantiales,
agita el agua temblorosa con sus húmedas alas,

el cielo se borra del seno de las ondas, que se oscurecen,
la pluma, como grandes copos, cae sobre ella y la empaña,
como si el buitre, enemigo de su raza,
hubiese dejado sobre las aguas la huella de la muerte;
y el azul resplandeciente de aquel lago encantado
¡sólo es una onda oscura que ha invadido la arena!

Así, cuando me fui, todo tembló en su alma;
el rayo se extinguió y la llama moribunda
subió hasta el cielo para no volver jamás.
Ella no esperaba un nuevo porvenir;
no languideció dudando en la esperanza,
no disputó su vida al sufrimiento;
¡bebió de un solo trago la copa del dolor
y en su primera lágrima ahogó su corazón!
¡Semejante al pájaro, menos puro y bello que ella
que en la noche, para dormir, coloca su cabeza bajo el ala,
se envolvió en una muda desesperación
y se durmió también, pero mucho antes de la noche!

Mas ¿por qué dejarme llevar hacia pasadas escenas?
Dejemos gemir al viento y murmular las olas;
volved, volved, ¡oh, tristes pensamientos míos!
¡Quiero soñar y no llorar!

Ha dormido quince años en su cama de tierra,
ya nadie llora sobre su último asilo,
y el rápido olvido, segunda mortaja de los muertos,
ha cubierto el sendero que llevaba hasta su orilla;
ya nadie visita aquella pequeña piedra borrosa,
¡nadie la recuerda ni reza por ella..., salvo mi pensamiento,
cuando, remontando las aguas de mis días pasados
pregunto a mi corazón por todos los que ya no existen
y, flotando mis ojos sobre esas queridas huellas,
lloro por tantas estrellas extinguidas en mi cielo!
¡Ella fue la primera y su dulce resplandor
como una luz piadosa y tierna ilumnina aún mi corazón!

Mas ¿por qué dejarme llevar hacia pasadas escenas?
Dejemos gemir al viento y murmurar las olas;
volved, volved, ¡oh, tristes pensamientos míos!
¡Quiero soñar y no llorar!

Librodot

Un espinoso arbusto de pálido verdor
es el único monumento erigido por la naturaleza;
azotado por los vientos del mar, calcinados por el sol,
como un lamento fúnebre arraigado en el corazón,
vive en la roca sin darle sombra alguna;
el polvo del camino blanquea su follaje;
trepa cerca de la tierra donde sus ramas inclinadas
son siempre cercenadas por los dientes de las cabras.
Una flor de primavera, como un copo de nieve,
flota en él un día o dos; ¡pero el viento que la asedia
la deshoja antes de que haya esparcido su olor,
¡como a la vida antes de que haya aliviado el corazón!
Y un pájaro de ternura y melancolía se posa
a cantar en una rama que se pliega.
¡Oh, dime, flor, que la vida ha marchitado tan temprano!
¿No existe una tierra en la que todo debe volver a florecer?

¡Volved, volved a esas horas pasadas!
¡Vuestros tristes recuerdos me ayudan a suspirar!
¡Id donde va mi alma! ¡Id, oh, pensamientos míos!
¡Mi corazón ya está lleno y quiero llorar!

***

Así expié con estas lágrimas escritas la dureza y la ingratitud de un corazón de dieciocho años. ¡Jamás he podido volver a leer estos versos sin adorar aquella fresca imagen que eternamente envolverán para mí las transparentes y quejumbrosas olas del golfo de Nápoles... y sin odiarme a mí mismo! Pero las almas perdonan allá arriba.

Yo sé que la suya me ha perdonado. ¡Perdonadme vosotros también! He llorado.